
LEER
e
VECINOS
CARLOS PERAMO

VECINOS

CARLOS PERAMO

Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa
Diseño portada: Leer-e

ISBN: 978-84-90715-82-6

Distribuye: Leer-e 2006 S.L.
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)



A mis padres y a mi hermana, por todo.

VECINOS

Hay que tomar a las personas como son; no existen otras.
Konrad Adenauer

Me di cuenta como se da uno cuenta de estas cosas: casi sin darme cuenta. Una tarde me encontré con la sospecha de que mi mujer se había encaprichado del vecino, y hasta la hora de la cena ya no pude pensar en otra cosa. No sé cómo se me ocurrió, no sé si ella me había dado o no verdaderos motivos para que se me metiera eso en la cabeza. Lo cierto es que, también sin darme cuenta, me encontré preguntándoselo sin rodeos mientras cenábamos.

—¿Te gusta Bruno?

—¿Qué?

No era una pregunta fácil, así que la hice masticando y mirando de reojo la televisión para tener algo con que escabullirme mientras Inma me contemplaba con el tenedor en alto.

—El fotógrafo –dije. No quise repetir su nombre, me pareció que así tenía el tono despectivo apropiado. Con la boca llena sonó algo parecido a *el fohógrafo*–. ¿Te gusta?

Inma estuvo un rato observándome. Yo miraba la sepia rebozada. Tampoco era una pregunta estúpida. Este tipo de preguntas nunca son estúpidas, lo malo es que siempre lo parecen. Uno hace la pregunta y tiene enseguida la sensación de haber cometido una falta grave en cuanto oye las réplicas: que si no confías en mí, que si estás celoso, que si eres un inseguro. Las mujeres siempre quieren hacerle sentir a uno culpable. Por suerte, Inma casi nunca lo intenta; tampoco aquella noche. Simplemente se limitó a tomar uno de esos atajos que tanto le gustan cuando intuye

cómo va a acabar una conversación y no tiene ganas de perder el tiempo con palabras intermedias o de relleno.

—No, no me he acostado con él.

La sepia me resbaló entre el tenedor y el cuchillo.

—No te he preguntado eso.

—Lo hubieras hecho.

—No, no lo hubiera hecho.

Insistió tanto que acabé por callar porque tal vez sí era cierto que hubiese acabado preguntándoselo o forzándola a que lo contestara por sí misma. Las mujeres saben convencer a menudo del modo que más les conviene; disponen siempre de esa docena de palabras contra las que se pierden enseguida las ganas de discutir. Si Inma decía que no se había acostado con Bruno Francés, era que no se había acostado con Bruno Francés, así que me encogí de hombros con la intención de no seguir hablando del asunto. No quería causarle la impresión de que no confiaba en ella ni tampoco que terminara disgustándose por eso.

—Es guapo –dijo entonces, un poco ausente.

—Sí –convine–. Es guapo.

Lo dije en serio. Bruno Francés era realmente guapo. Parecía alguien recortado de un anuncio de colonia o de ropa para hombres. A mí me recordaba al modelo de Emidio Tucci. A cualquier hora del día y en cualquier sitio daba la sensación de que venía directamente de las pasarelas, de que había desfilado con trajes de lujo en medio de la multitud y los fotógrafos y seguía llevando en sus ojos los destellos blancos de los flashes. Eso hubiera podido explicar por qué su mirada tenía siempre ese aspecto tan claro o deslumbrante, ese azul tan líquido, como de acuario.

—Un poco más guapo que tú –añadió mi mujer.

—Sí, un poco más.

Hablaba apenas sin mirarme, muy despacio, muy seria, como si lo que decía fuera de una importancia fundamental, cuando lo cierto es que estaba llevando la conversación al terreno de la broma para ocultar quién sabe qué deslices. Bromeando todo es posible o más llevadero, bromeando se puede decir cualquier cosa sin dar la sensación de que se está diciendo.

—No es que tú seas feo, claro.

—No, claro, no es que yo sea feo.

—Es que él es más guapo.

—Por supuesto.

Quitamos la mesa, nos sentamos en el salón y seguimos hablando de Bruno Francés y también de su compañera.

—Ella sí que es rara –dijo Inma.

—¿Y qué? Todas las mujeres lo sois.

—Pero ella más.

Adoptó una expresión tan pensativa para decirlo que me pregunté a qué tipo de rareza se estaría refiriendo.

Bruno Francés y Patricia llegaron al edificio un par de meses antes de que se me ocurriera preguntarle a mi mujer si le gustaba el fotógrafo. Los conocí el mismo día que llegaron con el camión de las mudanzas. Venía de comprar el periódico cuando vi a Bruno Francés entrando en el edificio. Los nuevos vecinos, me dije, y apreté el paso para verlos más de cerca. Apenas hacía un mes que se había ido por fin aquel matrimonio mayor que siempre tenía el piso lleno de niños chillones, quizás sus nietos. Lo único que yo esperaba de los recién llegados es que no fueran tan ruidosos. Los amigos y los enemigos se los gana uno, pero los vecinos los coloca el azar y nunca se sabe lo que va a caer al otro lado de los tabiques. Entré en el edificio. Bruno Francés estaba esperando el ascensor. Nos dimos los buenos días y enseguida clavé los ojos en el terrario que llevaba en brazos. Una pitón dormitaba en su interior.

—Una pitón *molurus* –dije.

Él asintió con la cabeza sin demasiado entusiasmo.

—No es mía.

—Ah.

—Es de mi mujer.

Lo ayudé a subir un par de bolsas y dije algunas cosas sobre el barrio. Le pregunté si era del Español porque estábamos a menos de cincuenta metros del solar donde se había ubicado su estadio antes de que la dinamita lo hiciera saltar por los aires.

—No me gusta el fútbol –contestó.

Sonreí y miré otra vez la serpiente enroscada en el terrario. Nunca sé de qué hablar en los ascensores.

Eran los primeros vecinos nuevos que llegaban desde que Inma y yo nos habíamos instalado en el edificio, y afortunadamente parecían de nuestra edad. Los demás eran bastante mayores que nosotros, todos ya con hijos de más de dieciocho años o con nietos que venían a visitarlos de vez en cuando. En el ascensor me alegré de que aquel hombre no aparentara más de treinta y cinco años. A Inma le gustará, pensé, se parece a uno de esos actores guaperas. Se parecía a Imanol Arias, aunque tal vez tenía más de José Coronado, o quizás era una versión más madura de Jorge Sanz. Llegué a la conclusión de que también podía ser el resultado de una mezcla de todos ellos.

—Un buen ejemplar –dije, mientras el ascensor se detenía.

—¿De verdad? –se extrañó–. A mí me parece asquerosa.

Lo dijo sonriendo con su dentadura bien colocada, con sus ojos que eran como un montón de peces de colores. Le comenté que teníamos una tienda de animales y que si algún día necesitaban algo nos lo pidieran.

—Bueno, muchas gracias –dijo–. Ya se lo diré a mi mujer. El bicho es cosa suya.

Al sábado siguiente nos encontramos los cuatro en el supermercado y estuvimos un rato charlando frente al mostrador de la carnicería. Inma les propuso que por qué no venían a tomar café después de comer. Les pareció buena idea. Fue entonces, al despedirnos, mientras se alejaban por el pasillo de los congelados, cuando pensé que Bruno Francés no se parecía en realidad a ningún actor, sino al modelo de Emidio Tucci. Era de esa clase de hombres que son atractivos por naturaleza, que no necesitan esmerarse mucho para resultar encantadores, porque cualquier gesto suyo es siempre el gesto más adecuado. No son necesariamente guapos, pero cada vez que se mueven o hablan yo lamento no ser como ellos. En aquel momento, Bruno Francés me pareció elegante incluso arrastrando algo tan cotidiano y vulgar como el carro de la compra. Sentí un pellizco de envidia en el fémur de la pierna derecha, porque cojeo un poco y nunca podré tener ese donaire natural que nuestro vecino llevaba encima a todas horas.

A su lado, pero dos palmos por debajo, su mujer, Patricia, era una pequeña pelirroja que se agarraba a su brazo como una fierecilla a la rama de un árbol. Me gusta imaginar en la cama a las parejas que conozco, así que traté de imaginármelos a ellos, sobre todo a Patricia. Me la imaginé bulliciosa y saltarina, complicada de sujetar por culpa de su agilidad desordenada; una chica rural, un poco selvática, quizás parecida a Silke en *Tengo una casa*. Le miré el culo mientras se alejaban. Los *Levi's* se lo dibujaban tan caprichosamente que no necesité ver mucho más para convencerme de que sería un placer peculiar aventurarse más allá de las costuras y los botones. Un polvo indómito, pensé, y en ese instante Inma me empujó con el carro, preguntándome:

—¿Has visto el pendiente que lleva ella en el labio?

Claro que lo había visto; era imposible no verlo. Y también había imaginado cómo sería encontrárselo en la boca en mitad de un beso. Quizás darían ganas de morderlo y arrancarlo.

—Debe de ser extraño besarla –dije.

Inma me miró de reojo mientras nos acercábamos a la frutería y deslizó maliciosamente su mirada y una sonrisa pícara por todo mi cuerpo. Iba a dictar una sentencia.

—Nunca lo sabrás –dijo.

—¿Quién sabe?

—No te la ligarías ni en cien años.

—Ni tú a él.

Soltó una pequeña carcajada y cogió un racimo de plátanos del expositor.

—Venga, Edu, no digas tonterías. Ligarse a un hombre es lo más fácil del mundo. –Arrancó uno de aquellos plátanos, lo acarició con suavidad y añadió–: Ya sabes.

Nuestros vecinos vinieron a las cinco a tomar el café que les habíamos ofrecido. Al abrirles la puerta pensé que el azar había sido benevolente con nosotros al cambiárnoslos por aquel matrimonio de abuelos y su cuadrilla de nietos alborotadores, porque, en su primera semana en el edificio, Bruno Francés y Patricia apenas dieron muestras de que convivían en el piso de al lado. Oíamos alguna risa de vez en cuando, o música, casi siempre ritmos árabes o algo parecido, pero poco más. Quiero decir que nunca los oíamos discutir ni gritarse de una habitación a otra ni tampoco sabíamos qué canal de televisión tenían sintonizado. Cuando los invité a entrar tuve la sensación de que nos íbamos a llevar bien. Les enseñamos el piso y nos dijeron que les gustaba, que lo encontraban acogedor, aunque no hice demasiado caso del elogio. Cuando no hay confianza, lo que se dice nunca es del todo verdad ni del todo mentira. Patricia se quedó embobada mirando el acuario que tenemos en el salón. Los peces son los únicos animales que me permito tener en casa. Son un capricho de toda la vida, una afición, como coleccionar sellos o latas de cerveza, supongo. Ya de niño me gustaba que me regalaran esas peceras redondas de cristal y esos peces de color naranja que se morían sin remedio a los pocos días. Había llegado a tener hasta cuatro peceras a la vez en mi habitación y se me iban los ratos mirando el ir y venir de los peces en sus pequeñas jaulas, tal y como estaba haciendo Patricia en aquel momento. Me gustó que ella tuviese su pitón *molurus* y yo mis peces. Compartíamos algo.

—¿Cómo está la pitón? –le pregunté.

—Muy bien. Esta semana le toca comer.

Eso ayudó a romper un poco el hielo. Patricia me preguntó dónde teníamos la tienda de animales y le pasé una tarjeta. Comenzamos a hablar de animales de compañía y de otros que nunca fueron considerados así hasta que un día se pusieron de moda. Bruno Francés dijo que respetaba a la gente que le gustaba tenerlos en casa, pero que, en su opinión, era algo antinatural. Y, sobre todo, lo que ya le parecía descabellado era compartir techo con determinados bichos que no habían sido creados para vivir en un comedor.

—Vivir con un perro o un gato, vale –añadió–. Pero tener una tarántula o una serpiente en una pecera ya me parece demasiado.

—Pues tienes un buen ejemplar en casa –bromeé.

—Porque no me queda más remedio. Si echo al bicho, Patricia se va con él.

—Eso seguro –dijo Patricia, con esa sonrisa bien iluminada que tienen algunas mujeres, esa sonrisa que a veces le entra a uno por las rodillas y le va convirtiendo los huesos en gelatina–. Yo voy donde vaya Kaa.

Fue esa tarde cuando nos enteramos de que Bruno Francés era un reputado fotógrafo que no sólo vivía de sus fotografías, sino que además se estaba haciendo rico con ellas.

—Un golpe de suerte –dijo–. Hay muy buenos fotógrafos en el mundo que no encuentran su oportunidad.

Lo decía porque era joven y no es muy normal triunfar internacionalmente a los treinta y tres años; se supone que la reputación se gana con el tiempo. El golpe de suerte del que hablaba le llegó de manos de un célebre modisto que lo contrató para que le confeccionara su catálogo de temporada. A partir de entonces, los contratos comenzaron a lloverle del cielo como si se hubieran estado esperando unos a otros para caer todos a la vez.

—Un día recibí una oferta de París y me asusté –confesó–. Pensé que todo aquello se me estaba yendo de las manos.

Por culpa de su prestigio o gracias a él, muy pronto tuvo que empezar a viajar a las principales ciudades de Europa. Los cheques de seis cifras que le llegaban por sus trabajos le permitieron dedicarse a montar y exponer sus propias obras en las mejores galerías de arte.

—Sobre todo, me gusta fotografiar ciudades y personas –dijo–. Mezclarlas, confundirlas, y demostrar lo parecidas que son.

No entendí muy bien a qué se refería, aunque tendría ocasión de entenderlo más adelante de una manera menos agradable. Lo que pensé entonces es que, de todos modos, la ubicación de Bruno Francés en el mundo era un error. Bruno Francés no tenía que ser el fotógrafo, por muy bueno que resultara en su profesión, sino el fotografiado. Era a él a quien debían vestir con la ropa de moda, hacerlo desfilar por las pasarelas y acribillarlo con los flashes. Todos esos modistos lo contrataban sin darse cuenta de que él tenía que estar delante del objetivo, no detrás.

Sobre las siete dijeron que debían marcharse porque unos amigos los habían invitado a cenar. Nos dieron las gracias por el café y Patricia sugirió la posibilidad de volver a reunimos otro día, pero en el piso de ellos. Inma dijo que sería estupendo.

—Así podremos ver algunas de tus fotos –añadió, mirando a

Bruno Francés.

Él contestó que sería un placer, y entonces dibujó uno de esos gestos tan suyos y tan apropiados. Me pareció que lo llevaba a cabo a cámara lenta, como si pretendiera entretener a quienes estábamos allí. Sus labios apuntaron una sonrisa sin ofrecerla del todo, sus ojos líquidos parpadearon una sola vez y, por un momento, se llenaron de ondas como si alguien hubiese arrojado una piedra dentro de ellos; también su cabeza se había inclinado casi imperceptiblemente hacia un lado. Era fácil imaginar a un actor ensayando ese gesto durante horas para lograr lo que Bruno Francés había ejecutado con toda la naturalidad del mundo en sólo dos segundos. Pensé que podía estar flirteando con Inma, que quizás ese gesto sólo escondía galanteo y también deseo, pero no me molestó; al menos todavía no. Me halagó que se fijara en ella porque Bruno Francés era un hombre que podría conseguir a cualquier mujer que se le antojase, incluidas las modelos con las que trabajaba a menudo. Luego cruzó la puerta y salió al rellano con un medio giro en el que envolvió a Patricia entre los brazos. Inma cerró la puerta y me dio un empujón.

—Es guapo, ¿eh? –dijo.

—Sí, es muy guapa.

Añadió alguna tontería y me siguió empujando a trompicones hacia el sofá. No sé si ella pensaba en Bruno Francés mientras me arrancaba la ropa, pero yo sí pensé en Patricia mientras nos besábamos. Pensé en sus labios y en ese aro que los atravesaba, y con la lengua repasé la boca de Inma imaginando que tropezaba con ese metal empapado de saliva y quizás frío. Patricia. Mastiqué su nombre. Patricia. Pero la lengua de Inma me lo fue arrancando letra a letra de la boca hasta que lo olvidé.

Un par de días después, Patricia vino a la tienda a comprar un hámster para la pitón. Apareció con un impermeable amarillo y el pelo rojo salpicado de lluvia. Al principio no la reconocí, porque esperó su turno apartada del mostrador, observando de cerca los animales en venta.

—Vengo a buscar comida para Kaa –dijo.

Fui a la trastienda tratando de disimular la cojera. Los días de lluvia tengo la sensación de que mi pierna derecha está apuntalada sólo por un montón de bisagras estropeadas. Metí un hámster en una cajita y regresé al mostrador buscando en vano la armonía entre un paso y otro. Me extrañó volver a avergonzarme de la cojera después de tanto tiempo. Patricia no pudo evitar fijarse un momento en mi pierna, pero desvió la mirada enseguida. Todo el mundo se fija siempre en mi pierna; es algo inevitable. Así son las cosas con quienes no somos perfectos. Nos miran porque tenemos una tara. Se mira dos veces a los ciegos, a los paralíticos, nadie

quiere perderse detalle de ese mendigo sin piernas tirado en la acera, tampoco de esa mujer contrahecha, sin brazos, que no tiene donde agarrarse. Así miraba yo antes del accidente y así me miran todos ahora, como Patricia.

—El primero corre a cuenta de la casa –le dije, entregándole la cajita.

—Ah, gracias –sonrió. El regalo la sorprendió un poco y se quedó unos segundos sin saber qué decir–. No me imaginaba que la tienda fuese tan grande.

—Bueno, se hace lo que se puede.

—¿La llevas tú solo?

—No, qué va. Vengo a ratos. Tenemos a un chico que se encarga, pero este mes está de vacaciones. Y luego está Lidia, la veterinaria que se ocupa de las visitas. Por ahora la cosa marcha bien y nos lo podemos permitir.

No sé por qué le expliqué todas esas cosas. Supongo que fue por miedo a que se marchara en cuanto nos quedáramos sin nada que decir. Aunque también por miedo al silencio, porque en el silencio se finge y se consiente con más facilidad y puede suceder cualquier cosa; mejor hablar que hacer algo irremediable. Por supuesto yo no tenía ninguna intención de hacer nada irremediable con Patricia, una cosa era imaginármela en la cama y otra muy distinta llevar a cabo la fantasía, pero sí la veía a ella muy capaz de todo, por ejemplo de brincar por encima del mostrador, saltarme al cuello y desarmarme a zarpazos.

—Bueno, me voy –dijo.

Se abotonó el impermeable mientras agregaba algo sobre el mal tiempo. Al mirarse los botones, el pelo mojado le cayó sobre la cara y se lo apartó al momento con un gesto de felina malhumorada, con sus manos pequeñas y fugaces. Sonrió mientras se metía la cajita en un bolsillo del impermeable. Uno de los fluorescentes del techo le pellizcó el aro del labio. Salió de la tienda con sus pasos un tanto desequilibrados, como si sus pies no reconocieran el suelo de la ciudad o echaran de menos otro más abrupto. Al llegar a la acera, se volvió un instante entre la lluvia y me dijo adiós con la mano.

Una semana después, Patricia y Bruno Francés llamaron al timbre y nos preguntaron si teníamos algún compromiso para la noche del sábado. Respondimos que no. Patricia dijo entonces que habían pensado en invitarnos a cenar y que, si nos parecía bien, nos esperaban a las nueve. Les contestamos que era una buena hora, y ellos sonrieron y se marcharon.

—¿A qué crees que se dedicará ella? –le pregunté a Inma en cuanto cerré la puerta.

—Creo que vive del dinero de él.

—¿Por qué?

—No sé. No me la imagino haciendo nada.

El sábado nos vestimos como si fuéramos a cenar fuera y no al piso de al lado. En el último momento descarté la corbata porque me pareció demasiado formal. Me miré al espejo: camisa blanca, Dockers beige y americana. Inma me dedicó un piropo y, socarronamente, me preguntó si me había vestido así para impresionar a Patricia. La mandé a paseo porque era cierto y porque también ella se había puesto su vestido favorito. Mientras se maquillaba añadió que no perdiera el tiempo, que para impresionar a Patricia habría que echar primero a Bruno Francés a un lado, y eso requería mucho más que voluntad y buena ropa. Ya será menos, contesté. Pero Inma tenía toda la razón del mundo: nuestro vecino me llevaba un cuerpo de ventaja. Ante la evidencia, quise imaginarlo con tejanos deshilachados y una camisa con las mangas arrancadas, con los zapatos raídos, con el pelo sucio, pero no sirvió de nada. Bruno Francés seguiría siendo Bruno Francés a pesar de todos los harapos del mundo. Yo no tendría nada que hacer en caso de pretender a Patricia; no resistiría la comparación.

Antes de la cena nos enseñaron el piso. Mientras lo hacían me tranquilizó comprobar que también ellos se habían vestido para la ocasión. Miré las paredes pintadas de amarillo suave y el suelo de parqué. El piso estaba decorado con muebles y objetos de diseño, pero todo era funcional, no sobraba nada, tenía estilo. Pasamos por alto dos habitaciones con las puertas cerradas que ni siquiera mencionaron. Nos sentamos en el salón y tomamos Martini y unos aperitivos. Patricia puso algo de música en el estéreo. Era la música de ritmos árabes que habíamos oído a veces a través de las paredes. Miré la carátula del disco: Dissidenten; no los conocía. Me arrellané en el sofá. Las paredes estaban llenas de libros; nunca habría imaginado que alguien pudiera tener tantos libros juntos.

—Os gusta leer, ¿eh? –comenté.

—Me encanta –contestó Patricia.

—Yo prefiero el cine –dije.

—Yo creo que el cine lo da todo demasiado mascado –replicó.

—Y yo que los libros son un tostón –intervino Bruno Francés.

Cenamos rape con crema de gambas y nuestro vecino nos advirtió de que lo cocinaba por primera vez. Comparé aquel plato cuidadosamente elaborado con los que yo preparaba en casa y me maravilló que pudiese quedarle mejor a alguien un menú complicado como aquél que a mí una simple tortilla francesa. Lo

único que le faltaba a Bruno Francés para que las mujeres lo consideraran el hombre perfecto era poder quedar embarazado.

—Está buenísimo –comentó Inma.

Se refería al rape con crema de gambas, por supuesto, pero no pude evitar mirarla un momento para asegurarme de que no se había tratado de un pensamiento en voz alta sobre nuestro vecino. Bruno Francés dijo entonces que cocinar le gustaba tanto como la fotografía. De hecho, creía que eran dos ocupaciones muy similares; ambas necesitaban creatividad. Nos propuso que imagináramos a una docena de fotógrafos delante de una mujer desnuda. Ninguno de ellos la captaría del mismo modo. Unos utilizarían filtros, otros no, unos cogerían película en color y otros en blanco y negro, unos tardarían dos minutos en hacer la fotografía y otros media hora. Lo mismo ocurriría si pidiéramos una paella a doce cocineros distintos; cada uno tendría su estrategia particular para elaborarla. No hablaríamos de filtros ni de películas, sino de tiempos de cocción e ingredientes. Me pareció que la comparación era un rasgo fundamental en el mundo artístico de Bruno Francés, pues en aquel momento recordé que también nos había hablado de cómo le gustaba comparar cuerpos humanos con ciudades en sus trabajos fotográficos.

Tomamos el café en el salón, sentados en el enorme sofá, con los curiosos Dissidenten de fondo; empezaron a gustarme. Bruno Francés nos preguntó si nos apetecía algún licor. Nos sirvió *Cardhu* con hielo. Patricia quiso brindar y levantamos los vasos.

—Para que nos llevemos como buenos vecinos –dijo.

El vino de la cena le había encendido un poco los ojos y me dio la sensación de que también el aro de su labio. Entrechocamos los vasos y pensé que sí, que, decididamente, los cuatro nos íbamos a llevar como buenos vecinos. Al cabo del rato, Bruno Francés nos llenó otra vez los vasos y seguimos bebiendo y charlando sobre cosas cada vez menos superficiales y más íntimas, hasta que, no sé cómo, salió el tema del amor y Patricia dijo:

—Bueno, el amor, por supuesto, no existe.

Nos la quedamos mirando mientras tratábamos de averiguar si estaba o no de broma, si aquel era un comentario producto del vino y los dos vasos de whisky, o si lo decía en serio. Ella fue consciente del silencio que habían suscitado sus palabras y desvió la mirada hacia el estéreo, como si buscara ideas en aquella música árabe.

—He aquí una de las muchas teorías de Patricia –anunció Bruno Francés, y señaló las paredes llenas de libros–. Lee demasiado.

—No, en serio –se defendió ella–. El amor no existe. –El whisky le llovía en los ojos y se los iba encharcando–. Y la mejor prueba es que nadie se pone de acuerdo en lo que es o en cómo se

experimenta. Por ejemplo –puntualizó, y nos miró a Inma y a mí–, ¿cómo podéis saber que una persona ama a otra? ¿Cómo sabes tú, Edu, que amas a Inma?

Todos se volvieron hacia mí.

—Bueno –contesté–. Me he casado con ella, ¿no?

Inma y Bruno Francés se echaron a reír, pero Patricia apenas arqueó los labios. Parecía enormemente interesada en seguir hablando del tema, y me dio la sensación de que la molestaba un poco nuestra frivolidad.

—El matrimonio no tiene nada que ver con el amor –dijo–. El matrimonio lo inventaron los griegos para evitar el sexo libre y para que padres e hijos pudieran conocerse.

—Estupendo –dije.

A mí eso de los griegos me parecía muy bien, pero yo me había casado con Inma por una razón mas sencilla: me había enamorado de ella. La conocí en la facultad y, poco a poco, la fui tanteando con disimulo, buscándola por los pasillos y las aulas y dando a nuestros encuentros el aire casual necesario para evitarme la violencia del descaro. Sabía que maniobrando de aquel modo no conseguiría nada, al menos a corto plazo, que podía incluso perderla en beneficio de alguien más emprendedor o decidido, pero yo era por entonces un cojo con una montaña de complejos encima, y todo cuanto podía hacer era coincidir con Inma siempre que me fuese posible con la esperanza de que ella asumiera la iniciativa. También era mi primera chica desde el accidente, la primera que me gustaba lo bastante para que quizás mereciese la pena enfrentarse de una vez por todas a mis traumas de lisiado. Pero lo peor de todo radicaba en que yo ya me había resignado a la fatalidad, había asumido que con aquella cojera no volvería a gustarle a nadie, así que supuse que necesitaría algo más que buena voluntad para abordar a Inma. De hecho, creo que, de no ser por ella, nunca hubiese reunido el valor necesario. Una tarde me detuvo en la puerta de la biblioteca y me dijo que había ganado dos entradas para el teatro en no sé qué emisora de radio. ¿Quieres venir?, me preguntó. Era para no creérselo. Habría dado saltos de alegría aunque ello hubiera supuesto romperme otra vez el tobillo y el fémur. Lo que me enamoró de ella fue precisamente que se fijara en mí a pesar de la cojera. Acababa de malgastar cuatro años endemoniados en convalecencia, sesiones agotadoras de recuperación e intentos baldíos por reformar la pierna que la caída y, después, los médicos me habían echado a perder, y la aparición de Inma provocó que recuperara el amor propio y la confianza en mí mismo. En el fondo, me maravilló que una chica tan atractiva aceptara salir conmigo cuando hubiese podido conseguir a

cualquiera de los muchos que la perseguían.

—No has contestado a mi pregunta.

Sí, pensé, me gustaría ir al teatro contigo. Volví a oír las filigranas árabes de los Dissidenten y parpadeé. Patricia me miraba fijamente con sus ojillos de gata testaruda, con su sonrisa que no era del todo una sonrisa.

—¿Qué?

—Que no has contestado a mi pregunta –repitió–. ¿Por qué te casaste con Inma?

—Pues no sé –dije, resituándome en el salón de mis vecinos–. Supongo que porque me gusta estar con ella, hacer cosas juntos.

—No es suficiente –me replicó.

—¿No?

—No. A una banda de delincuentes también les gusta hacer cosas juntos, y no tiene por qué existir amor entre ellos.

—¡Joder, Patricia! –exclamó Bruno Francés–. No es lo mismo.

—Por supuesto que lo es.

Agarró la botella de *Cardhu* y llenó otra vez los vasos. Miré a Inma. Los dos habíamos perdido la costumbre de beber de otros tiempos y se nos iba dibujando en la cara una tonta expresión de bienestar. Que por qué me casé con Inma, preguntaba Patricia. Bueno, habría sido un imbécil si no lo hubiese hecho. Era una chica estupenda, muy guapa, y yo un cojo en el que no se fijaba nadie. ¿Qué iba a hacer sino entregarme a ella y rezar para no perderla nunca? ¿Acaso rechazarla? ¿O decirle que no me la merecía, cosa que, por otra parte, era cierta? Al principio, me incomodó que Patricia insistiera en ese tema resbaladizo, pero poco a poco me fui implicando e intuí que acabaríamos todos envueltos en uno de esos debates donde se discuten asuntos de por sí indiscutibles. Miré a Bruno Francés para tratar de leer en su rostro cómo se tomaba las ideas de Patricia, y me pregunté qué debería de estar pensando mientras su mujer aseguraba que el amor era un engaño o una especie de tierra de nadie, cuando él probablemente sí la amaba y, por las noches, se metía en la cama con ella para demostrárselo. No será la primera vez que la oye decir esto, pensé.

—Bueno –intervino Inma–. Yo sé que quiero a Edu porque necesito estar con él. –Jugueteaba con el vaso de whisky como si estuviera a punto de realizar un truco–. Porque me gusta hablar con él y que me hable, no sé, esas cosas, me gusta quererle y que me quiera, ¿no?

—Quererle y que me quiera –repitió Patricia–. Ese es el problema: el egoísmo. En un amor de verdad no podríamos estar hablando de egoísmo. He ahí una de las causas por las que el amor no puede existir. Tendría que ser algo puro, y no lo es. Es imposible.

No hay nada puro.

Estaba tan entregada a la conversación y al whisky que sus ojos ya se le habían anegado del todo. También habían comenzado a encendérsele un poco las mejillas y los gestos. Hablaba con la pasión que el tema merecía, con un ímpetu casi adolescente. Era extraño que una criatura como aquella no creyese en el amor. ¿Cómo será en la cama una mujer que no cree en el amor?, me pregunté, y miré a Bruno Francés con un deje de envidia.

—El amor es un ideal –añadió Patricia–. Y un ideal es algo que sólo está en la fantasía, algo que no puede existir nunca porque, si no, ya no sería un ideal.

Se llevó el vaso a la boca y deslizó el nombre de Platón entre sus labios mojados. Nos recordó el mito en el que los humanos eran antes hermafroditas y Dios los dividió en dos mitades que desde entonces vagan por el mundo y se buscan. El amor es el deseo de encontrar esa mitad perdida de nosotros mismos.

—La media naranja –sonrió Inma.

—La media naranja –asintió Patricia.

—¿Y qué? –pregunté.

—Quiere decir que yo no soy su media naranja –se adelantó Bruno Francés.

—Exacto –contestó ella–. No lo eres porque esa mitad no existe, es un ideal.

—Tú, en cambio, sí eres mi media naranja.

Patricia sonrió, le pasó los dedos por un lado de la cara y, por un momento, dio la sensación de que iba a dejar el tema, pero mientras tironeaba dulcemente de la mejilla de Bruno Francés, le susurró:

—Tú porque eres un romántico muy platónico.

Y enseguida se abandonó a otras consideraciones en las que aseguró que el amor está atrapado en una telaraña de paradojas de la que nunca se podrá desenganchar. Es egoísta y altruista al mismo tiempo, es objetivo y subjetivo. Es como tratar de unir la materia y la antimateria, o el polo norte con el polo sur; un imposible. De lo contrario no se podría explicar por qué queremos a una persona y no a otra, o por qué no todo el mundo quiere a la misma, o por qué hay quien es incapaz de querer a nadie.

—Si no, Edu, ¿por qué estás con Inma y no conmigo, por ejemplo? –me preguntó–. ¿O con esa chica que tenéis en la tienda? ¿O por qué yo estoy con Bruno y no con otro hombre?

—¿Por azar? –sugerí.

—¡Claro! –exclamó–. Queremos a quien tenemos al lado, a quien se cruza en nuestro camino; somos subjetivos. Ahí está la contradicción. Si el amor fuera puro, nos enamoraríamos de todas las personas del mundo, no podríamos andar por la calle.

—Pero estás hablando de querer –la interrumpió Inma–. Querer a una persona u otra. ¿No es eso amor?

—¡Qué va! –le replicó–. Es antojo.

—Bueno –se defendió Inma–, la verdad es que yo, por Edu, no siento sólo antojo.

—Ahora no, pero lo sentiste. Ahora es cariño.

—¿Y el cariño no es amor?

—En absoluto. El cariño es cariño –contestó. Parecía tan convencida de lo que decía que en sus labios todo eran verdades universales–. Y también hay otros sentimientos, como la amistad, la dependencia o el deseo de poseer, que a menudo se confunden con amor, pero eso es todo. La gente no se enamoraría si no hubiera oído hablar nunca del amor.

—Esa frase me suena –dijo Bruno Francés.

—Es de La Rochefoucauld –le respondió su mujer.

Él hizo un gesto de comprensión y sarcasmo con todo el cuerpo.

—Joder, Patricia. La Rochefoucauld era un cínico.

–¿Y qué? Pero en esto tenía razón.

Patricia iba hablando con la naturalidad de quien sabe trabajar con las palabras, desgranando sus ideas con la oratoria de quien se gana la vida con ellas. Entonces recordé a Inma diciéndome que no se la imaginaba trabajando de nada, que era una mantenida. Si todos aquellos libros eran suyos, yo sí podía imaginármela en el mundo de la psicología o la pedagogía. Quizás era profesora de filosofía o de ética o de literatura. La imaginé en un aula cualquiera, sometiendo a sus alumnos con sus ojos de felina inquieta, con el aro de su labio y sus gestos llenos de agresividad y ternura. Dejé que Bruno Francés me llenara otra vez el vaso de whisky.

—Es un asunto complicado –comenté.

No sólo lo dije porque no sabía qué decir, sino porque realmente pensaba que se trataba de un asunto complicado. No creo que nadie sepa de qué habla cuando habla de amor; no creo que lo sepamos nunca. Del amor no se habla; se vive y ya está. Yo mismo estaba seguro de sentir amor por Inma, pero que nadie me pidiese que lo explicara o montara una conferencia sobre el tema, como acababa de hacer nuestra vecina.

—Sí, es complicado –convino Bruno Francés–. Sobre todo por culpa de la mujeres.

—Ya estamos –suspiró Patricia.

—No, cariño, es cierto. La vida es fácil hasta que conoces a una mujer.

Bruno Francés y yo nos echamos a reír porque, a pesar de que él había puesto el tono irónico por delante, aquello era para nosotros

una verdad irrefutable. Cuando te dejas atrapar por primera vez por el encanto de una mujer, cuando la tocas y la besas y decides dedicarle todo el tiempo que sea necesario, ya nada vuelve a ser lo mismo; la vida adquiere entonces otros matices y te ves envuelto en giros inesperados que no entiendes. La mujer desbarata y encumbra, es capaz de lo mejor y de lo peor. Ninguna mujer es nunca como la habías imaginado, no importa cómo ocurra ni cuándo; la mujer es siempre imprevisible porque los hombres somos ignorantes. Y tienes que dar gracias cuando consigues a una de verdad, una que sea capaz de sacar lo mejor de ti. Inma fue mi primera mujer de verdad y estoy dispuesto a que se convierta también en la última, porque no creo que pudiese encontrar otra como ella aunque quisiera; en eso me considero afortunado.

Los Dissidenten enmudecieron y, durante unos segundos, el silencio trajo al salón una especie de relajamiento y un deseo momentáneo de no decir nada.

—Ha pasado un ángel –murmuró Patricia.

Se levantó a cambiar el disco. Llevaba un vestido de seda que respetaba todo lo que había debajo. No se parecía a Inma. Inma inspiraba ternura y un deseo inmediato de quererla, de vivir con ella toda la vida. Patricia inspiraba zarpazos y alaridos, mordiscos en lugar de besos, un deseo casi salvaje de copular con ella encima de cualquier cosa y de cualquier modo, un envite sin más límite que la resistencia del cuerpo. La idea de hacérselo con el vestido puesto brotó dentro de mí con tal fuerza que me apresuré a dar un trago de *Cardhu* para soportarlo. Patricia volvió y se sentó sobre las piernas de Bruno Francés. Se dieron un beso. Vi cómo él se recreaba un instante en el aro del labio. Patricia jadeó un poco y se columpió sobre sus rodillas con una cadencia lenta de submarinista, mientras Sade Adu nos hablaba del tabú más dulce convirtiendo en agua los altavoces del estéreo. De pronto imaginé las piernas de Bruno Francés hundiéndose en el suelo y echando raíces, mudando la piel y la carne para conseguir la fortaleza del roble. La metamorfosis se llevó también por delante a Patricia, que se enroscó a esos dos troncos con la rutina de las serpientes. Recordé entonces a la pitón *molurus*. ¿Dónde la tendrán?, me pregunté. No había visto el terrario en toda la noche. Pensé en las dos puertas que nuestros vecinos habían pasado por alto mientras nos enseñaban el piso. El tabú más dulce de Sade Adu seguía acaramelando los rincones, y el mío era Patricia ya sin el vestido de seda, echada sobre una cama, metiéndose la pitón entre las piernas o dejando que se le enroscara alrededor de los pechos; Patricia enredándose con Kaa como si la cópula entre ellas fuera posible.

—¿Y la pitón? –pregunté.

Patricia miró a Bruno Francés. Él no se movió. Ella se meció un poco más sobre sus piernas y esperó. Finalmente, Bruno Francés asintió, y Patricia nos volvió a mirar.

—¿Queréis verla? –nos propuso.

Dijimos que sí, aunque para nosotros, sobre todo para mí, ver una pitón *molurus* en un terrario no era nada del otro mundo, como tampoco lo hubiera sido ver una tarántula o una iguana. Nos levantamos y, al salir del salón, traté de rezagarme un poco para no caminar delante de Bruno Francés y Patricia con mi cojera. Lo hacía para no parecer excesivamente inferior a Bruno Francés, que había enamorado a Patricia y podía también enamorar a Inma con uno solo de sus gestos, con su elegancia cinematográfica pero sin artificio, con sus ojos y su sonrisa de seductor nato. Al lado de su cuerpo bien trabajado, mi tara en el fémur era un lamentable desatino de la anatomía, algo de lo que volver a avergonzarse después de unos cuantos años sin pensar en ello.

—La tengo en el estudio de Bruno –dijo Patricia.

Se había detenido al final del pasillo, frente a una de las puertas que antes no nos habían abierto. Inma suspiró.

—¿Está dentro del terrario? –quiso saber.

Lo preguntó con una mezcla de diversión y miedo, como si el piso de nuestros vecinos se hubiese convertido de repente en un parque de atracciones y estuviéramos en la cola de la casa de los horrores. No le hacían demasiada gracia las serpientes, pero entraría en la habitación aunque Patricia nos advirtiera de que la pitón estaba suelta. A Inma le gustaban los desafíos, se tomaba en serio aquello de que los únicos errores que cometemos en la vida son las cosas que no hacemos. Mientras entrábamos en el estudio de Bruno Francés recordé la tarde que un amigo de Lidia vino a la tienda a pedir información sobre serpientes. Nosotros teníamos precisamente una pitón *molurus* en el escaparate y se la dejamos para que la tocara. Inma estaba allí y dijo que también quería cogerla. Sonreí y se la di. La recibió con reparos y, en cuanto notó su piel resbaladiza y fría, me dijo: Ya está, Edu, ya está, venga, cógela. Así era Inma. Realizó una docena de muecas con la pitón en brazos, le dio un poco de asco, pero la cogió. No ha vuelto a coger ninguna, pero en su momento quiso hacerlo y lo hizo; era el reto.

El estudio de Bruno Francés estaba situado en la habitación más grande de la casa; nosotros teníamos en ella el salón. Nuestros vecinos la habían dejado sin muebles, con el suelo enmoquetado y las paredes desnudas. Arrinconado junto a la pared del fondo había un trípode con una cámara y tres o cuatro maletines de metal que supuse llenos de material fotográfico. Había varios tipos de iluminación en el techo: un fluorescente, unos cuantos ojos de buey,

un par de focos direccionales. Patricia había optado por los ojos de buey. El terrario estaba a mano derecha. Patricia se acercó, abrió la tapa posterior y cogió la pitón con cuidado.

—Ven aquí, Kaa, ven –canturreó melosamente–, que estos señores quieren verte.

La serpiente se le acomodó en los brazos y ella le mantuvo la cabeza en alto poniéndole una mano debajo de la mandíbula. La acercó a nosotros y el animal se dejó hacer bonachonamente, enroscándose en los brazos de su dueña como si fuera su lugar habitual de reposo.

—¿Queréis tocarla? –nos preguntó, aproximándose.

—Tienen una tienda de animales, Patricia –dijo Bruno Francés–. No hacen otra cosa que tocar serpientes.

—Ah, claro, qué tonta.

—Le encanta enseñar su bicho a todo el mundo –añadió él.

—No es un bicho –protestó.

—No poco.

—No importa –dije–. Me gustaría cogerla.

Patricia pareció alegrarse y dejó resbalar la pitón en las palmas de mis manos. Le acaricié el lomo con un dedo y lo sentí resbalar en aquella suavidad gris amarillenta, salpicada de manchas pardas. Medía poco más de un metro porque era joven.

—¿Se comió el hámster? –pregunté.

—Por supuesto –me contestó Patricia sin dejar de observar la pitón.

—Qué puntual.

Poco después me acerqué al terrario y, con mimo profesional, deposité a Kaa en el interior. Patricia colocó la tapa y, en aquel momento, Inma le preguntó a Bruno Francés si era allí donde hacía sus fotos.

—Las de estudio sí –contestó él.

—¿Por qué no nos enseñas algunas? –sugirió Inma.

La verdad es que yo también tenía curiosidad por ver sus fotografías. Quería comprobar si la reputación que se había ganado era o no merecida. Supongo que ese afán repentino por evaluar a Bruno Francés era una consecuencia del exceso de *Cardhu,* que, además de alcohol, me había metido un poco de presunción en las venas, porque yo no tengo ni tenía la más remota idea de fotografía y, por tanto, ningún comentario que pudiera hacer valdría mucho la pena. Era como si Bruno Francés, que llamaba bicho a una pitón *molurus*, hubiese pretendido evaluarme a mí como veterinario.

Nos sentamos en el suelo y Bruno Francés fue esparciendo las fotografías a nuestros pies.

—Aquí hay un poco de todo –dijo.

El abanico de imágenes en blanco y negro era, en efecto, un complejo surtido de acumulación y diversidad. Bruno Francés apenas comentaba las fotografías mientras las iba amontonando; se limitaba a dejarlas caer. Vi perspectivas inéditas de Colón, como un primer plano de su dedo con tres palomas acomodadas en él; rincones del barrio gótico, con sus fachadas rocambolescas y sus músicos de paso, un niño escuchando a un guitarrista forastero a la sombra de la catedral; unos cuantos momentos arrancados a un parque de atracciones, dos ancianos tratando de subir a la noria; y también vi algunas chicas preciosas posando en acantilados o en la arena de la playa, a veces con las camisetas mojadas; y a Patricia medio agachada y riéndose con la torre Eiffel levantándose detrás de ella.

—Este fue el año en que nos conocimos –nos dijo enseguida.

—¿Os conocisteis en París? –se maravilló Inma.

—¿Qué os parece? –intervino Bruno Francés–. Nos conocemos en el lugar más romántico del mundo y no cree en el amor.

—Es su frase favorita –dijo Patricia.

Bruno Francés fue desglosando una serie de fotografías parisinas, tan bien hechas que a mí me parecieron postales. Patricia aparecía en algunas de ellas, sentada en un banco y fumando con un aire de mujer fatal que me recordó a Marlene Dietrich; o agarrada a una farola con los Campos Elíseos desgranándose a su espalda; o de pie en un puente con la mirada perdida en el Sena. Desde luego, eran fotos realizadas por un profesional, de esas que sólo se ven en los calendarios o en las revistas, pero también tuve la sensación de que todo aquel repertorio que Bruno Francés nos iba desparramando sobre la moqueta era simplemente la quincallería de su verdadero trabajo, los deshechos de su talento. Estuve a punto de pedirle que nos enseñara sus trabajos con los modistos de los que nos había hablado, o aquellas fotografías en las que decía que le gustaba comparar el cuerpo humano con las ciudades; algo de verdad, no retratos de vacaciones. Pero pensé que quizás no le apetecía. Cuando se terminaron las fotografías, Inma y yo nos miramos y dijimos que se estaba haciendo tarde. Patricia sugirió que podíamos tomarnos otra copa, pero le contestamos que ya habíamos bebido demasiado.

—Sí –admitió–. Yo también he bebido demasiado.

Antes de salir del estudio, Patricia se despidió de la pitón y me comentó que la semana siguiente tendría que pasarse por la tienda a por otro hámster. Nos acompañaron a la puerta y Bruno Francés dijo:

—Dentro de un par de semanas hago una exposición. –Cogió algo del mueble que había junto a la entrada y nos lo alargó–. Aquí

tenéis dos invitaciones. La inauguración es el viernes a las ocho de la tarde. Podéis venir y luego nos vamos a tomar unas copas. ¿Qué tal?

—Perfecto –contestó Inma, cogiendo las invitaciones que le ofrecían los dedos de Bruno Francés.

Entonces él la atrapó por el brazo, se inclinó hacia ella y le dio un par de besos. Lo hizo con toda naturalidad, cortésmente, con media docena de gestos precisos. Luego, mientras me tendía la mano y yo se la estrechaba, Patricia besó a Inma y, sin que me diese tiempo a verla venir, dio un paso e hizo lo propio conmigo. Un reparto de besos es una de las cosas más corrientes en las que te puedes ver implicado, es algo que sucede a menudo, una convención social a la que no se debe dar mayor importancia. Sin embargo, no sé por qué, con nuestros vecinos me cogió por sorpresa, quizás porque era la primera vez que lo hacíamos. Incluso imaginé alguna idiotez, como que Bruno Francés había aprovechado aquellos rápidos besos para insinuarse a Inma, o que Patricia me había restregado pícaramente el aro de su labio por la cara y yo no había sido capaz de notarlo. Es por el whisky, pensé, sólo han sido cuatro besos de nada.

El viernes de la exposición comenzó a llover a primera hora de la mañana y seguía lloviendo cuando cogimos el coche para ir a la Fundación Miró. íbamos convencidos de haber trabado ya cierta amistad con nuestros vecinos. No dejaba de asombrarme que el azar nos hubiera colocado como vecino a alguien de la talla de Bruno Francés, con sus exposiciones y su fama europea.

Llegamos puntualmente a las ocho. La sala trece estaba ya con todas las luces encendidas y la mayoría de ellas palpitaba sobre los rótulos que anunciaban la exposición: La Barcelona de Bruno Francés. Había unas cuantas personas hablando entre ellas o deambulando alrededor de los paneles fotográficos, pero no demasiadas. Casi nadie es puntual en Barcelona, se llega siempre con diez minutos de retraso a todas partes; hay incluso mezquinos que aseguran que llegar un poco tarde es un signo de distinción. Yo creo sencillamente que llegar tarde es una falta de respeto.

Descubrimos a Patricia culebreando entre las mesas de canapés y bebidas. Nos saludó con la mano.

—Qué puntuales.

—Extraño, ¿eh? –sonreí.

Nos besamos y esta vez no sentí nada especial.

—Esto aún no está muy animado, ¿no? –dijo Inma.

—Bueno, todavía falta gente, a lo mejor les asusta la lluvia –le contestó Patricia. Luego le cogió la mano y dijo–: Venid, vamos a saludar a Bruno.

Bruno Francés estaba al fondo de la sala. Mientras nos acercábamos miré de pasada algunas de las fotografías. Eran pedazos de Barcelona en blanco y negro; reconocí algunas fachadas y monumentos. Bruno Francés se apartó del pequeño grupo en el que estaba conversando y nos saludó.

La gente llegaba huyendo del mal tiempo, con los paraguas y los zapatos mojados, sacudiéndose la lluvia de encima. Al cabo de un rato llenaron por completo la sala y deambularon con impaciencia por los rincones. Hacia las ocho y media un hombre pidió un momento de atención. Nos puso al corriente del honor que suponía exponer al gran fotógrafo Bruno Francés y, a continuación, le cedió la palabra a un famoso modisto italiano, pequeño y apasionado, que alabó el modo inimitable en que Bruno Francés manejaba a las modelos para que lucieran plenamente el encanto de la ropa. Todo muy correcto. Lo de siempre en este tipo de acontecimientos, supongo.

Miré a Bruno Francés, allí quieto, entre el director de la sala y el modisto, con un cañón de luz sobre su cara porque alguien lo estaba filmando, y me gustó verlo simplemente como vecino y casi amigo y no como el gran fotógrafo que anunciaban entre unos y otros. Fue una lección para mí, que siempre he idealizado a los famosos. Hay que aprender a ver lo que hay dentro de las personas, sean éstas quienes sean. Yo tenía la oportunidad de conocer al verdadero Bruno Francés por encima de sus etiquetas profesionales, al Bruno Francés persona, con los mismos problemas cotidianos que yo, porque en el fondo a todos nos suceden las mismas cosas, y sentía que debía aprovechar la ocasión.

Al final de las presentaciones, él explicó de manera breve el porqué de aquellas fotografías. Me encantan las ciudades, dijo, me gusta retratarlas cuando llevo un tiempo con ellas, como a las mujeres. Fue un comentario informal, que la gente recibió con risas. Aseguró que le encantaba Barcelona. Y conste que nací en Madrid, bromeó. Terminó su charla enseguida, dijo que no quería extenderse porque todos estábamos allí para comer canapés y mirar fotografías, no para escuchar discursos. La gente volvió a reír y aplaudió y se diseminó por la sala para perderse entre los paneles fotográficos. Los que habían filmado a Bruno Francés mientras hablaba, se acercaron a él y lo abordaron con preguntas y un micrófono.

Una hora después, con las bandejas de canapés ya vacías, la gente comenzó a cansarse de zozobrar entre las fotografías y volvió con un poco de hastío y resignación a sus paraguas y a la lluvia que llevaba el día entero mojando la ciudad.

—Se acabó por hoy –suspiró Bruno Francés.

Nos fuimos a cenar un grupo de ocho personas a un restaurante italiano, propiedad del modisto, y luego estuvimos tomando unos cócteles caribeños en *Kahala*. A las dos de la madrugada, Patricia propuso romper la noche en *Luz de gas*, pero nadie se entusiasmó demasiado. Son unos aburridos, nos dijo Patricia en voz baja. Se había bebido dos *Testamento* y parecía dispuesta a morir en cualquier pista de baile. Cogimos el *Golf* de Inma y nos fuimos los cuatro con el ánimo de divertirnos hasta donde fuera necesario.

—Hace años que no voy a una discoteca –dije.

—Es malo perder las buenas costumbres –sonrió Bruno Francés.

Entré en *Luz de gas* con la sensación de que me iban quitando años de encima, de que me habían devuelto a mi vida de soltero, antes de que conociese a Inma, cuando los fines de semana existían para comenzar a reventarlos el viernes por la noche. Olí el ambiente, las luces y la música y entendí que el tiempo había pasado a pesar de todo, porque no fui capaz de interpretar las caras de aquellos noctámbulos mientras nos abríamos paso hacia la barra. Lo único que sabía es que no eran de verdad. La enseñanza que obtuve de las personas que fui conociendo en las noches de alcohol y música es que todas tenían la peculiar costumbre de no ser las mismas al llegar el día. Al amanecer experimentaban un cambio estrepitoso, se quedaban de repente sin ganas de fingir y se les caían sin remedio todos los disfraces. Odiaba aquel momento, y al principio me emborrachaba a conciencia para soportarlo. Tuve que habituarme a aquella mascarada para moverme a gusto entre los trasnochadores, aprender a conocer sus miradas y sus gestos y tratar de intuir lo que ocultaban. Todo se reducía, en el fondo, a ser consciente de esos códigos, estar atento y disfrutar de la noche sin esperar nada de la madrugada; la madrugada era siempre, inevitablemente, el territorio de los desengaños. Al entrar en *Luz de gas* me di cuenta de que había olvidado las reglas del juego. Nos acodamos en la barra y pedimos unos whiskies.

—A ver si vamos a acabar como en vuestra casa –dije.

Alguien propuso ir a bailar y sentí un súbito tirón de vergüenza en el fémur. Manifesté que, de momento, prefería quedarme en la barra, y los tres se alejaron buscando un camino hacia la pista. Me entretuve mirando los focos y el desparpajo de la gente, que bailaba y bebía sin parar o se escapaba a los rincones para gritarse cosas al oído. Muy cerca tenía a una chica que, consciente de su atractivo, agitaba con descaro todo el cuerpo, provocando y encendiendo a los cinco o seis chicos que merodeaban a su alrededor buscando una vía de entrada. Hay algo seductor en el hecho de mirar y ser mirado en un local nocturno; nos gusta. El ambiente es propicio, se bebe un poco, las luces inventan un mundo diferente y la gente baila en

comunión con quien tiene al lado aunque no vaya a dirigirle la palabra en toda la noche. En aquellos hervideros siempre me sentí muy cerca de quienes me rodeaban, a pesar de no conocerles. Allí dentro no importaba quién eras ni de dónde venías, si estudiabas en la universidad o trabajabas en un taller de coches, ni siquiera si eras cojo. Lo esencial es que todos habíamos decidido compartir la misma música y acatar las mismas reglas: la diversión, el flirteo, el engaño y la desenvoltura de los más atrevidos.

—¿No te gusta bailar?

Patricia había vuelto de la pista y me miraba a un palmo de distancia. Sus ojos volvían a parecer un par de charcos. Busqué una sonrisa en mis labios, pero sólo conseguí arrancar una mueca de la nada.

—No mucho.

Ella asintió.

—Es por la pierna ¿no?

Por un momento pensé que alguien había apagado la música y que Patricia acababa de gritar aquella pregunta para que todos supiesen que era cojo. La mueca se me deshizo en la boca. No pude aguantar su mirada. Se dio cuenta y trató de disculparse, pero le dije que no tenía importancia. Y le conté que a los dieciséis años me rompí el tobillo y el fémur por dos sitios, y que unos problemas durante la recuperación me dejaron esta cojera crónica de recuerdo.

—Si la muevo mucho me resiento –añadí–. Y encima está lloviendo.

—Sí –dijo–. La humedad es terrible para los huesos.

No me gusta hablar de mi pierna, es como si hablando se hiciese más evidente la tara que la deshonra. Dicen que si nos callamos un problema, o algo que nos preocupa, y nos lo tragamos, se nos acaba pudriendo dentro, que no hay nada mejor que hablar de lo que nos duele, echarlo fuera, compartirlo; quizás sea cierto. Pero yo creo que a veces es mejor no molestar a nadie con nuestras cosas, mejor poner buena cara y simular que todo va perfectamente; resulta mucho más fácil y nos compromete menos. Porque no es fácil hablar, cualquier otra cosa es más fácil que hablar de verdad; sólo saber escuchar es más difícil. Yo tenía a Patricia para ponerlo en práctica, pero me resistía. La tenía frente a mí y estaba convencido de que ella sí reunía las cualidades necesarias para saber escucharme y también decirme algo apropiado. No eludiría el asunto para no herirme, como hacen todos, no saldría al paso de la conversación con un par de tópicos. Patricia no. Patricia era sincera y descarada, atacaba de frente, sin amagos. Es por la pierna ¿no?, me había soltado. Nadie en toda mi vida se había atrevido nunca a decirme tal cosa.

Pedimos otro whisky y, de pronto, me entraron ganas de contarle cómo sufrí esa triple fractura. Pero en el último momento cerré la boca, en parte porque fue un accidente ridículo en segundo de bachillerato, un accidente que no diría mucho en mi favor, y en parte porque si ni siquiera Inma sabía los verdaderos detalles, por qué tenía yo que confesárselos a Patricia, a la que apenas conocía. Y es que, en verdad, fue un percance de lo más estúpido. Un día nos llegó el rumor de que dos chicas de clase eran lesbianas. Se decía que se quedaban en el vestuario después de la clase de gimnasia para toquetearse. Un chisme como ese entre estudiantes de dieciséis años despierta la brutalidad inmediata. Un pequeño grupo decidimos comprobar personalmente si aquel chismorreo era o no cierto. Conseguimos una escalera del almacén de mantenimiento, fuimos a la parte trasera del instituto y nos encaramamos a la fachada para espiar el vestuario de las chicas a través de las ventanas. Pérez había conseguido de no se sabe dónde una cámara de fotos y nos la mostró con orgullo. Cuando la vimos, nos bamboleamos de risa sobre los travesaños de la escalera. Tuvimos que arrancar dos lamas de las grandes persianas para hacernos un hueco. Lo primero que vimos fue el vestuario empañado por el vapor de las duchas, y luego piernas y pechos y conos apareciendo y desapareciendo entre el humo y las toallas; un espectáculo que nos pareció precioso, lo mejor que habíamos visto en nuestras vidas. Joder, suspiró Pérez, con el ojo derecho incrustado en la cámara y el izquierdo abierto de par en par, mirad las tetas de la Silvia, qué tetas, la condenada. Entonces nos dimos cuenta. No se trataba de una película, ni de fotos de revista porno, ni de calendarios. Aquellas chicas eran reales. Más que reales: eran nuestras compañeras de clase, las conocíamos, nos sentábamos con ellas. El morbo nos dominó y nos apiñamos todos en lo alto de la escalera. Nos olvidamos de las chicas lesbianas, en realidad dejó de importarnos que lo fueran o no; podrían haber sido marcianas, con antenas y tres ojos, y también nos habría importado un pimiento. Lo importante era buscar a nuestra chica favorita y verla como siempre habíamos deseado verla. Un sueño. Haz bien las fotos, Pérez, dije, hazlas bien o te matamos. Pero todos los sueños acaban. De repente alguien del grupo gritó que habían dado el chivatazo de nuestra maniobra y que el director estaba ya rodeando el edificio. Nos miramos un solo segundo y el miedo se nos llevó por delante. Desde niño, cuando tenía que huir de algo, lo hacía a toda prisa y sin cuidado, y aunque nunca me había sucedido nada irreparable, aquella mañana la suerte se me terminó de golpe. Perdí pie por culpa del pánico y los empujones de mis compañeros, y, al querer remediarlo, me enredé el tobillo con un travesaño. Me lo partí y caí

a plomo como una marioneta abandonada por su titiritero. Tuve tiempo de pensar que estaba a cuatro metros de altura y que me iba a matar allí mismo. Oí el chasquido de la pierna en cuanto llegué al suelo, y me puse a gritar tan fuerte que mis compañeros, en lugar de seguir huyendo, se me quedaron mirando con la boca abierta, hechizados, como si hubieran olvidado la llegada inminente del director o ya no les importara. Estuve gritando hasta que me desmayé. Luego, en el hospital, uno de ellos me confesó que habría sido imposible resistirse a mirar la grotesca posición en que me había quedado la pierna. Pérez le hizo un par de fotos, añadió, y también fotografió al director cuando le dio la lipotimia. Me puse a reír como un loco mientras se me saltaban las lágrimas por culpa de los pinchazos que me subían de las fracturas escayoladas.

—¿Cómo te lo hiciste?

Volví a la música y a las luces turbias y enloquecidas de *Luz de gas* y miré a Patricia como si ella hubiese aparecido en ese preciso instante.

—¿Qué?

—La pierna –dijo, haciendo una leve seña con la cabeza–. ¿Cómo te la rompiste de esa manera?

Quise chapotear en sus ojos, pero eran demasiado profundos y cabía la posibilidad de ahogarse al menor descuido. El whisky la volvía más atractiva porque acentuaba sus gestos eléctricos y su aspecto de fiera siempre al acecho, tal vez la bebida hacía aflorar a su superficie matices que normalmente permanecían anclados en el fondo. Tuve la impresión de que no conocíamos a Patricia en absoluto y de que probablemente no la conoceríamos nunca, porque era de esa clase de personas inabarcables que, aún conociéndolas, pueden sorprenderte en cualquier momento.

—Fue en el instituto, en un partido de fútbol.

—Qué bestias.

—Una caída tonta.

—Muy tonta –sonrió.

Lo dijo dando a entender que era la peor mentira que le habían dicho en la vida. No me importó mucho. Los intercambios de palabras en una discoteca son sólo un pasatiempo, un tanteo, un juego donde todo el mundo miente y sabe que le mienten; nada más. A lo mejor se lo ha creído, pensé. Después de todo, también Inma se lo creyó en su día y nunca lo puso en duda. Todo era cuestión de cambiar de tema. Nos quedamos uno junto al otro, observando el alboroto, y entonces pensé en Inma y en Bruno Francés, que seguirían bailando en la pista o quizás gritándose cosas al oído. Llegué incluso a imaginar que Patricia los había dejado solos a propósito, ellos solos en un sitio y nosotros solos en otro; a

lo mejor eran aficionados al intercambio de parejas. No sé por qué nuestros vecinos me inspiraban esta serie de ideas lascivas cada vez que bebía un poco más de la cuenta. Durante un tiempo lo consideré una idiotez, hasta que me obsesionó la sospecha de que no lo era.

—¿Dónde están? –le pregunté a Patricia.

—Allí –contestó, señalando con el dedo una esquina de la pista.

Busqué en la maraña de cabezas y brazos y vi cómo Bruno Francés trataba de enseñar a Inma a bailar un rock and roll llevándosela con agilidad entre los brazos como yo le había visto coger a veces a Patricia. Inma reía y su cara variaba de un color a otro bajo los fogonazos de las luces. Entonces pensé algo que fue como encontrarse de repente con un trozo de carne podrida en la boca y no poder escupirlo, algo que dejara también un regusto de pánico entre los dientes: Inma nunca podría bailar así conmigo. *Nunca* es una palabra terrible; hace daño. Conmigo no podrá hacerlo nunca. Me lo repetí mentalmente al ritmo del rock and roll que creo era de Elvis. Conmigo no podrá hacerlo nunca. Tal vez a Inma le importaba más bien poco que no pudiéramos bailar juntos un rock and roll, tal vez no le daba ninguna importancia; después de todo, en la vida hay cosas mucho más valiosas que esa. Sin embargo, yo sólo era capaz de pensar que Bruno Francés, al que apenas conocíamos desde hacía unas semanas, le estaba dando a mi mujer algo que yo nunca le había podido dar ni tampoco podría ya dárselo. Me pregunté qué se sentiría al bailar con Inma de aquella manera, qué se sentiría al agarrarla y caracolear con ella un rock and roll o lo que fuera. Sentí de nuevo ese viejo desprecio contra mí mismo, ese aborrecimiento que me nacía en el tobillo y me trepaba por la pierna inútil. Inma no merecía que no pudiese complacerla. Tratando de distraerme, busqué a la chica atractiva que con sus contoneos traía de cabeza a los cinco o seis que la rodeaban. Cuando veo a una mujer bailando de aquella manera, me pregunto si se moverá igual en la cama, si lo hará con la misma armonía, si sus caderas danzarán tan rabiosamente. A lo mejor también Bruno Francés se hacía esa pregunta sobre Inma mientras la agarraba y la volteaba y ella lo seguía y se dejaba llevar.

Terminó el rock and roll de Elvis y pusieron otro, y después pusieron algo de los Bee Gees y de Boney M, que nos aseguraron que Rasputín fue amante de la reina rusa, momento en el que pensé que también Patricia hubiese podido ser la reina de alguna tierra exótica. Quise decírselo, incluso me acerqué a su oído, pero no estaba seguro de si aquello era un piropo, una insinuación o una chorrada; tampoco podía prever cómo se lo tomaría, así que me lo callé. Pero como ya tenía el gesto medio hecho y ella se había dado

cuenta de que quería decirle algo, tuve que improvisar.

—Bruno baila bien, ¿eh?

Se me ocurrió porque, en ese instante, Bruno Francés e Inma regresaban ya de la pista sonriendo y buscándonos entre la gente. Nos apartamos de la oleada de bebedores y de los que parecían capaces de estar bailando toda la noche, y buscamos un rincón con cuatro taburetes y una mesa. Durante un rato nos dedicamos a mirar a nuestro alrededor mientras el disc-jockey repartía un poco de funky. El chico rubio se había desmarcado por fin del corrillo de amigos y se acababa de arrimar a la chica atractiva.

—Ahí está –dije–. Uno ya se ha decidido.

Inma me preguntó a qué me refería, y los puse al corriente de las maniobras del grupo de chicos.

—El rubio ha tomado la iniciativa –puntualicé.

—Bueno –dijo Patricia–. Sólo quiere tirársela.

—¿Y? –preguntó Bruno Francés.

—Pues eso.

—¿Y qué tiene de malo?

—No he dicho que tuviese nada de malo.

Desde luego que no, pensé, mirando la blusa abierta de la chica y su falda minúscula, diseñada quizás por un modisto cansado o con poca tela.

—¿Entonces? –insistió él.

—Lo que quiero decir es que los tíos siempre buscáis lo mismo en las discotecas.

—No seas cursi.

—No lo soy.

—Sí lo eres. ¿Qué quieres que busquemos? ¿Diálogos filosóficos? ¿Nuestra media naranja platónica?

Él y yo nos pusimos a reír, pero Patricia nos dedicó otra de sus muecas a medias.

—Muy gracioso.

—Venga ya, cariño, no me vengas con tonterías, ¿eh?, que vosotras tampoco sois unas santas. ¿O acaso esa tía no ha provocado la decisión del rubio?

—Por supuesto, ¿quién crees que manda?

Ahora fueron ella e Inma quienes se rieron con espíritu de equipo. Inma, todavía riendo, nos preguntó si acaso no sabíamos cuál era el sexo débil.

—Las mujeres –contesté.

—Los hombres –me replicó Patricia–. Queda demostrado en la cama.

—En la cama lleváis ventaja –aclaró Bruno Francés–. No tenéis que mantener nada tieso.

Me gustaban los comentarios de mi vecino; eran mordaces y también oportunos, como sus gestos o sus sonrisas bien perfiladas. Lo imaginé algunos años atrás en esta misma discoteca o en cualquier otra, pero solo, aún sin Patricia, tal vez con su grupo de amigos también solteros, poniendo su encanto por delante para cortejar a las mejores chicas y ganarse así la reputación de trasnochador que yo le suponía. Hubiera valido la pena gastar esas noches de fin de semana con él, verlo en acción, aprovecharse de su magnetismo.

—Las lesbianas tienen suerte –afirmó Patricia, y sentí un tirón en el fémur y en el tobillo–. Pueden hacer el amor toda la noche sin problemas.

—Yo también he hecho el amor durante toda una noche –aseguró Bruno Francés.

—¿Ah sí? –dijo Patricia, adoptando un tono de burla–. ¿Cuándo?

—Una vez.

—No me lo creo. Ningún hombre puede durar toda la noche.

—¿Por qué?

—Porque no, porque no aguantáis.

—No tiene por qué ser sólo culpa nuestra.

—¿Ah, no? ¿De quién, entonces?

—Vuestra.

—Venga ya.

—No, en serio. Hay mujeres que no son capaces de mantener a un hombre en pie de guerra durante mucho rato.

—Es la tontería más grande que has dicho nunca. Bueno –se rectificó–, la segunda. –Y antes de seguir hablando sus labios se curvaron hacia arriba con un deje de satisfacción–. La primera es que estuviste toda una noche dándole caña vete a saber a quién.

Nadie pudo evitar la risa, ni siquiera Bruno Francés, una risa tonta y fácil, el tipo de sonrisa que luce uno en la boca cuando lleva bebiendo toda la noche, y terminamos contagiándonos los unos a los otros hasta el punto de no poder seguir con la conversación. Poco después, todavía con restos de risa en la cara, Inma comentó que necesitaba ir al servicio.

—Te acompaño –dijo Patricia.

—El misterio de la vida –se burló Bruno Francés–. Las mujeres de dos en dos a mear.

—Idiota –le replicó Patricia con un mohín de gata cariñosa.

En cuanto dieron media vuelta, Bruno Francés se levantó del taburete y me cogió del brazo:

—Te invito a una copa.

No pude negarme, a pesar de que, con tanto estruendo y alcohol, comenzaba a vencerme ya la impresión de que *Luz de gas* se

desdibujaba por las esquinas y bajo los pies, que las luces y la música y la gente se habían convertido en un solo cuerpo indivisible y amorfo en el que también yo me hallaba inmerso. Bruno Francés le pidió dos whiskies con naranja a la camarera y me guiñó un ojo. Está buena, ¿eh?, me gritó al oído. Asentí sin demasiado entusiasmo. Siempre me dieron un poco de miedo las camareras de las discotecas. Invariablemente, las imaginaba desvergonzadas, insaciables, curtidas en mil batallas, capaces de dejarte en ridículo al menor descuido; por eso no me atreví nunca a ligar con ninguna y me ponía nervioso cuando algún amigo mío trataba de hacerlo. Creía que para conseguir a una de esas chicas tan maquilladas, tan provocativas, tan sonrisitas, había que ser, como mínimo, igual que ellas, un desvergonzado, un insaciable, un guaperas curtido en mil batallas…, un Bruno Francés, por ejemplo, capaz de manejar a aquella camarera y a cualquier otra que se le pusiera por delante. Lo máximo que yo me permitía era mirarlas de reojo mientras servían las bebidas, mientras se inclinaban sobre las neveras o se agachaban en busca de botellas, y sus minúsculos trajes no podían seguirlas. Bruno Francés me pasó el whisky y brindamos.

—Por la camarera –sonrió.

Dimos un trago.

—¿Por qué empezaste a hacer fotos? –le pregunté.

Me miró de un modo curioso, extrañándose quizás de que se lo preguntara en aquel preciso momento.

—¿Qué por qué empecé? –dijo, y durante unos segundos persiguió con los ojos el culo de la camarera–. Para estar con mujeres como esa.

Hice una mueca y dije:

—Es una buena razón.

—Sí, ya lo creo –asintió–. Pero sólo con eso no puedes convertirte en un fotógrafo como yo. No es una razón lo suficientemente fuerte. Cuando hubieras visto desnudas a tres modelos seguidas lo mandarías todo a tomar por el saco.

Bebimos y dejamos que la música llenara nuestro silencio. Resultaba extraño hablar de un tema como aquél a gritos, rodeados de noctámbulos que mantenían sus conversaciones banales. Era la primera vez en mi vida que hablaba en serio en una discoteca; nunca pensé que fuese posible.

—Tuve mi primera cámara de fotos a los catorce años –prosiguió entonces Bruno Francés–. Se la robé a un compañero de clase y le dije a mi madre que me la había encontrado en la calle. –Sonrió con nostalgia y sacudió la cabeza–. ¿Qué te parece? El gran Bruno Francés un ladrón, oh, qué desgracia.

—Todos hemos robado algo.

—Sí, supongo que sí –asintió, y sorbió un poco de whisky–. Si lo quieres saber, empecé a hacer fotografías porque me parecía que todo iba demasiado rápido. Tenía la sensación de que el mundo, más que girar sobre sí mismo, rodaba por una pendiente abajo. Con el botón de mi cámara atrapaba instantes, detenía un poco esa carrera loca. Por eso empecé. –Sonrió, se encogió de hombros y añadió–: Ya sé que suena muy intelectual, pero es así. Pensé: si el mundo va demasiado rápido, yo le arrancaré pedazos y los conservaré para siempre.

—No suena intelectual. Suena a obsesión.

—Sí, es cierto –asintió, y hubo en su expresión un atisbo de orgullo, de objetivo logrado–. No se alcanza nada sin obsesión. Sin obsesión, el artista es un mediocre. El mundo está lleno de artistas mediocres que no se obsesionaron, que creyeron que todo era sencillo y que ahora llevan como pueden su frustración: hacen fotografías de bodas y bautizos y por la noche sueñan con montar exposiciones o con trabajar en el *National Geographic*, pintan cuadros para presumir, escriben libros para impresionar a los amigos…, en fin, nada. Se han quedado ahí abajo. No se obsesionaron. No resistieron. El artista es un corredor de fondo y perecerá en cualquier otra distancia. –Se inclinó un poco hacia mí, me miró fijamente y concluyó–: Hay que resistir, Edu. Sólo los que resisten llegan de verdad a lo que se proponen.

Inma y Patricia regresaron del servicio y Bruno Francés abandonó la conversación para abrazar a su mujer y besarla. Sonreí, me terminé el whisky con naranja y saboreé la agradable sensación de haber aprovechado mi oportunidad de conocer un poco mejor a nuestro vecino. Aunque fuera famoso, aunque estuviese en la élite de la fotografía, ya no parecía tan descabellado que yo, un simple veterinario cojo, pudiera convertirme en su amigo; tal vez él incluso lo deseaba.

Llegamos a casa a las cinco de la madrugada. Había dejado de llover. Nos despedimos en el rellano de la escalera con el alboroto contenido de quienes regresan de una juerga provechosa, dándonos besos y resoplando y riendo por debajo de los labios porque el edificio se nos movía a todos más de la cuenta.

Me dejé caer en la cama con el cuerpo desmadejado, con el fémur lleno de bisagras oxidadas por culpa de la humedad y la lluvia. Inma apagó la luz, se tumbó con un suspiro. Les va la juerga, ¿eh?, comentó. Sí, dije. Lo cierto era que la llegada de nuestros vecinos había supuesto un revulsivo en nuestro acomodamiento de casados, en nuestra vida estrictamente hogareña con cenas eventuales de fin de semana y sesiones dominicales de cine. Tendríamos que salir más, añadió Inma, con ese tono de voz que

adopta cuando tiene ganas de hablar pero también de dormir. Supongo que sí, susurré, cerrando los ojos. Y de pronto me entró miedo a que ambos hubiésemos perdido para siempre la capacidad de divertirnos. No podía recordar la última vez que habíamos trasnochado solos más allá de las tres de la madrugada, como hacíamos antes de casarnos. ¿Por qué el matrimonio nos había arrebatado la diversión? ¿Por qué no habíamos sido conscientes de esa pérdida? A veces tengo la sensación de que nos dejamos llevar por la vida, de que funcionamos con una especie de piloto automático. De este modo no sabemos cómo llegan a ocurrimos ciertas cosas y por qué, no sabemos cómo nos sobreviene la infelicidad o el infortunio hasta que los tenemos encima y no nos queda otra solución que tomar decisiones precipitadas, y casi siempre fallidas, para salir adelante. Tenemos que salir adelante, pensé, porque me daba cuenta de que el fin de la diversión en el amor es asimismo el fin del amor, de que el aburrimiento es la peor de las pestes. Entonces Inma dijo: Bruno dice que soy fotogénica. Abrí los ojos; la oscuridad del dormitorio se hizo un poco más espesa. Bruno Francés le ha dicho a mi mujer que es fotogénica, pensé, mareado por el whisky. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que aquello habría sido dicho con toda seguridad en la pista de *Luz de gas*, dicho y gritado al oído y quizás con una sonrisa encantadora mientras Elvis o Boney M se desparramaban con sus ritmos estimulantes. No tiene importancia, me dije, sólo ha sido una observación profesional, un piropo inocente. Cerré otra vez los ojos. Ciertamente, aquel comentario de nuestro vecino no tenía por qué encerrar maldad o segundas intenciones, aunque yo me empeñara en verlas por todas partes. Quizás sólo había sido un cumplido o un gesto de cordialidad y yo lo estaba malinterpretando todo de nuevo. Me ha comentado, prosiguió Inma, que, si quiero, puede hacerme unas fotos. Oír aquello me cansó; a veces las palabras agotan más que cualquier otra cosa. Estupendo, contesté, sin fuerzas, deseando huir. Y ella añadió: Le he dicho que me encantaría. Quise pensar que la oía ya en sueños, que su voz no era su voz real, sino un producto abstracto de la nada. Me volví hacia la mesilla de noche porque no quería saber más. No quería seguir escuchando y hablando, no mientras la cama continuara balanceándose en la ambigüedad del dormitorio. Mejor callar, purgar la borrachera. Mejor dormir.

La sesión fotográfica fue un domingo por la mañana, diez días después. Bruno Francés le dedicó a Inma más de cien disparos con

un par de cámaras por el barrio gótico y luego el puerto. Resultó divertido el modo en que la trató, marcándole los movimientos y pidiéndole gestos y sonrisas como si Inma fuera una de esas modelos con las que él trabajaba. Al terminar tomamos un aperitivo para recuperar el aliento después de tres horas interminables de fotografías. ¿Cuándo estarán?, preguntó Inma. Bueno, contestó Bruno Francés, las revelaré durante esta semana, ¿qué tal si os venís a cenar el viernes y las vemos? Inma asintió: No sé si podré esperar toda una semana.

Yo fui el primer sorprendido al ver las cuarenta fotos que Bruno Francés había seleccionado. Inma estaba magnífica, casi irreconocible. Nuestro vecino había sabido extraer lo mejor de ella, incluso alguna mirada que yo aún no conocía. Me acordé de aquel modisto italiano explicando que Bruno Francés manejaba como nadie a las modelos. En la exposición me pareció sólo un cumplido, pero al ver a Inma retratada con aquella destreza comprendí que el italiano había dicho la verdad.

—Son increíbles –dije.

—Tienes una mujer muy guapa –sonrió Patricia.

Y asentí, como si no lo supiera o me percatara entonces, enganchado a las fotografías y seducido por aquellos ojos siempre verdes y ahora grises y aquellos labios siempre rojos y ahora negros; nunca había visto a Inma en blanco y negro, tampoco en aquellas posturas tan estudiadas pero a la vez tan casuales.

—Es la primera vez que me hacen unas fotos como estas –aseguró Inma.

De algún modo, el comentario iba dirigido a mí, que tenía una pequeña cámara compacta y sólo la utilizaba cuando nos íbamos de vacaciones o si se celebraba algún cumpleaños en la familia. En el fondo, fue como si Inma acabara de manifestar que jamás había bailado el rock and roll como lo había hecho la otra noche en *Luz de gas*. Me asaltó otra vez la desagradable convicción de que Bruno Francés la estaba obsequiando con esas menudencias que yo no había podido ofrecerle. Ya estaba claro que yo no bailaba como él ni tampoco era capaz de hacer sus fotografías, se daba por supuesto que era mucho más atractivo que yo, ¿qué más quedaba para seguir derrotándome? ¿Acaso que él había estado una noche entera haciendo el amor y yo no? ¿Que era más rico? ¿Que lo conocían en toda Europa?

—Has quedado mejor de lo que esperaba –le dijo entonces a Inma, e hizo algunos comentarios sobre sus facciones bien dibujadas y su cuerpo que no distorsionaba los ángulos ni las sombras.

No entendí a qué se refería, pero sonó muy del oficio.

—Bueno –dijo Inma–, ¿qué te debemos por las fotos?

Bruno Francés la miró un momento, como si no entendiera que ella se refería al dinero, como si no entendiera o no quisiera entenderlo porque estaba pensando en otra cosa.

—Nada, mujer –sonrió–. Es un regalo.

Los volví a ver al cabo de cuatro o cinco días. Lidia y yo estábamos detrás del mostrador cuando entraron en la tienda; también Ferrán, a quien se le habían terminado las vacaciones. Lidia nos contaba que, la noche anterior, a su padre se le había escapado el perro y no habían podido encontrarlo por ninguna parte. Quería colocar un par de avisos en el escaparate. Bruno Francés y Patricia, después de saludarme, dijeron que venían a buscar el hámster de rigor. Mientras iba a la trastienda me di cuenta de que, por primera vez, no estaba tratando de enmascarar la cojera delante de nuestros vecinos. Después de todo, ¿por qué debía hacerlo? Cada uno es como es y tiene que aceptar su propio cuerpo porque no tiene otro, se tiene un cuerpo y es para toda la vida; los complejos no sirven para nada. Al volver junto al mostrador tuve incluso la tentación de estropear un poco más el paso para demostrar que no sólo había sido capaz de superar la tara, sino que además había aprendido a llevarla con dignidad.

—Es puntual la pitón, ¿eh? –dije.

—Sí –asintió Bruno Francés–. El bicho se come las ratas que da gusto.

Patricia le propinó un codazo, como siempre hacía que él se refería a Kaa con su deje a la vez simpático y despectivo; ambos parecían disfrutar con ese juego. A veces ella lo acusaba de tener celos, y él le contestaba que cómo iba a tener celos de un animalejo como ese. Se sonrieron con sonrisas llenas de muecas y entonces advertí que Lidia, en lugar de volver a la consulta, se había quedado tonteando en la tienda entre los frascos de medicamentos y la quincalla de veterinario.

—¿Estará Inma en casa? –me preguntó Patricia.

Miré el reloj: acabábamos de rebasar el mediodía.

—Supongo que sí –contesté, preguntándome para qué la querrían.

Asintieron y se marcharon.

—Son nuestros vecinos –dije.

—Ella se parece a Silke –comentó Ferrán, mirando la puerta por la que había desaparecido Patricia.

—Están forrados, ¿no? –me preguntó Lidia.

—Más o menos. Él es un fotógrafo famoso.

—Y un presumido.

La miré como si acabara de reventar algún criterio universal con esas tres palabras. ¿Eso era todo lo que se le ocurría decir de Bruno

Francés? ¿Que era un presumido? ¿Y por qué no elogiaba su atractivo, por ejemplo? Pensé en preguntarle si no lo encontraba idéntico al modelo de Emidio Tucci, si acaso no se había fijado en su manera de andar o hablar, en sus sonrisas bien equilibradas, o en sus ojos, que iban siempre buscando el vértigo en colores. No acababa de entender que el punto de vista femenino de Lidia no coincidiera con el de Inma y el mío. Yo suponía que sus veintidós años tendrían que haberse desmantelado delante de un hombre como Bruno Francés; que por esa razón se había quedado vagabundeando por la tienda mientras nuestro vecino estuvo allí. En cambio, sólo decía que era un presumido. Sospeché que su opinión estaba afectada por la pérdida de su perro. Después de todo, Lidia había llegado por la mañana a la tienda con ojeras, sin ganas de hacer nada, desastrada tras una noche de búsqueda a la intemperie, así que no la creí en condiciones de emitir ningún juicio.

Cuando cerrábamos la tienda, me sentí obligado a ofrecerle unas palabras de ánimo.

—A ver si hay suerte con Bruc.

—A ver.

En cuanto llegué a casa, pregunté a Inma si nuestros vecinos habían pasado a verla. Desenrolló una larga sonrisa por la cara mientras iba asintiendo con la expresión de quien ha conseguido realizar el sueño de su vida. Conozco a Inma y supe que nada de lo que fuera a decirme sería tan trascendental como para merecer aquel alborozo en su mirada. Sería con toda seguridad algo trivial, que ella habría convertido en un reto con su manía de embobarse con las cosas inéditas.

—Quiere hacerme unas fotos.

—¿Otra vez?

—Sí. Pero ahora en serio.

—¿Qué quiere decir en serio?

—Que es para uno de sus trabajos. Dice que lo va a exponer en París. –Seguía con la sonrisa desparramada por los labios, de manera que sus palabras tintineaban con un ligero rumor de carcajada–. Unas fotos de estudio, algo de primeros planos. El sábado vendrán a tomar café y Bruno nos lo explicará con más calma.

—¿Ya le has dicho que sí?

—Claro –contestó, todavía con esa sonrisa implacable, como si mi pregunta fuera sólo la pregunta ingenua de un crío.

En aquel momento no quise añadir nada más. Me pareció que no valía la pena acabar discutiendo por un motivo tan insignificante como otra sesión fotográfica. Sin embargo, el sábado por la tarde,

cuando Bruno Francés y Patricia llamaron al timbre, fui a abrirles con una disposición diferente, notando dentro de mí esa prisa por saber, por salir de dudas. Sospeché que aquella nueva sobremesa no iba a ser para mí como las anteriores. No iba a serlo porque el segundo interés de Bruno Francés por retratar a Inma se me había instalado en la boca del estómago y se retorcía allí como una amenaza.

—Se trata de exponer en París –explicó nuestro vecino, hablando a través del humo del café–. Quiero realizar un trabajo de primeros planos de la cara femenina.

Me sentí halagado una vez más de que hubiera pensado en Inma, pero también me pregunté el motivo de esa elección cuando él podría disponer de cualquier modelo del mundo con sólo señalarla con el dedo. La pregunta me estuvo bailando en la boca hasta que Inma la formuló por mí.

—Las modelos no son cotidianas –le respondió Bruno Francés–. Y yo quiero una mujer cotidiana, con la mirada y la sonrisa y la piel castigadas por el día a día. Las modelos son perfectas, pero también irreales. Lo que busco es la belleza femenina en el mundo real, en una mujer que no se pase las veinticuatro horas del día cultivando su cuerpo porque ha de ganarse la vida con él. –Dio un sorbo al café y centró en Inma una de sus miradas–. Tú eres muy fotogénica –le dijo–. Es fácil encontrarte con la cámara. Tienes una cara muy bonita.

Examiné a Inma. Se le habían encendido levemente las mejillas y escuchaba a Bruno Francés como si él estuviese entonando una canción de cuna. Nada agrada tanto a una mujer como un piropo o un elogio. De hecho, es la primera falta que nos echan en cara cuando pasa el tiempo y vamos perdiendo la costumbre de dedicárselos de vez en cuando. ¿Cuánto tiempo hacía que yo no le decía a Inma que era guapa? Es más, ¿alguna vez le había dicho que tenía una cara muy bonita? Bruno Francés la había piropeado con gracia, sutilmente, y con ello no sólo había conseguido el deleite de Inma, sino también un cierto menoscabo en mi condición de marido, pues me pareció que nuestro vecino insistía demasiado en seguir agasajando a mi mujer con menudencias que estaban fuera de mi alcance.

—¿Mañana por la mañana te va bien? –le preguntó a Inma.

No me gustó que se dirigiera a ella sola.

—Sí, claro –respondió Inma, todavía con esa sonrisa que los elogios habían trazado en su boca–. Mañana me va bien –repitió. Luego, con la misma expresión, se volvió hacia mí–: No íbamos a hacer nada, ¿verdad?

Aquella pregunta era sólo un puro formalismo; estoy seguro de

que ella hubiese anulado cualquier compromiso. Quise compartir su júbilo y sus ganas de empezar cuanto antes; después de todo, uno no tiene cada día la oportunidad de ver su cara en una galería de arte. Quise entender que para Inma debía de representar una satisfacción ser elegida por alguien como nuestro vecino. Quise comprenderlo todo y poder celebrarlo con ella y quizás prometerle un fin de semana en París para ver la exposición. Pero no pude. Mi cabeza seguía empeñada en imputar deseos oscuros a nuestros vecinos, desconfiando de ellos como si se hubieran caído de alguna película de Hitchcock y sólo se hubieran instalado en el edificio para hacernos la vida imposible. Así que, mientras Bruno Francés nos daba unos cuantos detalles más de lo que se proponía con Inma para llevar sus primeros planos a París, me tuve que dedicar a improvisar gestos y palabras para dar por supuesta una alegría que no sentía.

Cuando Bruno Francés y Patricia se marcharon, Inma dijo que no le apetecía pasar el resto del sábado en casa y sugirió una cena en *Il padrino* y una sesión golfa en el *Renoir*. Lo propuso probablemente para que la llegada del domingo no se entretuviera en el sopor de un sábado interminable. Acepté la proposición para notarme más cerca de ella, para volver a sentir lo que siempre había sentido antes de que nuestros vecinos se entrometieran: que Inma y yo nos teníamos el uno al otro y nos bastábamos para sobrellevar la vida. También lo hice por un asomo de mala conciencia. Bruno Francés había dejado en evidencia mi acomodamiento de hombre casado, y no quería que la situación se prolongara durante más tiempo. Existía el riesgo de que él, por culpa de mi desidia, atrapara a Inma con sus encantos de hombre perfecto.

En *Il padrino* consultamos un periódico y escogimos la película de Amenábar. Me pareció que nada había cambiado, que Inma se sentía feliz conmigo, aunque también cabía la posibilidad de que ese estado tuviese algo que ver con las fotos de Bruno Francés. Traté de mostrarme más romántico que de costumbre, más dado al elogio o al piropo, más entregado que nunca al besuqueo adolescente en la penumbra del cine. Ella aceptó esas atenciones de buen humor y, al llegar a casa de madrugada, entramos a trompicones en el ascensor y la busqué con las manos y los labios para desbaratarle la boca y los botones. Me hubiese derrumbado allí mismo, entre un piso y otro o en la moqueta del rellano, pero Inma, con la ropa descompuesta y casi arrancada a tirones, me condujo hasta dentro de casa susurrando que podía vernos alguien. Sugirió que nos metiéramos en la cama, pero no la dejé pasar del comedor. Quería demostrarle que yo también podía ser tan pasional y explosivo como con toda seguridad imaginaba ella que era Bruno

Francés. La arrojé sobre la alfombra y quemé la pasión entre el sofá y la mesilla del café, satisfecho no sólo de estar haciéndole el amor a mi mujer, sino de llevarlo a cabo del modo que, seguramente, nuestro vecino se lo hacía a Patricia y quizás a sus amantes. Si saciaba a Inma de esa más que posible tentación, ella nunca sentiría la necesidad de buscarlo en el piso de al lado ni en ningún otro sitio. Con los jadeos de mi mujer me vino a la cabeza, con un rugido de leona en celo, la voz de Patricia, sus suspiros, también su cuerpo, y pensé que un polvo con ella sería como lo estábamos viviendo Inma y yo, precisamente así pero mucho más disparatado, un encuentro visceral, un desafuero de los sentidos, que nos enredaría hasta que el sol nos encontrara rendidos y desmadejados sobre la alfombra, adormilados uno encima del otro.

Lo primero que vi al despertar fue el caos del revistero volcado a puntapiés, la alfombra arrugada por embestidas y el sofá descolocado sin miramientos. Sonreí al recordar el desbarajuste de nuestra llegada a casa por la noche, pero la sonrisa se me rompió en la boca cuando me di cuenta de que Inma ya no estaba conmigo. Me incorporé sobre un codo y escuché. Oí correr el agua de la ducha. Las fotos, pensé de repente, y me desplomé al comprender que Inma se estaba arreglando para Bruno Francés. Me quedé allí tumbado hasta que salió del baño con la sonrisa nerviosa de alguien a quien se le acerca por fin el momento anhelado.

—¿Hemos dormido en el suelo? –le pregunté, llevándome la mano a los riñones.

—Eso parece –dijo–. Bueno, yo me he despertado de madrugada y me he ido a la cama. Intenté despertarte, pero no me hiciste ni caso.

—Ya –suspiré, sin moverme del suelo–. ¿A qué hora era lo de las fotos?

—A las diez y media –respondió, buscándose el reloj en la muñeca–. Y ya son y diez.

Mientras se dirigía a la cocina, tuve la certeza de que no sólo se estaba alejando del comedor, sino que además se llevaba con ella la madrugada aún reciente y la enfriaba dedicando sus pensamientos a nuestro vecino. Me hubiera gustado hablar de la pasión con que la había abordado en el ascensor, preguntarle si le había gustado, gastar la mañana entre sábanas o tirados de nuevo en la alfombra, haber sentido en la piel la convicción de que los dos seguíamos siendo los mismos. Pero esa mañana Inma había despertado con la cabeza en otra parte y se había convertido en una mujer momentáneamente irrecuperable. Se preparó un zumo de naranja y se lo bebió a pequeños sorbos sin apartar los ojos del reloj, merodeando por el comedor y las habitaciones con aires de sentirse

ya más en el piso de al lado que en el nuestro.

—Voy a ducharme –dije.

—Date prisa, que ya son y veinte.

Nos abrió la puerta Bruno Francés, y me pareció que los colores de su mirada se apagaban al verme. Ya en el salón nos ofreció una taza de café. Patricia trajo una bandeja con croissants y luego colocó uno de sus discos en el estéreo. Al cabo de pocos minutos llamaron al timbre. Bruno Francés se levantó del sofá.

—Es Soledad –dijo, y, mirando a Inma, añadió–: Tu maquilladora.

Inma se quedó sin saber qué cara poner, porque de pronto aquello comenzó a ser incuestionablemente profesional; no un juego ni una forma de pasar el rato, no un favor o un regalo de Bruno Francés, sino algo serio, con sus normas y sus rigores de oficio. Se me ocurrió que quizás Inma no estaba preparada para responder a aquellas exigencias, que tal vez se había imaginado otra sesión entretenida como la de aquel domingo en el barrio gótico, con risas y aperitivo, con el mismo Bruno Francés de las veladas agradables y las noches de baile, y no se había figurado que nos íbamos a encontrar con ese Bruno Francés exigente que aún no conocíamos.

—Esto va en serio, ¿eh? –le susurré a Inma, aprovechando que Patricia había salido también a recibir a la maquilladora y nos habían dejado solos.

Trataba de que advirtiese la enorme responsabilidad que acarreaba colaborar en un trabajo semejante, que iba a ser expuesto en quién sabe cuántos lugares de Europa.

—Sí –medio sonrió, apretando la taza de café con las manos–. ¿No es maravilloso?

No había nada que hacer. Era la Inma de los desafíos, la que cataba las novedades con su vocación testaruda de conejillo de indias. Recordé el momento en que ella me demostró más rotundamente que nunca esa tendencia innata a hurgar en lo desconocido. Fue durante una noche de juerga con antiguos compañeros de la facultad; casi todos estábamos más o menos a punto de casarnos. Después de cenar, compramos unas botellas de vodka y whisky en el restaurante y comenzamos a beber en la misma calle. Más tarde, en el aparcamiento, alguien trazó unas rayas de cocaína sobre el capó de un coche y anunció que había para todos. Unos cuantos, entregados felizmente a las botellas, fieles a ellas, no quisimos saber nada de la nueva atracción, pero otros se apelotonaron junto al *Clío* y se disputaron aquellas líneas de tiza como estudiantes enloquecidos en una clase de geometría. Voy a probarla, me dijo entonces Inma, ¿y tú? La miré un momento y le mostré la botella de vodka que tenía en la mano. Dudó un instante.

Es que quiero probarla, susurró, aunque sólo sea una vez. No me lo dijo a mí, sino a sí misma, como si estuviera buscándose el valor por alguna parte. ¿Estás segura?, le pregunté. Aquello la decidió. Sí, contestó. Y se fue hacia el desbarajuste del *Clío*. La vi navegar entre los cuerpos y agacharse sobre el capó con la nariz por delante. Cuando volvió me dijo: Es la hostia, Edu. De madrugada, desgastados por el cansancio de la noche, me confesó: Me ha gustado tanto que no voy a tomarla nunca más. Sentados en el salón de nuestros vecinos, Inma volvía a mostrar ese interés tan suyo por lo novedoso al aceptar el reto de las fotografías mientras yo pugnaba por convencerla de que renunciásemos a ese compromiso. Fue una batalla inútil; no cambió de opinión.

Bruno Francés y Patricia regresaron con Soledad cogida del brazo y él nos la presentó sin una sonrisa, con la gravedad con que se procede en una reunión de trabajo. Patricia apareció con otra taza de café y se la ofreció a Soledad. Observé a Bruno Francés mientras le explicaba a la maquilladora cómo quería los rasgos de Inma. Nunca lo había visto tan serio, sin el desenfado o el buen humor acostumbrados; parecía del todo concentrado en las fotografías que pronto tendría que inventar en la cara de Inma. Él y la maquilladora discutieron los pormenores con pocas palabras, probablemente habituados a trabajar juntos, y luego ella se levantó.

—Pues empecemos –sonrió; parecía veterana en su oficio.

Bruno Francés se levantó también y le dijo a Inma que acompañara a Soledad al estudio para comenzar el maquillaje y las pruebas de luz; Patricia las acompañó. Me quedé sentado en el sofá, sin saber qué hacer, acordándome, en el preciso instante en que Bruno Francés se volvía a mirarme, de la rara bienvenida que me había dispensado al abrirnos la puerta.

—Preferiría que no te quedaras, Edu –me dijo–. En el estudio me gusta trabajar solo.

Quise creer que bromeaba, pero ya estaba claro que no había lugar para la broma en aquella mañana de domingo. Yo sobraba, así de sencillo; me lo estaban diciendo a la cara. Y no me gustó tener que admitir que, incluso echándome de su casa, Bruno Francés seguía ostentando su elegancia natural.

—Claro, claro –dije enseguida, poniéndome trabajosamente de pie–. No te preocupes.

—Es una manía, ya sabes –añadió, encogiendo los hombros, como si se disculpara.

Permanecí quieto unos segundos, pensando en despedirme de Inma, pero él no hizo ningún gesto que me invitara a acercarme al estudio, más bien al contrario. Con mucha educación me encarriló hacia el comedor y el recibidor y me dejó plantado en el rellano de

la escalera con una despedida fugaz. Me ha echado a empujones, pensé, mientras miraba la puerta cerrada como un idiota.

Salí a la calle, compré el periódico y decidí caminar un poco. Escuché el tráfico de General Mitre como si el ruido de los tubos de escape pudiera sosegar el otro ruido que ronroneaba en mi cabeza. Al cabo de un rato miré el reloj. Hacía media hora que Bruno Francés se había deshecho de mí; ya debería de estar comiéndose a Inma con la cámara. Volví a casa. Al llegar no pude evitar la tentación de pegar la oreja a la puerta de nuestros vecinos. Oí música; creo que eran otra vez los Dissidenten. Aguardé un poco con la esperanza de oír alguna voz, quizás la de Soledad o de Patricia o de ambas, alguna voz que me demostrara que mi mujer y Bruno Francés no se habían quedado solos. Pero no oí ninguna. Me metí en casa y me dejé caer en el sofá para matar los minutos frente al televisor. La alfombra seguía contraída, replegada sobre sí misma, y el revistero derrumbado sobre ella con su lastre de revistas. *Man. Fotogramas. Animalia*. Mirando aquel pequeño desgobierno doméstico saboreé las imágenes que lo habían provocado y que aún me rondaban por la memoria. Seguro que Inma había quedado satisfecha de aquellos besos en el ascensor, del estrépito de la pasión, mientras buscábamos a tientas la puerta de casa, y del cuerpo a cuerpo final desde todos los ángulos posibles y por encima de los obstáculos del comedor. Seguro que le había gustado. Entonces advertí que también el sofá sesteaba aún en el desorden de la madrugada, desplazado de su lugar habitual a causa de aquel cuerpo a cuerpo. No me sentí con ganas de recomponer nada, así que miré la televisión en diagonal, hundido entre los cojines y el sopor del tedio.

Cerca de la una apagué el televisor, fui al salón, puse una silla frente al acuario y traté de contagiarme del sosiego que siempre me inspiran los peces con su ir y venir parsimonioso, esa cadencia que no parece conocer el amarre de las horas. El *Locha payaso* se pavoneaba con sus colores de taxi barcelonés. Ningún pez se entrometía en sus trayectos ni estorbaba sus lentos aleteos de patriarca. Bruno Francés podría ser un buen *Locha payaso*, pensé; tampoco a él le cuestionaban su atractivo o su elegancia, era el guapo de la película. En cambio, yo podría identificarme con cualquiera de los dos *Molly negro* que nadaban al resguardo de las plantas del fondo; eran un poco más pequeños y, además, vivían con la desventura de haber sido creados por acuaristas, de manera que arrastraban ese tributo de híbridos como yo la mala costura del fémur. Sonreí. Eché un poco de comida desecada en el agua y contemplé cómo los peces se lanzaban a por ella. Su zigzagueo, el vaivén dé colores, me hizo pensar en los ojos de Bruno Francés, que

en ese momento estarían fijos en Inma, buscándola y explorándola a través de cámaras y focos. Consulté el reloj: faltaban pocos minutos para la una y media; llevaban más de dos horas con las fotografías. Me retrepé en la silla y, mientras los peces boqueaban en busca de las últimas migajas, decidí que iríamos a comer una mariscada para quitarme de encima el mal sabor de la espera. Pero Inma llegó resoplando del piso de al lado casi una hora después, con el cansancio amontonado en los ojos. Cuando mencioné mi antojo de marisco, se limitó a desplomarse en el sofá.

—¿De verdad te apetece salir? –suspiró.

—Bueno, si no tienes ganas…

—No, no, si quieres vamos.

Hablaba sin demasiada convicción, con los ojos cerrados, desmoronada en el sofá, como si la sesión fotográfica hubiese durado veinticuatro horas seguidas.

—No, da igual.

—¿Seguro?

—Seguro –dije–. Preparamos aquí cualquier cosa.

Me metí en la cocina para no quedarme en el comedor con Inma. Lo que menos deseaba era que comenzara a relatarme cómo había transcurrido la sesión, lo bien que Soledad la había maquillado, lo bien que trabajaba Bruno Francés; no quería saber nada de aquello. Preparé una ensalada de queso, lomo con rodajas de tomate y lo serví en la mesa de la cocina sin pedirle a mi mujer que me ayudara. Cuando volví al comedor la encontré dormida, abrazada a los cojines.

Pasamos la tarde en casa, y poco a poco se me fue pasando aquel malestar que se me había arracimado en las tripas. No me gusta discutir con Inma, ponernos mala cara, y luego esquivarnos por el piso. Me molestan esas paredes que levantan el mal humor y las peleas y nunca he sido capaz, después de una riña, de permanecer más de un par de horas sin disculparme o sugerir una tregua. Siempre he temido que Inma, en un arrebato, diera un portazo y se marchara para siempre. Supongo que eso es un poco paranoico, porque discutir resulta algo muy corriente, pero yo no puedo evitar ese desasosiego cuando mi mujer anda enfadada o disgustada de una habitación a otra. Aquella tarde, aunque no se había producido entre nosotros ninguna discusión, acabé sintiéndome igualmente culpable de tener dentro aquellos reproches contra Inma por no haber querido salir a comerse una mariscada; a mí tampoco me apetecía salir a veces y ella nunca me lo echaba en cara. Así que, para no incomodarla, fui cambiando de actitud conforme avanzaba el día.

Antes de la cena, ordenamos el comedor mientras nos reíamos

del modo en que lo habíamos desmontado horas antes.

—Perdiste el control –dijo Inma, colocando las revistas en el revistero.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo no perdí ningún control.

—Sí lo perdiste –insistió, y, sonriendo, añadió–: Además, me parece que hiciste un poco el payaso.

—¿Qué quieres decir?

—Que exageraste un poco, que fuiste muy peliculero. Como esa tontería de quedarte dormido en la alfombra. Tú no eres así.

Siempre resulta difícil eludir la perspicacia de Inma; supongo que la perspicacia es un atributo de la mayoría de las mujeres. Me sentí ridículo, atrapado en falta. Sin embargo, lo que más me preocupaba no tenía nada que ver conmigo. Mi único deseo era que le hubiese gustado, que lo hubiese disfrutado; nada más. Sería la mejor defensa contra las posibles tentaciones de nuestro vecino.

—Pero, ¿te gustó? –le pregunté.

Ella estaba en cuclillas, estirando las puntas y los flecos de la alfombra, y me respondió con otra pregunta.

—¿Por qué los hombres siempre preguntáis lo mismo?

—¿El qué?

—Si nos ha gustado.

—No lo sé.

—No lo sabes. Pues yo sí lo sé. ¿Quieres que te lo diga?

—Bueno.

—Porque sois unos inseguros. Os preocupa no dar la talla, no haberos comportado como machos, que otro lo haya hecho mejor.

—En absoluto.

—Admítelo –sonrió, poniéndose de nuevo en pie–. Estáis obsesionados con eso. Un día no se os pone tiesa y se acabó, ya creéis que es el fin del mundo.

—Es que eso es un poco jodido.

—¿Lo ves? Obsesionados. No entendéis nada. A una mujer no se le hace el amor sólo tirándosela. A veces lo de menos es la picha, créeme. Vosotros le dais un valor desmesurado, mataríais por ella, pero nosotras la vemos de una forma muy diferente.

—Joder, Inma –sonreí–. Por un momento he creído que estaba hablando con Patricia.

—Ya te gustaría –dijo, asintiendo y devolviéndome la sonrisa–. En fin, voy a darme un baño.

Durante la semana siguiente tuve que ir todas las mañanas a la tienda para hablar con algunos proveedores y repasar los libros de contabilidad. Lidia seguía sin saber nada de su perro y atendía las

consultas con ademanes de nostalgia y desconsuelo, mirando con tanto cariño a los perros que venían con gripes, depresiones o mordeduras que era inevitable no percatarse de que los auscultaba y los curaba con el ensueño de que cada uno de ellos era su querido Bruc. Ferrán trataba de animarla con sus bromas o sus comentarios graciosos, pero no servía de mucho. Llegué a pensar, mirando la pesadumbre de Lidia, que ojalá mis problemas se redujeran a haber perdido un perro o media docena de peces. Al menos hubiese evitado que se me tambaleara la vida.

El jueves, al entrar en la tienda, tuve que esquivar una furgoneta aparcada en la acera y un par de grandes escaleras apoyadas contra la fachada. Eran operarios de *Avenir*. Estaban desencolando el gran panel de publicidad que había cinco metros por encima de la tienda. Ferrán me informó de que los operarios habían llegado hacía un rato. A ver si hay suerte, añadió con un guiño, y nos colocan ahí arriba a la Maribel Verdú en bragas. El panel, sin embargo, estuvo quince días en blanco. Ferrán me dijo que Bruno Francés y Patricia habían venido temprano a comprar el hámster habitual. Preguntaron por usted y por su mujer, agregó. Me metí en la trastienda, conecté el ordenador y estuve peleándome con los números hasta la hora de comer. Al llegar a casa le pregunté a Inma si nuestros vecinos habían llamado o habían pasado a verla.

—Sí –me respondió, echando un vistazo a los macarrones que se gratinaban en el horno–. Era por las fotos. Dicen que esta tarde podemos pasar a verlas.

—¿Yo también? –ironicé–. A lo mejor molesto al gran fotógrafo.

—No seas tonto. Bruno es un artista. Ya sabes cómo son los artistas con sus manías.

—Ya.

Como de costumbre, Bruno Francés había seleccionado ochenta fotografías de las trescientas que había descargado sobre Inma. Nos dijo que aún tenía que elegir las cuarenta que configurarían la exposición en París. En tamaños de dieciocho por veinticuatro vi los ojos de Inma, los labios, los pómulos, la cara entera o fragmentada, desde ángulos y encuadres algo inverosímiles, en blanco y negro pero con tonos distintos. Inma sonriendo, Inma carcajeándose, Inma preocupada y enfadada, Inma derramando una lágrima. Bruno Francés había conseguido de nuevo las mejores expresiones de mi mujer a base de rastrearla y vaciarla con exigencias que ella no tenía por qué haber acatado porque no era una profesional. No dije nada, no me pareció correcto; después de todo Inma había accedido a posar libremente. Pero aquella noche algo comenzó a renquear entre mis vecinos y yo, algo que fue como oír un ruido anómalo en el motor de un coche. Nos invitaron a improvisar una cena con un

poco de pan con tomate y embutidos, pero rehusé enseguida. Inma se dio cuenta de mi malestar y se excusó diciéndoles que habíamos dejado la cena preparada antes de venir. Otro día, sonrió. Sí, convino Patricia, otro día.

Fue esa noche, mientras cenábamos sepia rebozada, cuando le pregunté a mi mujer si le gustaba Bruno Francés. Ella no sólo me dijo con todo el desparpajo que no se había acostado con él, sino que reconoció que nuestro vecino era guapo, algo que los dos ya sabíamos. No tenía por qué desconfiar de Inma, nunca me había dado motivos para que sospechara. Desde el día de la boda nada había quebrantado nuestro convencimiento de que la lealtad constituía el engranaje principal de un matrimonio. No podía creer que ella fuese a echar por la borda esa fidelidad a cambio de un revolcón con Bruno Francés; no veía a mi mujer capaz de eso. Pero el miedo y la sospecha no siempre se pueden controlar; el miedo es arrollador, la sospecha también. Además, para empeorar las cosas, Inma cambió.

Recortó las conversaciones y se le apagó el sentido del humor. Miraba la televisión o se movía por el piso como si no acabara de estar allí de cuerpo entero, pasaba más horas fuera de casa que de costumbre y, a veces, regresaba arrepentida de haber ido de compras y haber gastado más de la cuenta. Por las noches se metía muy tarde en la cama, en silencio, como quien hace algo porque no tiene más remedio. Se perdía en su lado del colchón y llenaba de zozobra el dormitorio. Su lejanía me impedía dormir. No sabía cómo acercarme a ella ni tampoco si merecía la pena arriesgarse a contrariarla; quizás tenía que digerirlo por sí sola. La tanteé en alguna ocasión, pero, como no quería o no le apetecía darme explicaciones, traté de tener un poco de paciencia.

Durante dos semanas fui cada día a la tienda para tratar de quitarme la desconfianza de la cabeza. Aunque no había vuelto a preguntárselo, cada vez me parecía más probable que mi mujer se hubiera encaprichado de Bruno Francés y él de ella, y ambos se hubiesen regalado una aventura. Quizás se veían a una hora determinada en un lugar determinado, donde nadie pudiera reconocerlos, quizás cogían un taxi y alquilaban una habitación en el centro de la ciudad, o tal vez en la periferia. Todo era posible; todo es posible siempre.

Un miércoles llegué a la tienda cuando Ferrán y Lidia levantaban la persiana.

—Bueno –suspiró Ferrán, con cara de resignación–, al final no

nos han puesto a la Verdú.

No supe a qué se refería hasta que levantó el brazo y señaló con el dedo la fachada del edificio. Reculé dos pasos, alcé la cabeza hacia el gran panel de publicidad y allí, más gigante y amenazador que nunca, encontré al modelo de Emidio Tucci con su traje de ochenta mil pesetas y su sonrisa irresistible.

—Vinieron ayer por la tarde a ponerlo –explicó Ferrán, y, en tono de queja, entrando ya en la tienda, añadió–: Ya me dirás a quién cono le interesa el guaperas ese.

—Con lo bueno que está…, pues a todas –dijo Lidia.

—Ya será menos –le replicó Ferrán.

—Qué envidioso.

—¿Yo? ¿De qué?

—De todo, Ferrán, de todo –sonrió, mirándolo de arriba abajo–. Absolutamente de todo.

Yo no los oía, no podía oírles. Aquel reclamo de publicidad había sido colocado allí para pitorrearse de mí, para hurgar sin piedad en mis sospechas. Leí una y otra vez aquel nombre, aquella marca, para asegurarme de que se trataba de un anuncio de verdad y no de una broma de mal gusto. Emidio Tucci. Lo leí hasta que la repetición y la postura comenzaron a pincharme el cuello, y entré en la tienda con la impresión de haber sido acorralado en mi propio terreno. Me encerré en la trastienda sin pronunciar una palabra; a media mañana decidí llamar a casa. *Hola, en este momento no estamos, si quieres dejarnos un mensaje…* Colgué y salí a tomar un café. Volví una hora después. Antes de entrar eché otro vistazo al panel publicitario. Marqué nuevamente el número. *Hola, en este momento no estamos…* Me pareció ya un momento demasiado largo. A las dos cerramos la tienda y me encaminé a casa con el temor de que Inma aún no hubiese llegado.

Subí por las escaleras en lugar de coger el ascensor; no sé por qué lo hice. Al llegar arriba, al doblar el recodo del rellano, fue como si alguien me arrojara de repente a las entretelas de una película de enredos, una de esas donde nadie puede evitar las casualidades, los malentendidos y los encuentros inesperados. Uno nunca espera que vaya a sucederle algo parecido en su vida tan real y tan poco cinematográfica, uno nunca lo espera a pesar de que sucede todo el tiempo. A mí me sucedió. Vi a Inma saliendo del piso de nuestros vecinos. Vi a Bruno Francés en el umbral, cerrando la puerta, mientras mi mujer se metía en casa sin verme. No puede ser, pensé, no puede ser. Como no quería violentar a Inma, me senté en las escaleras y esperé unos minutos recostado contra la pared, dándole tiempo a que pudiera situarse en el piso y tal vez fingir una tarea que aparentase haberle robado la mañana o parte de ella,

dándole tiempo a que se cambiara de ropa y se pusiera la de estar por casa. Al cabo de diez minutos muy largos, pensé que no tenía por qué incurrir en la completa desconfianza. Inma y Bruno Francés podían haber estado charlando sobre las fotografías o de la exposición en París. Tampoco tenían por qué haber estado solos en el piso; tal vez Patricia los había acompañado, jugueteando con Kaa o preparando la comida o quizás leyendo uno de los cientos de libros que colmaban el salón. También Inma podía haber ido a casa de nuestros vecinos por una tontería, a buscar o consultar cualquier cosa. No merecía, pues, la pena entrar en el piso con la desconfianza y los celos por delante. Sólo hacía unos días que le había preguntado a mi mujer si le gustaba Bruno Francés, y no me pareció prudente volver a remover el asunto.

Entré en casa con la esperanza de que Inma mencionara, por sí sola, su visita a nuestros vecinos, y me liberara así de la duda, que me dijera que había estado con ellos porque la habían invitado a tomar el aperitivo o a ver unas fotos o a charlar un rato. Pero no dijo nada; tampoco mientras comíamos y yo masticaba espaguetis cada vez con más rabia.

—No hablas mucho –me aventuré.

—Bueno, ya sabes que llevo unos días un poco raros.

Asentí. Enrosqué unos cuantos espaguetis en el tenedor y le pregunté:

—¿No has salido?

—No.

—No es bueno estar todo el día en casa.

A las cinco le dije que me iba a ayudar a Lidia. Me miró desde detrás de la revista que estaba leyendo, consciente de que era extraño que yo fuese últimamente tanto a la tienda. No comentó nada porque, en el fondo, tal vez era eso lo que deseaba para poder quedarse sola.

—¿A qué hora vendrás? –me preguntó cuando ya salía por la puerta.

Su voz me llegó a través del recibidor, despojada de toda preocupación o cariño; la voz de alguien que se prepara para organizar la tarde a su antojo.

—No lo sé –contesté.

Al entrar en la tienda, el panel de publicidad de Emidio Tucci me pareció mucho más grande, también mucho más grande y más zumbona la sonrisa de aquel duplicado de Bruno Francés, que no estaba allí para anunciar trajes de lujo, sino para burlarse de mí porque finalmente había sido derrotado por un vecino que supo darle a mi mujer lo que yo había descuidado. Saludé a Ferrán y Lidia. Parecía un poco más animada; la resignación la había

mejorado. Hoy quitaré el aviso de Bruc, me dijo, ya ha pasado mucho tiempo. Atendí un par de visitas para que Lidia se tomara un descanso y luego me encerré en la trastienda. A las siete llamé a casa. ¿Sí? La voz de Inma me sorprendió; había esperado encontrarme otra vez con el contestador automático. Colgué de un manotazo. Cuando llegué a casa por la noche, me dijo:

—Mañana por la mañana voy a la peluquería.

—¿A qué hora?

—A las diez.

Cené sin podérmelo quitar de la cabeza, me removí en la cama sin conseguir evitar que cada palabra de Inma girara en mi cabeza como un tiovivo de carricoches y embustes y, cuando logré dormirme, soñé que Inma entraba en la peluquería y Bruno Francés la esperaba allí para besarla y manosearla mientras le lavaban el pelo. Nadie veía las maniobras de Bruno Francés; se deslizaba entre los sillones y los secadores y las demás mujeres con el sigilo con que lo hubiera hecho la pitón *molurus* de Patricia. Después, cuando sentaron a Inma frente a los espejos, nadie se dio cuenta tampoco de que él se arrodillaba frente a ella para meter la cabeza entre sus piernas. Bruno Francés jugueteó a su antojo entre peines y rizadores, culebreó entre potingues y peluqueras, tocó, manoseó y no dejó piedra sobre piedra en el cuerpo de mi mujer sin que nadie moviera un solo dedo por evitarlo.

Desperté oliendo todavía a tintes, a cera caliente y maquillaje, oyendo aún el zumbido de los secadores eléctricos y el parloteo de las mujeres, notando en la piel la sensación de desamparo que había provocado nuestro vecino al devastar todos los rincones de Inma. Me aparté de la cama con la piel pegajosa, como si realmente hubiese estado toda la noche revolcándome por el suelo sucio de la peluquería, y me metí en la ducha para que el chorro de agua caliente a presión se llevara esas sensaciones pringosas por el desagüe. Cuando volví al dormitorio, Inma ya se estaba vistiendo. Desayunamos de pie en la cocina, leche, zumo, galletas, tostadas, compartiendo lo mismo pero sin un vestigio de verdadera comunión entre nosotros.

Se marchó a las nueve y media y, en el último instante, reprimí la tentación de seguirla para comprobar dónde se encontraba con Bruno Francés, si es que lo hacía. En vez de eso me quedé en el recibidor, con la oreja pegada a la puerta, esperando oír la de nuestros vecinos y los pasos de Bruno Francés por el rellano, dispuestos a acudir puntualmente a su cita. Permanecí como una estatua durante diez, quince, veinte minutos, sin oír nada. Luego acerqué una silla y me petrifiqué en ella durante una hora más, hasta que sentí el fango del desespero en los tobillos y me levanté

para no naufragar en su oscuridad. Tal vez estaba imaginando demasiado. A veces inventamos demasiado, no importa sobre qué, nos encantan las cábalas y los presentimientos, los malos augurios, como maniáticos de la fantasía o el ensueño, ya verás cómo se muere, decimos, ya verás cómo lo echan del trabajo. Luego casi nunca sucede nada, pero exteriorizarlo nos ha sosegado. Quizás sólo estaba tratando de agarrar un puñado de fantasmas; quizás únicamente estaba haciendo el imbécil. Aparté la silla de un puntapié y salí a la calle.

Cuando llegué a la tienda y miré de refilón la copia gigante y de papel de Bruno Francés, su sonrisa perfecta ya no me pareció perfecta; ni siquiera me pareció una sonrisa, sino la consecuencia de unos labios embutidos de superchería. Hacia la una y media, cuando ya íbamos a cerrar, apareció Patricia con su alborozo de gata caprichosa y sin amarraduras.

—Comida para Kaa –dijo, sonriendo y encogiendo los hombros con todo el encanto del mundo.

Mientras Ferrán sacaba un hámster de la trastienda, Patricia explicó que la pitón había crecido unos centímetros.

—Es normal –le contesté–. En libertad esta especie puede llegar a medir ocho metros.

—Espero que sólo sea en libertad.

—No te preocupes –sonreí–. En casa no crecen tanto. Quizás dos o tres metros, pero no más. Con el tiempo tendrás que comprar un terrario más grande y darle de comer con más frecuencia.

Me escuchaba y me miraba, y me entraban ganas de pasarme el día entero hablándole de serpientes y de toda la fauna del planeta. Me pregunté qué pensaría de los encuentros furtivos entre Bruno Francés e Inma, qué pensaría precisamente ella, que no creía en el amor. Quizás mantenía también sus encuentros furtivos con hombres de paso, encuentros de los que Bruno Francés estaba al corriente como ella lo estaba de los suyos. Quizás formaban una de esas parejas que se respetan las aventuras casuales con la condición de que el corazón se quede en casa.

—¿Ya cerráis? –me preguntó mientras le pagaba el hámster a Ferrán.

—Pues sí.

—¿Vas para casa?

—Sí.

—Si quieres vamos juntos.

Asentí y me quité la bata blanca. Me esperó murmurándole cosas al hámster a través de los orificios de la caja. Antes de salir, le di un pescozón a Ferrán porque se había quedado mirando a Patricia con la boca abierta.

—Cierra la persiana –le dije.

—A sus órdenes –contestó.

Salimos a la calle. Me dio la sensación que el sol de finales de mayo buscaba caprichosamente el aro de su labio para brillar con más fuerza. Caminamos en silencio hasta que me señaló la pierna.

—¿Te duele?

—¿Cómo?

—La pierna –repitió–. No sé, me parece que cojeas un poco más.

Agaché la cabeza, un poco perplejo, como si no supiera a qué se refería, como si no tuviera un tobillo con malos recuerdos y un fémur mal cosido, exactamente como si no fuera cojo ni nunca lo hubiese sido. Después de unos pasos me di cuenta de que tenía razón: cojeaba algo más, más incluso que en los días grises y lluviosos de invierno, cuando el agua me encharcaba los huesos y la pierna peleaba por no desarmarse.

—Es posible –respondí–. Esto va a días.

Aquel empeoramiento de la cojera tenía una razón tan evidente que no podía ocultármela. Cada uno de mis pasos representaba una palpitación natural del miedo, un eco del estropicio que Bruno Francés estaba causando en mi vida. Los despropósitos que yo veía o creía ver alrededor de Inma se me habían amontonado en la pierna como trastos en una chatarrería, y acusaba ya irremediablemente el peso del hierro y las barreduras, el polvo de los sótanos abandonados. Patricia no añadió nada más; le musitó no sé qué al hámster. Imaginé sus labios murmurándome cosas a mí.

—¿Cómo va lo de París? –pregunté.

—Muy bien. Si no pasa nada, se inagurará dentro de un par de semanas.

Iba vestida con uno de sus vestidos ligeros, uno de esos que destacan la belleza de los cuerpos bonitos. Yo la miraba de reojo, olía el aroma que el aire me traía de ella y trataba de imaginarla en mis brazos porque mi mujer estaba quizás en los de Bruno Francés. Por un momento me imaginé confesándole el engaño al que nos estaban sometiendo, pero no supe adivinar cómo reaccionaría. Ya lo sé, me podría contestar, y yo quedaría como un idiota. O podría no saberlo, enfadarse, tirar por la vía directa y sugerirme: Pues, ¿qué te parece si tú y yo les engañamos a ellos y aquí no ha pasado nada? O peor aún, yo podía estar equivocado por completo y echar a perder nuestra relación. Eso es lo malo de la vida: nunca se puede estar seguro de nada. Llegamos al edificio y entramos en el ascensor hablando de menudencias. La puerta de casa estaba cerrada con llave.

—Vaya –dije–. Creo que hoy me va a tocar hacer la comida.

—Pues ya somos dos –sonrió.

—¿Y Bruno?

—Con su representante –contestó–. Para hablar de París. Pasará el día fuera.

Me sobrevino otra vez el sueño de la peluquería. Sentí a mi mujer muy lejos y a Patricia más al alcance de la mano que nunca. Sentí que podía invitarla a comer o provocar que me invitara, pero supuse que no le apetecería. Me pareció que se demoraba en abrir la puerta, tal vez esperando que le dijera algo, pero yo estaba amordazado por la duda. Nunca sé qué decirles a las mujeres que me gustan, continuamente pienso que voy a defraudarlas. A una mujer hay que saber hablarle, no irle con sandeces, las mujeres están hartas de oír sandeces. Me aterraba también que pudiese suceder algo entre nosotros. Quizás era el momento idóneo para devolver el desliz a Inma, quizás sí, quizás otro en mi lugar hubiese preferido la venganza y se hubiera arrojado a los brazos de Patricia, pero a mí no me pareció limpio. Además, sólo habría conseguido hacer el ridículo, porque, ¿para qué querría Patricia meterse en la cama conmigo si ya tenía a Bruno Francés? ¿Cómo iba a cambiar a su marido por un tipo cojo? No era concebible. Me despedí con una frase apresurada y torpe y entré en casa con la impresión de haber perdido el control y que Patricia lo habría notado. Conecté el contestador automático: *Soy yo, cariño. Hoy no comeré en casa. Me he encontrado con Lucía y hemos decidido comer por ahí y pasar la tarde juntas. Hasta luego*. Miré el aparato estudiando la posibilidad de aplastarlo o arrojarlo por la ventana. ¿Lucía? Arañé en los nombres que uno va coleccionando con los años, hurgué en ellos hasta que logré unir aquél a su cara correspondiente. Lucía era una antigua compañera de facultad de Inma; también sorbió cocaína del capó de aquel coche, tenía el pelo rubio, bailaba bien. Me hundí en la cocina pensando en Bruno Francés, que estaba con su representante, y en mi mujer, que estaba con una antigua compañera de clase. Fue como un cortocircuito.

Aquella situación entre Inma y yo se iba volviendo cada vez más insostenible, cada vez más inestable, a pesar de que ella, en cuestión de tres o cuatro días, volvió un poco a la normalidad de la época en que aún no habían aparecido nuestros vecinos. Sin embargo, yo intuía que era una calma engañosa, la calma que le mete al marinero el corazón en un puño. De hecho, creo que nos salvó el viaje que Bruno Francés y su mujer tenían previsto realizar a París. Los tres meses que pasarían allí se me antojaron suficientes para que Inma se olvidara de Bruno Francés, de su sonrisa bien colocada de donjuán y sus ojos de colores. En tres meses la recuperaría y ambos volveríamos a ser los de antes. Ella regresaría de donde el glamour de Bruno Francés la hubiese llevado y yo

trataría de convencerme de que todo había sido un error con culpables inciertos, un mal pasajero que el tiempo acabaría desinfectando.

Tres días antes de irse, vinieron a casa. Él llevaba bajo el brazo una carpeta con las cuarenta fotografías definitivas de la exposición. Las estuvo comentando con parsimonia, el porqué de una elección u otra. Apenas entendí los argumentos que desgranaba con sus palabras y sus gestos de figurón; tampoco puse demasiado interés. Me limité a vigilar sus miradas y las de Inma, a vigilar cómo respondían al estímulo de encontrarse; los ojos dicen mucho. No noté nada anormal. Disimulan bien, pensé, y miré a Patricia, que en ese momento no estaba observando las fotos de Bruno Francés, sino a mí, a mí directamente, como si adivinara mis temores y supiera que estaba tratando de verificarlos escrutando miradas, gestos y palabras. Me sonrió y yo le sonreí sin saber qué querían decirme sus labios, si es que querían decirme algo.

—Tuve grandes dificultades –explicaba Bruno Francés a Inma– para elegir las de los ojos…

—Quiero pedirte un favor –me dijo entonces Patricia, dejando a nuestro vecino con una frase a medias y la boca llena de palabras rotas–. Que le des de comer a Kaa mientras estamos fuera.

Me lo dijo con toda la sonrisa y todos los ojos de la gata salvaje que llevaba en las entrañas. Hay sonrisas y ojos que pueden conseguirlo todo; Patricia los tenía. Supongo que si me hubiera pedido la luna, yo no habría hecho otra cosa que intentar bajársela.

—Claro. No te preocupes.

Complacer a Patricia me proporcionaba siempre una cierta morbosidad: cuando le preparaba un café, cuando le vendía los hámsters para su pitón, cuando escuchaba sus discos… Era algo que me dominaba. Claro que le daría de comer a Kaa; haría lo que fuese necesario. Luego me percaté de que ese favor significaría no poder desprendernos completamente de la influencia que Bruno Francés ejercía sobre Inma. El animal se convertiría en una especie de atadura o vínculo y Bruno Francés seguiría presente en nuestro día a día aunque viviera en París.

—Gracias –sonrió Patricia.

Inma no dijo nada. Bruno Francés cerró la carpeta y ya no comentó nada más de las fotografías. Se quedó masticando de mala gana sus frases inacabadas, mirando a Patricia como si andara en deseos de recriminarla pero se contuviese por educación. Ella me preguntó entonces si prefería que me trajesen el terrario a mi casa o tal vez a la tienda.

—Si no –añadió–, te damos una llave del piso y ya está.

—Bueno –contesté–. Cuanto menos se menee a la serpiente,

mejor. El hábitat es muy importante para ellas.

Así que, antes de marcharse, nos entregaron una copia de la llave y me pagaron una docena de hámster por adelantado. Su partida provocó una lenta recolocación de las cosas a nuestro alrededor, como si el aire mismo volviera al reposo después del temporal. El edificio se convirtió de nuevo en el edificio sosegado de siempre, con sus vecinos ya mayores y silenciosos. Y nosotros iniciamos un regreso progresivo a los inicios, a nuestra vida matrimonial sin intrusos, quizás un poco insulsa a veces, pero estable, sin enredos ni extraños malbaratándonos los sentimientos o el estado de ánimo.

El primer hámster se lo llevé a la pitón un sábado por la mañana.

—¿Quieres venir? –le pregunté a Inma.

Estaba leyendo una revista y negó con la cabeza.

—¿A ver cómo se come al ratoncito? –dijo–. Ni hablar.

—No tenemos por qué quedarnos –le aclaré, cogiendo la llave de nuestros vecinos–. La serpiente puede tardar horas en decidirse a comer.

—Que no, que no –insistió, despidiéndome con la mano sin apartar los ojos de la revista–. Y tú ten cuidado, no vaya a confundirte con el ratón –añadió, con ese sentido del humor que yo ya había dado por perdido.

La miré con la convicción de que el retorno completo de la mujer con quien me había casado era sólo cuestión de días. No sabía con seguridad lo que quedaba en su interior de Bruno Francés, no sabía si pensaba mucho en él ni cómo lo recordaba, pero lo cierto era que su rastro de galán empedernido, sus restos de figurín con gestos amañados, se habían desvanecido en nueve días lo suficiente para darme esperanzas. Saberlo lejos, a mil kilómetros de casa, me aportaba una agradable sensación de tranquilidad. Durante la semana anterior a su marcha, había llegado a tener el convencimiento de vivir al lado de un peligro real, no de una suposición o una sospecha, sino de una amenaza seria. Pensaba que si el Bruno Francés niño había sido capaz de robarle la cámara de fotos a un compañero de clase, el adulto sería igualmente capaz de repetir la maniobra robándome a Inma. Lo que me reventaba es que fuese él, precisamente él, que lo tenía todo, quien se dedicara a apropiarse de las cosas ajenas.

Entré en el piso de nuestros vecinos con esa morbosa sensación que se experimenta al entrar en una casa cuyos propietarios están

ausentes. Pisé el parqué enredándome los pasos y la cojera con mis deseos de huronear por los rincones y escudriñar con más atención lo que ya conocía pero que nunca había visto sin estar presentes Bruno Francés y Patricia. Fui al estudio. El terrario seguía en su sitio y la pitón dormitaba cerca de la pantalla de luz que la iluminaba tenuemente. Abrí la tapa y metí el hámster dentro. Kaa ni siquiera se inmutó. Miré a mi alrededor y traté de imaginar a Inma en su sesión fotográfica, posando entre aquellas cuatro paredes para que Bruno Francés la colmara de fogonazos de luz y retratos y la fuera seduciendo con sus artimañas de hombre perfecto. Me incliné hacia el terrario; el hámster se había arrimado a uno de los rincones, se había encogido sobre sí mismo como si quisiera desaparecer o atravesar el vidrio. La pitón permanecía enroscada en su somnolencia. Di unos golpecitos al cristal, pero sólo conseguí asustar más al hámster. Dentro de poco la pitón daría un coletazo, se lo metería en la boca y se lo iría tragando poco a poco. Me fascina el modo en que las serpientes acaban con sus presas, la forma en que las engullen. Estoy convencido de que matan por un sistema de fascinación, de hechizo, porque las víctimas casi nunca consideran imprescindible la huida. Se quedan ahí, paralizadas, mirando cómo la muerte se acerca con lentos ademanes que les inspiran tal vez caricias o abrazos, y apenas disponen de tiempo para entender lo que sucede hasta que aquellos contoneos y dulces siseos se convierten en dos mandíbulas que les quiebran el espinazo. El engaño también es un atributo de los animales.

Apagué la luz y salí del estudio. Fue entonces cuando me quedé mirando la única puerta que nuestros vecinos no nos habían abierto jamás y tras la que, supuestamente, se encontraba el laboratorio fotográfico de Bruno Francés. Contemplé el pomo dorado. Sentí de nuevo, en oleadas, la morbosa sensación de hallarme a solas en una casa ajena, la libertad de poder echar un vistazo a lo que se me antojase. El pomo brillaba; sería tan fácil. Di un paso. Lo agarré e intenté hacerlo girar. La puerta estaba cerrada con llave.

—Mierda –refunfuñé.

Ese mismo sábado por la noche, Inma y yo volvimos a nuestras veladas habituales de cena y película que tanto nos gustaban. Mientras nos vestíamos para salir, dijo:

—Vamos a comer marisco, te lo debo.

Entonces recordé el domingo de las fotografías en el estudio de Bruno Francés, cuando le propuse una mariscada y ella prefirió quedarse en casa porque la sesión la había agotado. De algún modo, Inma trataba asimismo de pedirme perdón por todos aquellos días de confusión y silencio. Podía ser un buen momento para preguntarle en serio qué le había pasado, pero no lo hice. Estaba

claro que cualquier cosa que le hubiese ocurrido, ya lo había superado o intentaba hacerlo, así que lo mejor era seguir avanzando sin mirar atrás; a veces, mirar atrás equivale a retroceder. Inma era lo mejor que me había sucedido en la vida y no podía arriesgarme a perderla para siempre.

La segunda vez que fui a dar de comer a Kaa, decidí limpiarle un poco la madriguera. La dejé en el suelo y purgué el interior del terrario de huesecillos y excrementos, mientras ella permanecía muy quieta sobre el parqué, sacando y metiendo la lengua para analizar aquel amplio espacio que se abría ante sus ojos. Pasé también un paño por los cristales del terrario, sucios de vaho de animal y fluidos de antiguos sacrificios. Al terminar puse a Kaa dentro y dejé caer al hámster, que corrió a refugiarse detrás de una piedra, muy cerca del rincón donde su anterior compañero había muerto. Esperé unos minutos; no sucedió nada.

—No te gusta comer mientras te miran, ¿eh? –le dije, en tono cariñoso y con la cara pegada al cristal, como había visto hacer a Patricia.

Cogí la bolsa con los desechos del terrario y apagué la luz. Ya en el pasillo miré de nuevo la puerta del laboratorio de Bruno Francés, con su pomo y su cerradura inexpugnables, y me pregunté dónde podrían guardar la llave, si no se la habían llevado con ellos. Deben de tener una copia, pensé, siempre hay una copia. Eché una rápida ojeada al mobiliario del salón y del comedor. Si me empleaba a fondo no tardaría demasiado en rastrear aquellos muebles de diseño con apenas armarios o cajones. No sabía qué esperaba encontrar en el laboratorio ni por qué me seducía la idea de profanarlo, pero era una necesidad potentísima. La curiosidad no puede racionalizarse, sencillamente te atrapa.

Al cabo de unos minutos ya había revuelto sin éxito todos los cajones, abierto los armarios y vitrinas, y dado la vuelta a todos los adornos de las estanterías y anaqueles del comedor, el salón y la cocina.

—Joder –jadeé, con el corazón loco en el pecho.

El dormitorio, pensé, como el cazador que no quiere pasar por alto ni un centímetro del terreno que emplea su víctima para esconderse. Contemplé el pasillo percibiendo la sensación de poder en cada nervio, degustando la posibilidad de violar ya completamente la intimidad de nuestros vecinos. Lo recorrí y entré en la habitación. Todo estaba igual que el día en que Bruno Francés y Patricia nos enseñaron el piso. Me acerqué a la cómoda. Abrí los cajones, manoseé pijamas, calcetines, pañuelos, y palpé la ropa interior de Patricia notando cómo la sangre me subía a la cara. Nunca había tocado otra ropa interior que la de Inma. No sabía lo

que era desnudar y amar otros cuerpos. Imaginé que tenía en las manos aquellas bragas y aquellos sujetadores porque acababa de quitárselos a Patricia, que me aguardaba desnuda en la cama, dispuesta a todo. Comencé a excitarme. Sin embargo, días atrás, yo había tenido la oportunidad de realizar aquella fantasía y no la había aprovechado. Sólo se me ocurrió dejar a Patricia plantada en el rellano y meterme en el piso corriendo, temeroso de que pudiera suceder precisamente lo que en aquel instante, acariciando su ropa interior, anhelaba que sucediese. Deseaba a Patricia, de eso no cabía ninguna duda. ¿Por qué me resistía, entonces? El argumento de no querer desequilibrar mi armonía con Inma era cierto, pero presentía que se iba debilitando, que iba cediendo, como una pared frente a un torrente de agua. Después de todo, mi mujer había deseado a Bruno Francés y el equilibrio de nuestra armonía no había representado ningún estorbo para sus anhelos. Lo que quizás yo no quería era convertirme en el culpable, en el instigador. Porque, ¿qué sucedería si Patricia tomara la decisión de abordarme? ¿Si fuese ella quien diera el primer paso y me eximiera de la responsabilidad de abrir la brecha? ¿Sería entonces tan capaz de decir que no, de defender la famosa armonía? ¿Sabría ignorar que había estado acariciando su ropa interior con la fantasía de haberla desnudado? ¿Sabría resistirme, sabiendo que de ese modo dispondría de una excusa? Yo no fui, podría decirle a Inma o a mí mismo, me sedujo ella, no pude evitarlo. Son cosas que decimos para quitarnos la culpa o el compromiso de encima. ¿Sabría? Parpadeé y me apresuré a guardarlo todo en los cajones correspondientes.

En el armario empotrado busqué entre la ropa que no se habían llevado, aparté zapatos, removí jerséis y toallas, pero la llave no apareció. Me incliné sobre las mesillas de noche, dos simples piezas de madera atornilladas a la pared que no me ofrecieron nada, y abandoné defraudado el dormitorio, como siempre ocurre cuando quemamos la última ocasión de conseguir algo. Dejando atrás el pasillo, aún miré una vez más la puerta del laboratorio con la esperanza absurda de encontrarla abierta. Finalmente, salí del piso como de un laberinto, resoplando y con una desagradable sensación de mareo.

La tercera vez que crucé la puerta de nuestros vecinos para alimentar a la pitón, me di cuenta, casi con júbilo, de que en mi búsqueda desesperada del otro día había pasado por alto el recibidor. Miré el solitario mueble que lo decoraba, con sus cuatro largas patas y su espejo enmarcado, y tiré del único cajón con la mano izquierda mientras en la derecha sentía las palpitaciones del hámster encerrado en su pequeña caja. Cuando apareció el manojo

de llaves, casi no me lo creí; sentí algo demasiado parecido a la venganza. No sabía hasta qué punto había hurgado Bruno Francés en Inma, pero lo que estaba claro es que yo no iba a perder la ocasión de hurgar a fondo en su laboratorio. Cogí el llavero y me dirigí al pasillo. La primera llave que introduje desarmó la cerradura y me franqueó el paso. Palpé la pared del cuarto buscando un interruptor, hasta que mis dedos tropezaron con él y una luz roja cayó del techo con la lentitud de la niebla.

El laboratorio estaba lleno de estantes y archivadores, de frascos y cajas con etiquetas de *Kodak* y *Fujifilm* amontonadas encima de un mostrador. Las paredes habían sido empapeladas con fotografías y recortes de revistas, y, al fondo, había un pequeño lavabo de un solo grifo. Sonreí. Me hallaba en el corazón mismo del mundo de Bruno Francés, en su santuario, que mantenía siempre a salvo de miradas extrañas.

—Jódete –susurré.

Dejé la cajita con el hámster en el mostrador y me acerqué a los estantes repletos de archivadores y carpetas para leer los rótulos con que nuestro vecino los había bautizado. *Madrid '86. Toledo '88. San Sebastián '89. Barcelona '92. París '93. Venecia '97. Barcelona '99*. Saqué de la estantería la última carpeta y la hojeé. Reconocí las fotos al momento. Eran las mismas que Inma y yo habíamos visto en la galería de arte el día que Bruno Francés las presentó. Dejé la carpeta en su sitio y cambié de estante. *Antonio Miró. Carolina Herrera. Hugo Boss. Via Verdi. Adolfo Domínguez*. La lista de firmas parecía interminable; daba la sensación de que nuestro vecino había colaborado con todo el mundo. Me puse en cuclillas y me encontré con una serie de archivadores clasificados por nombres propios o acontecimientos. *Ángela Traverso. Paco Rosas. Ariadna Gil. Gala Miss España '87. Premios Goya '96*. Aquella maraña de letras bailó frente a mis ojos hasta que un puñado de ellas se ordenaron para armar el nombre que me estiró del brazo: *Inma*. Allí estaban los primeros planos que ya conocía de mi mujer y que Bruno Francés se había llevado a París. Ojos. Labios. Pómulos. Devolví el archivador a su sitio y leí el siguiente: *Inma y Barcelona*. Recordé las fotografías del barrio gótico y el puerto y abrí el archivador para echarle un vistazo. Pero no encontré lo que esperaba. No encontré aquellas posturas perfectas de Inma entre fachadas y portalones, ni su sonrisa iluminando el gris de los muelles, sino a Inma convertida en Barcelona o a Barcelona convertida en Inma, unas fusiones canallescas, unas mezclas o fotomontajes inauditos y estrafalarios. Cerré los ojos, pero continué viendo aquella cortina roja que caía del techo. Me acordé de Bruno Francés explicándonos que le gustaba fotografiar personas y ciudades y demostrar lo parecidas

que son. Nos lo dijo la primera tarde que vinieron a casa a tomar café y no supe exactamente a qué se refería, no lo entendí, pero sí lo entendí de repente en su laboratorio, allí de pie, con el archivador en las manos.

Es imposible narrar cómo fui padeciendo la inclemencia de aquellas fotografías, es imposible narrarlo en orden; las avalanchas no pueden desglosarse ni combatirse en fracciones, las avalanchas se lo llevan todo por delante de una sola pieza y se acabó. Aquellas fotos, aquellas partes de Inma enredadas con partes de Barcelona, se encargaron de gritármelo violentamente para que lo entendiera.

Abrí de nuevo los ojos y me hundí en la fascinación de las imágenes, en la pierna de mi mujer representando la Avenida Diagonal de la ciudad, con la autopista muriendo sobre el tobillo y la fachada de *El Corte Inglés* a la altura de la rodilla, el tráfico rodando muslo arriba, hasta llegar a la entrepierna, donde el vello púbico había sido convertido en los jardines centrales de la Plaza Francesc Macià. Cambié de página y vi la otra pierna de Inma, metamorfoseada en la Gran Vía, con el nudo de Las Glorias coronando el empeine, el talón apoyado muy cerca de los tenderetes de los Encantes. Luego, un pecho escenificando la Plaza de España, emborronado por el humo de los autobuses urbanos y camiones que lo circunvalaban. Zozobré en la contemplación de aquel montaje fotográfico, de aquel despropósito en blanco y negro donde anidaba la certeza de que Bruno Francés había recorrido centímetro a centímetro, con su cámara de mierda, el cuerpo de mi mujer, hurgando y rastreando, quién sabe si manoseándolo para corregir posiciones. En otra página aparecía un brazo de Inma encarnando Las Ramblas, con toda la gente y las flores y los quioscos haciendo equilibrios sobre él como funambulistas en la cuerda floja.

El rojo del laboratorio comenzó a pincharme detrás de los ojos y me acerqué al interruptor para buscar otra iluminación. Vi mis dedos muy lejos, como si no fueran míos, tocando la pared, apagando aquel mundo encarnado y brumoso y logrando un cañón de luz blanca que caía de no supe dónde. Cerré el archivador y lo coloqué en el estante como si soltara un fardo de espantos. Abandoné el laboratorio con el paso desnivelado, cerrando la puerta con llave sin apenas ver la cerradura, sin apenas ver el pasillo ni el comedor ni el rellano, sin apenas ver nada.

Entré en casa sin saber qué iba a decir o hacer, notando otra vez aquel amasijo de fango en los tobillos y el regreso de todos los miedos convertidos definitivamente en una aplastante certeza.

—¿Por qué has tardado tanto? –me gritó Inma desde la cocina.

Me busqué la voz entre el estropicio de la avalancha, en la

desolación de los escombros, y la encontré arrinconada en una esquina del pecho.

—Me he quedado a mirar cómo comía la pitón –conseguí decir. Y entonces recordé que había dejado el hámster sobre el mostrador del laboratorio. Tendría que haber regresado en aquel momento, pero sólo de pensarlo me entraron náuseas–. Voy a darme una ducha.

Me enjaboné varias veces, me recreé bajo el agua y me afeité sin necesitarlo, tan sólo por perder el tiempo, por seguir allí un rato más y demorar el cara a cara con Inma, que, realmente, se había superado a sí misma en aquel último desafío suyo, en aquella última novedad a la que se había entregado. Porque una cosa era probar la cocaína o tocar una serpiente, y otra destrozar la vida de alguien. En aquellas ocasiones, al menos, me hizo partícipe de sus deseos, pero con las fotografías no, con las fotografías no contó conmigo; tal vez incluso se burló. Había consentido que nuestro vecino guardara las fotos bajo llave y las vieran quién sabe cuántos amigos suyos o de Patricia, o cuántos compañeros del oficio. Quién sabe cuántas personas habrían puesto los ojos y los dedos en aquellos retratos obscenos, quién sabe cuántos desconocidos excepto yo. ¿Cómo había podido Inma esconderme una cosa así? ¿Cómo había podido traicionarme?

Salí del baño y me vestí en el dormitorio; unos tejanos, una camisa de manga corta. Me sobresalté cuando mi mujer apareció en la puerta con una sonrisa.

—Esta tarde podríamos ir a la playa –propuso–. Ya empieza a hacer calor.

—Bueno.

—¿No te apetece?

—Sí, sí, ¿por qué no?

—Es que me quiero broncear un poco –añadió, con un mohín–. Ya llega el verano y estoy muy blanca.

—Bueno.

Con el plato de sopa de verdura en la mesa, con el televisor encendido y Steve Urkel desmontando la vida de sus vecinos como los míos me la habían desmontado a mí, espié de reojo a Inma con el convencimiento de que el verano iba a ser muy largo y tendría que sobreponerme al desatino de mi mujer de la misma manera que lo había hecho ella, en silencio, pasando de largo, como si no hubiese sucedido nada. Me preparé para pasar una temporada chapoteando en aquel fango que se derretiría sólo con el tiempo, unas semanas en las que tendría que fintar a Inma con no se sabe qué excusas. No me encuentro bien, como tú hace un mes, no sé qué me pasa, o cosas por el estilo, exactamente como ya había

hecho ella conmigo. Nos comportamos así para no perder a quienes queremos, para no incomodarlos o causarles un disgusto. Por muy duro que fuese, yo estaba dispuesto a soportar la traición de Inma con tal de no perderla o que me la quitaran. Lo único que tenía que hacer era esperar, sólo esperar y resistir y seguir adelante y, sobre todo, no pensar en lo que con toda seguridad hubo después de las fotografías, o antes, o al mismo tiempo; sobre todo, no pensar en eso. Nada más. La tienda volvería a ser mi refugio.

Bruno Francés y Patricia regresaron de París antes de lo previsto. Los oímos llegar una noche mientras nos acostábamos.

—Ya han vuelto –comentó Inma.

—Sí –contesté, sin ganas de añadir nada más o temiendo hacerlo, pues notaba el paladar lleno de insultos.

Todos los días que había malvivido tratando de superar lo de las fotografías, todos los malos ratos y los reniegos a escondidas con que me había castigado para salir trabajosamente del agujero, se fueron al traste en cuanto oí a nuestros vecinos. Echado en la cama, consciente de lo que iba a tardar esa noche en dormirme, comprendí que no sólo no había superado el engaño de mi mujer, sino que probablemente no lo superaría nunca si no afrontaba con claridad los hechos. Revolcándome en el insomnio tanteé la posibilidad de hablarlo con mi mujer de una vez por todas. Mañana, pensé, mañana. Decir mañana significaba decir que no estaba del todo convencido, significaba posponer como posponemos a veces lo que tememos o no nos agrada demasiado. Mañana.

Me desperté temprano, con dolor de cabeza. Me vestí y salí a la calle antes de que Inma abriera los ojos. Compré el periódico, tomé un café y una aspirina y me enterré en la trastienda mucho antes de que llegaran Lidia y Ferrán para abrir. A media mañana llamé a casa. *Hola, en este momento no estamos, si quieres dejarnos un mensaje…* Colgué con un gesto de derrota pero también de rabia. Se acabó, pensé, brincando de la silla, se acabó de una puñetera vez. No podía vivir con aquella agonía dentro. Estaba claro que mi mujer y Bruno Francés andaban juntos en alguna parte, quemando la urgencia de volver a verse después de varias semanas. Quizás estaban en cualquier hotel, pero quizás estaban en su casa. Salí de la trastienda.

—Me voy –le dije a Ferrán.

Y me bamboleé sobre la cojera a toda prisa, devorado por la necesidad de terminar con aquello.

Llegué al edificio y cogí el ascensor mientras iba oyendo, dentro

de mí, muy adentro, el punteo de una cuenta atrás fatal y última. Sabía que iba a encontrar a Inma en el piso de Bruno Francés, lo sabía, lo temía y lo deseaba, todo a un tiempo, ambos revolcándose sobre la cama o quizás fotografiándola de nuevo. Ignoraba cómo tenía que enfrentarme a lo que me esperaba allá arriba. Lo único cierto era que tenía que hacerlo y que el aplazamiento o el encubrimiento ya no eran posibles. Salí del ascensor y el rellano me pareció inmenso, un desierto. Avancé con decisión para no dar media vuelta. Abrí la puerta de casa y escuché: nada. Me acerqué a la de nuestros vecinos y me incliné hacia ella. Esperé unos segundos con el oído alerta. Entonces la oí. Oí la voz de Inma, aunque no pude entender lo que decía; sonaba lejana. No están en el comedor, pensé. Volví a oírla, una pequeña exclamación que fue lo suficientemente clara para ahogarme en ella. Busqué el timbre con los ojos, enrabiado, lleno de furia y pánico, dominando la ansiedad de barrer la puerta a puntapiés, o simplemente de llorar. Alcé el brazo y entonces, de repente, una mano me lo enganchó por la muñeca.

—No llames.

Volví la cabeza. Allí estaban los ojos tornasolados de Bruno Francés, su sonrisa, su artilugio de labios y dientes perfectos, todo él una impostura o una falacia, un disfraz con el que me había engañado desde el primer día, como uno de esos noctámbulos que al amanecer mostraban sus entrañas y sus miserias, sin máscaras ni maquillajes. Pero ¿qué hacía él allí si Inma estaba dentro? ¿Qué clase de broma era aquella? ¿Por qué seguía oyéndose la voz de mi mujer, su risa, algún jadeo lejano?

—No llames ahora –repitió–. Venga, te invito a una cerveza.

—He de ver a Inma.

—Puedes verla luego.

—Tengo que verla ahora.

—Mejor que no. Ahora es mejor que nos vayamos a tomar una cerveza.

—No quiero tomarme una cerveza –repliqué–. Quiero ver a Inma.

Entonces sus dedos se engarfiaron un poco más en torno a mi muñeca. Sentí la sangre latiéndome en la mano. Me miró unos instantes sin decirme nada. En la pausa volví a oír la voz de Inma, luego su risa.

—Está ahí dentro –dije.

Bruno Francés me dedicó una mirada de compasión o de algo muy parecido a ella.

—Ya sé que tu mujer está ahí dentro –susurró–. Está con la mía, así que es mejor que nos vayamos a tomar esa cerveza.

Lo dijo como si nada, dándome a entender que él lo aceptaba y que, por lo tanto, yo también tenía que hacerlo. Pero una cosa como esa no se acepta fácilmente, una cosa como esa apuñala, hace mucho daño. Me sentí tan mal que creo que Bruno Francés tuvo que sostenerme por el brazo. No añadió nada más. Sin soltarme, me llevó al ascensor, me bajó a la calle y me sentó frente a la barra de una cafetería. Le oí pedir un par de whiskies al camarero.

—Bebe –me dijo.

Bebí.

—¿Estás mejor?

Levanté la mirada y busqué a mi vecino entre el desconcierto, entre las luces y las sombras del bar. Me miraba muy fijamente.

—No es la primera vez que lo hacen, ¿sabes? Patricia tiene a veces esos caprichos.

Caprichos. ¿Cómo podía llamar capricho a una cosa semejante? Toqué el vaso de whisky, di un sorbo corto, y enseguida otro más largo. Necesitaba el calor para sobreponerme.

—¿Y tú qué opinas? –le pregunté, sin saber de dónde sacaba fuerzas para articular las palabras.

—Querido Edu, yo no opino nada –sonrió. Miró el whisky, se lo bebió de golpe y repitió–: No opino nada ¿entiendes? Cada uno es como es, como canta aquél. Cada uno hace con su vida lo que le apetece. Como tú, por ejemplo, que metiste las narices en mi laboratorio. Son cosas que pasan, no te preocupes. –Parecía decirlo en serio, que no me preocupara–. Lo que más me jodió fue encontrarme tieso al ratón entre mis fotografías, pero ya pasó. En el fondo, como ves, todos somos un poco mezquinos.

Entonces, con uno de sus gestos tan elegantes, se inclinó hacia mí, me echó un brazo por los hombros y resumió el asunto con una mueca, como diciéndome que eso era todo. Y yo, mirándolo, pensé en el hámster olvidado y ya muerto, y también me pregunté, en aquel caos de engaños mutuos, qué fotos de Inma habría expuesto realmente en París, si sus primeros planos, como nos había prometido, o sus desnudos.

No quise averiguarlo.

EL PERRO

Rovira aparcó el coche de mala gana después de dar tres o cuatro vueltas por el barrio. No puso el antirrobo ni quitó el radiocasete; estaba demasiado cansado. Era algo más de medianoche y aún oía en su cabeza las voces de aquellos incompetentes incapaces de comprender que el club no podía permitirse el lujo de despedir al entrenador y fichar a otro. Le argumentaban que descenderían a Primera Regional, que la afición exigía cambios. ¡La afición puede exigir lo que le salga de los cojones!, exclamó él, en un momento de la reunión, ¡pero todos sabemos cómo están las cosas! Aún recordaba con gusto la cara que pusieron. Cogió el maletín y cerró la portezuela del coche.

A medio centenar de metros de casa, vio al perro. Estaba quieto frente al portal del edificio, desdibujado en la penumbra. Rovira sacó el manojo de llaves y las hizo girar entre los dedos. Aquellas reuniones nocturnas lo agotaban, siempre duraban más de la cuenta; miró el vaivén de sus zapatos, sentía los pies ligeramente hinchados. Al levantar la cabeza vio que el perro todavía no se había movido. Aminoró la marcha y estudió al animal; permanecía quieto, erguido sobre las cuatro patas, con los ojos fijos en Rovira. A pocos metros de él, se detuvo. Era un pastor belga salpicado de sombras negras, corpulento y recio; una bestia de granito. Rovira apretó la mano que sujetaba el maletín e hizo un amago para asustarlo. Como el perro ni siquiera pestañeó, se aventuró a acercarse un poco más y silbó intentando ganarse su confianza, pero el pastor belga se limitó a esperar. Entonces, Rovira se dio cuenta. Se dio cuenta tan bruscamente que hubiese podido gritar. Aquel perro era Bruc.

—¿Bruc? –tanteó, pero el animal continuó inmóvil.

Rovira se acercó un poco más, agachándose ligeramente con la intención de acariciarlo; estaba a un par de metros de él. Aún llevaba el collar con la placa de identificación.

—Bruc.

El primer movimiento del animal fue una leve contracción del cuerpo, un carraspeo lejano. Rovira pensó que se trataba de una señal de reconocimiento y avanzó un par de pasos. Pero entonces el perro arrugó el morro y un montón de dientes asomaron a lo largo de su mandíbula. El carraspeo se convirtió repentinamente en el gruñido de una bestia. Rovira se detuvo en seco. Por unos segundos no pudo apartar la vista de aquella boca, de aquellas comisuras empapadas de espuma. Ha vuelto para matarme. Lo pensó con una lucidez absoluta, retrocediendo un paso, dos, tres. Tenía tanto miedo que la vida se le volvió de pronto insoportable.

—Bruc…

Pronunció su nombre convencido de que iba a morir allí mismo, lo dejó caer de los labios con el desfallecimiento de una súplica inútil. Se hubiera echado a llorar si alguien le hubiese asegurado que el perro lo entendería. El animal, todavía inmóvil, convirtió su gruñido en un jadeo continuo, como si el odio estuviera a punto de reventarle en los pulmones. Rovira se había alejado unos metros cuando notó el sudor en la camisa. Su única esperanza era alcanzar el coche. Si el animal arrancaba ahora, estaría perdido. Siguió retrocediendo sin darse la vuelta, sin apartar la mirada de aquellos ojos que tantas veces había visto en casa pero a los que nunca había hecho caso. Ahora aquellos ojos habían vuelto para observarlo fijamente, recubiertos de mugre y desventura.

Había conseguido recorrer la mitad de la distancia que lo separaba del coche cuando el perro agachó un poco la cabeza; las babas le encharcaban los dientes y los hacían brillar en la penumbra de la calle. Rovira contempló aquel brillo con la extraña lucidez de los que suben al patíbulo. Por Dios, Bruc, por el amor de Dios. Ni siquiera se atrevió a limpiarse una gota de sudor que le cruzaba la mejilla; estaba convencido de que cualquier gesto inesperado despertaría el instinto asesino del perro. Con cuidado giró las llaves entre los dedos para tener a punto el pulsador electrónico del *Rover*. Valoró la posibilidad de echar a correr en aquel instante; le quedaban treinta o cuarenta metros. Demasiado. Aún es demasiado. Recordaba las rápidas carreras de Bruc tras las pelotas de goma; recorrería aquella distancia en apenas unos segundos. Que no se mueva, por favor, que no se mueva, suplicó. Veinte metros y lograría refugiarse en el coche. El perro se agachó un poco más. Rovira comprendió que el arranque era inminente. Apretó el

pulsador electrónico y buscó de reojo el *Rover;* los intermitentes del coche se encendieron. Sólo quince pasos lo separaban de sus portezuelas abiertas. Ya está, ya está, espérate un poco.

El perro arrancó a por él de un salto. Rovira se quedó un momento fascinado en mitad de la acera, fatalmente seducido por aquella bestia que sólo unos días antes habría dado la vida por él y ahora venía a quitársela. Lo vio venir en cámara lenta, inmenso en su rabia, lanzando espumajos por la boca. No esperó más, dio media vuelta y comenzó a correr. El pánico puede convertir quince pasos en un trayecto interminable. Oír cada vez más próximo el resuello del pastor belga no ayudaba a Rovira, tampoco el sudor ni sus cincuenta y tres años recién cumplidos, pero consiguió alcanzar el coche, tiró de la portezuela y se arrojó al interior ignorando cuanto no tuviera que ver con la supervivencia. El perro llegó sólo un segundo después. Se precipitó contra el costado del *Rover,* cargando a ciegas, y el coche se bamboleó sobre los amortiguadores. Luego se alzó sobre los cuartos traseros, golpeando y arañando el cristal, tratando inútilmente de morderlo. Rovira se había echado hacia atrás, embrujado por aquel despliegue de odio, y así permaneció hasta que el animal pareció cansarse de golpear el coche y se quedó quieto al otro lado del cristal manchado de babas. Entonces Rovira tuvo la certeza absoluta de que Bruc lo estaba mirando a él, no a una víctima cualquiera, a un hombre que hubiese tenido la desgracia de pasar por la calle en aquel preciso momento, sino exactamente a él, a Jorge Rovira.

—Me cago en la puta –susurró–. Me cago en la puta, Bruc.

El perro continuó mirándolo con resentimiento, con los ojos encendidos y la lengua colgando sobre los colmillos. Rovira se aproximó al cristal para observarlo mejor. Había perdido su encanto. Se había apagado el brillo de su piel, tenía el cuerpo cosido a rasguños y desgarraduras. Sintió una punzada de lástima.

—No quise hacerlo –susurró, como si el animal pudiera entenderlo.

El perro dio media vuelta y se alejó calle abajo sin apresurarse. Mientras lo veía desaparecer en la noche, Rovira notó el sudor más frío que nunca. No me ha matado porque no ha querido, pensó. Sólo al cabo de media hora se atrevió a salir del coche.

Entró en casa pensando que era un milagro que pudiera hacerlo. Si las cosas se hubiesen torcido, en aquellos momentos estaría tirado en la acera, roto a mordeduras y zarpazos. El piso se hallaba a oscuras; se alegró de que todos se hubieran ido a la cama. En el lavabo, se mojó la cara y se sentó unos minutos en el borde de la bañera. Cuando entró en el dormitorio, su mujer, medio dormida, le preguntó por la reunión. Él le contestó vagamente que había ido

bien.

Al día siguiente, mientras trataba de convencer por teléfono a un cliente de que el PVC sólo era tóxico si se quemaba, aún no había logrado apartar de su cabeza la saña con que Bruc había vuelto para matarlo. Le explicó al cliente que el PVC se encontraba en todas partes, incluso en las bolsas de suero de los hospitales, pero, mientras hablaba, se daba cuenta de que tenía la cabeza lejos de aquellas explicaciones. No pensaba en techos falsos ni en persianas, sino en gruñidos y dentelladas, y a punto estuvo de preguntarle a su cliente si no le parecía grotesco que un perro, después de unas semanas, apareciera para vengarse. No logró convencer al cliente de que le comprara PVC, y colgó el teléfono como si diera un martillazo. Necesitaba resolver el asunto del perro lo antes posible. El problema era cómo deshacerse del animal.

Repasó la forma en que lo había intentado dos semanas antes, con el perro todavía en casa. Aquel jueves tomó la decisión de que Bruc no podía seguir viviendo con ellos; había crecido demasiado para un piso tan pequeño. Se pasaba el día mordiendo los muebles, estorbando. Rovira sabía perfectamente que no serviría de nada plantear el asunto a su familia; se pondrían, sin excepciones, de parte del perro. Así que tomó la decisión de solucionarlo por su cuenta. Salió de la oficina y visitó a un par de veterinarios antes de comer. Ambos le dijeron que un perro como Bruc no podía sacrificarse por las buenas. No se rindió. Mientras comía, decidió optar por la solución más fácil, la más rápida. A última hora de la tarde, como era habitual los jueves, dijo a su mujer que se llevaba a Bruc al entrenamiento del equipo. Lo subió al coche, enfiló la carretera 340 y devoró kilómetros durante una hora. El jueves era el único día de la semana que le prestaba algo de atención al animal. El perro había sido un capricho de su hija Lidia, y a Rovira nunca se le hubiese ocurrido perder el tiempo con él.

Aparcó cerca de una fábrica de cemento, hizo bajar al perro y lo apartó del coche. Cogió una piedra, la arrojó muy lejos, dentro ya del recinto de la fábrica, y el perro corrió a por ella. Rovira observó un instante su carrera. Después dio media vuelta, se metió en el *Rover*. Arrancó entre una nube de polvo. Por el retrovisor pudo ver a Bruc en el arcén, quieto, mirándolo con la piedra aún en la boca, esperando inútilmente a que él se la pidiera. Apretó el acelerador y se alejó a toda velocidad, con el difuso deseo de que los empleados de la planta de cemento se encariñaran con el animal y le permitieran vagabundear entre los camiones y las mezcladoras, de que le dieran las sobras de sus almuerzos y lo dejaran arrimarse a los hornos en invierno.

Antes de llegar a casa, ya había preparado las explicaciones.

Entró en el comedor y dijo, simplemente: Bruc se me ha escapado. Su mujer y sus hijas, sentadas frente al televisor, se quedaron mirando a Rovira un momento como si no entendieran sus palabras o no quisieran entenderlas. Al cabo de unos instantes, su hija mayor saltó del sofá con un arrebato de pánico. ¿Qué? ¿Que se te ha escapado? ¿Y dónde está? Lidia se había encariñado por completo del perro y la idea de perderlo le resultaba insoportable. No lo sé, contestó Rovira, ha echado a correr de pronto, ha salido del campo de fútbol y lo he perdido. Mientras hablaba, le sorprendía lo fácil que era sostener aquella mentira. He dado una vuelta por el barrio, pero no lo he encontrado, vengo a buscar las llaves del coche. Lidia lo empujó hacia el recibidor. Voy contigo, le dijo, venga, vamos, corre.

Rovira recorrió no sólo el barrio, sino casi toda la ciudad, consciente de la inutilidad de aquella búsqueda. Lidia iba volcada sobre la ventanilla, llamando a gritos a Bruc y brincando cada vez que se cruzaban con un perro. Rovira se arrepintió vagamente del engaño a que la estaba sometiendo, pero su decisión de abandonar a Bruc había sido firme, definitiva.

Durante los días que siguieron, tuvo que acostumbrarse a la melancolía que invadió la casa, una nostalgia que él nunca hubiese sospechado; Bruc aparecía en todas las conversaciones. María Elisa se pasaba el día dibujándolo en sus cuadernos, escribiendo su nombre en los márgenes, y Lidia había colgado avisos por el barrio y en la tienda de animales donde trabajaba. Pero ahora Bruc había vuelto, cuando su recuerdo aún seguía vivo en la casa, y Rovira tenía que quitárselo otra vez de en medio.

La mañana en la oficina fue caótica porque, mientras atendía llamadas y revisaba presupuestos, no podía apartar de su cabeza la imagen desastrada de ese Bruc que había regresado de la planta de cemento, de ese Bruc jaspeado de costras y rozaduras al que ya no sería posible engañar con un simple paseo en coche y una piedra arrojada a lo lejos, porque el problema ya no consistía en deshacerse de él, sino en evitar que el animal terminara matándolo. Le habían dado la vuelta al mundo: ahora la víctima era él. Quién podía saber de lo que sería capaz una bestia como Bruc. Quién podía saberlo.

Por la noche, antes de decidirse a abandonar el coche, dio una vuelta por el barrio escrutando la oscuridad. No vio a Bruc. Tras aparcar, siguió un largo rato dentro del coche, vigilando las aceras y los portales. Ojalá se haya marchado, susurró, y se dio cuenta de que lo estaba suplicando. Cuando se aventuró a salir del *Rover*, miró a su alrededor como un fugitivo, con el corazón enloquecido dentro del pecho, agarrando con fuerza el maletín para usarlo como escudo

si fuera necesario. Estaba a unos treinta metros de casa. No quiso correr; cuando se corre se es más vulnerable. Anduvo paso a paso, parapetado tras el maletín, explorando el fondo de las sombras. Me cago en la puta, Bruc, se lamentó, cerca del portal. Llevaba la llave preparada desde hacía rato. Dios mío, déjame entrar, por favor, déjame entrar.

El perro cayó desde el cielo como un pedazo de techo podrido. Rovira alzó instintivamente el brazo, intentando protegerse con el maletín, y la embestida lo arrojó contra la pared. El perro atacó con furia, con los colmillos empapados de espumarajos. En cuclillas, Rovira alargó los brazos para defenderse. El perro abrió las mandíbulas, apresó lo que se le ofrecía y dio un tirón. Rovira se quedó con el asa del maletín en la mano. Se levantó a medias. Tenía que entrar en el edificio antes de que Bruc se cansara de zarandearlo. Corrió al portal. El animal regresó cuando comenzaba a buscar la cerradura con la punta de la llave. No lo vio venir. Simplemente, sintió un fogonazo en la pierna, justo debajo de la rodilla. Dio un grito y vio aquella boca terrible clavada en su pierna, aquellos dientes que le agujereaban el pantalón y le buscaban el hueso. Trató de zafarse; imposible. Apoyado en la pared, empezó a patear la cabeza de Bruc con la pierna libre.

—Suéltame –jadeó–. Suéltame de una puta vez.

El dolor era como un puñado de fósforos encendidos clavándose en la piel.

—¡Suéltame, cojones! –Lo escupía mientras propinaba puntapiés cada vez más certeros–. ¡Suéltame!

En uno de ellos, el perro aulló y aflojó las mandíbulas. Rovira aprovechó para alcanzar el portal, mientras el perro retrocedía unos pasos con la respiración de una bestia herida. Introdujo la llave en la cerradura, empujó la puerta y se dejó caer dentro del edificio. Permaneció allí, en el rellano, no supo cuánto rato, respirando a bocanadas el dolor y el miedo, con los ojos cerrados, vencido. Ya en casa, entró en el baño y se empapó la herida con agua oxigenada. Su mujer, medio dormida, le preguntó qué le había pasado; contestó que un accidente sin importancia en el taller de la empresa. Unos hierros que estaban mal puestos en una estantería, explicó, se me han caído encima, no es nada.

A la mañana siguiente buscó el maletín; lo encontró debajo de un coche. Escudriñó a conciencia las aceras con el temor de que el perro continuara allí. Por encima de los timbres del edificio, desprendido de un extremo, tiritaba uno de los avisos que Lidia había repartido por las paredes del barrio. Pastor Belga. Desaparecido. Responde al nombre de Bruc. Lo arrancó de un manotazo y se dirigió al coche.

Durante todo el día no pudo dejar de pensar en el perro. Comenzaba a tener la angustiosa certeza de que se había equivocado, de que había sido un error abandonarlo de aquel modo. Si lo hubiese hablado en casa primero, si hubiese expuesto tranquilamente el problema, quizás hubieran llegado al acuerdo de que lo mejor para Bruc sería encontrarle un hogar más apropiado. Después de todo, el perro merecía que su vida fuese tomada en serio; unos muebles mordisqueados y unos jarrones rotos no justificaban el comportamiento de Rovira. Se refugió en los datos que desfilaban por la pantalla del ordenador para no pensar. Porque, si Bruc había vuelto para vengarse, ¿hasta dónde pensaba llegar?

Mientras comía, se le ocurrió que su mujer podría encontrarse también con el perro, o sus hijas; se volverían locas de alegría al verlo y se acercarían a acariciarlo sin imaginar lo que se les venía encima. Un ataque como el que había sufrido él la noche anterior, podría destrozar a la pequeña María Elisa en cuestión de segundos. Tengo que matarlo, pensó, tengo que hacerlo, y se bebió de un trago la copa de vino. El problema era cómo. ¿A golpes? Sí, a golpes, pero, ¿con qué? Cortó un trozo de bistec, se quedó mirando el cuchillo. Lo imaginó entrando y saliendo del vientre del animal. No puede ser, se dijo. Nunca se atrevería a matar al perro a cuchilladas. Masticó la carne sin apetito, notando cómo se le formaba una bola dentro de la boca; acabaría escupiéndola en el plato. De pronto, se detuvo.

—Carne –susurró–. Claro.

Por la tarde, en la oficina, consiguió vender cinco mil metros de techo de aluminio a una escuela privada. Era el mejor presupuesto de los últimos meses; hubiera valido la pena celebrarlo como se merecía, pero Rovira tenía al perro metido en la cabeza, como una mancha negra, un tumor.

Salió del trabajo antes de lo habitual y compró un par de filetes de ternera en la carnicería de la esquina. Luego acudió al club; se seguía discutiendo la situación del equipo. Si el domingo no ganamos, propuso Rovira, nos ponemos a hacer números. No tenía ni idea de qué entrenador estaría dispuesto a venir con la temporada a medias, pero deberían encontrarlo si toda la junta lo decidía finalmente. Ya se sabe, sonrió el tesorero al acabar la reunión, es más barato echar al entrenador que a toda la plantilla. Rovira no se quedó a la acostumbrada ronda de cerveza. Se excusó, montó en el *Rover* y cinco minutos después aparcaba en su calle. Consiguió hacerlo a tan sólo unos metros de casa. Eran poco más de las nueve y media; ya había oscurecido. Desempaquetó los filetes. Primero acostumbraría a Bruc a aceptar la carne; el veneno vendría

después. Pero, ¿y si el perro intuía el engaño? ¿Y si se limitaba a atacarlo de nuevo? Tengo que arriesgarme, se dijo. Echó un vistazo a través del parabrisas y los cristales laterales; el perro no estaba. De hecho, aunque nada podía asegurarle que se encontrara otra vez allí, él sospechaba que estaría. Bruc había vuelto en busca de algo y no iba a marcharse sin conseguirlo. Salió del coche con cautela, maniatado por el miedo pero decidido a plantar cara definitivamente.

—Bruc.

Lo llamó a media voz mientras abría la puerta del edificio. El perro emergió de entre dos coches con parsimonia, sin agresividad, como si alguien hubiese acordado una tregua en aquella guerra y ambos se acercaran a discutir las condiciones. Rovira fantaseó por un momento con la posibilidad de que a Bruc se le hubiese agotado por fin la rabia, de que hubiese entendido que las cosas habían ido demasiado lejos, pero, conforme el animal se aproximaba con su cuerpo castigado de llagas y contusiones, Rovira aceptó que aquella calma, aquel sosiego de verdugo, podía saltar en pedazos en cualquier momento. No existía ninguna tregua. Bruc no volvería a ser el que fue; sus ojos de ira lo confirmaban. Le arrojó los filetes y retrocedió un paso hacia el interior del edificio. El perro olisqueó la carne, la atrapó y, dando media vuelta, se la llevó calle abajo entre los dientes. Rovira se quedó fascinado por la facilidad con que se había resuelto la situación. Permaneció en la calle, mirando al perro, hasta que Bruc desapareció por la esquina.

A partir de aquella noche convirtió lo de los filetes en una rutina. Salía de la oficina, compraba la carne y se la ofrecía a Bruc, que se presentaba puntualmente como si no tuviera otra cosa que hacer que aguardarlo para que lo alimentara. Rovira agradecía aquella determinación del perro de mantener al margen al resto de la familia, de aparecérsele sólo a él, no a su mujer o a sus hijas. Lo agradecía pero también lo aterraba, porque dejaba ya bien claro el motivo del retorno de Bruc. Al animal sólo le interesaba una persona en el mundo; lo demás carecía de importancia. La quinta noche que le arrojó los filetes, se dio cuenta de lo solo que estaba frente al perro; no podía acudir a nadie. La situación había llegado a tal absurdo que, si no lo mataba de inmediato, estaría obligado a servirlo hasta que el animal se cansara y se marchara o reiniciara sus ataques. Aquella dependencia le pareció repugnante. A la sexta noche tuvo la incómoda sensación de que ya no estaba alimentando a Bruc para ganarse su confianza y envenenarlo, sino quizás para ablandar un inesperado sentimiento de culpa que había crecido en su estómago, como si aquella carne pudiese enmendar el error cometido.

Esa noche se sentó en el sofá más cansado que nunca, atormentado por el modo en que se habían torcido las cosas. Matar al perro ya no parecía tan buena idea; quizás resultaba desproporcionada, propia de alguien enfermo o muy desesperado. Miró a su izquierda. Su hija Lidia estaba poniendo la mesa.

—¿Qué hay para cenar? –le preguntó.

—Nada.

—Menos mal, porque no tengo hambre.

Era una broma habitual entre ellos. Se preguntó por qué el perro había tenido que volver y destruir aquella armonía. El muy hijo de puta. Pero, ¿era realmente su culpa? ¿Acaso no había sido él el responsable? Miró a Lidia ir y venir de la cocina, y, por primera vez, se supo capaz de comprender lo mucho que su hija había sufrido con la ausencia de Bruc. Lo siento, Lidia, pensó. Le hubiese gustado decírselo, pero ya era demasiado tarde.

—Hoy he quitado el aviso de la tienda –dijo Lidia mientras dejaba la jarra de agua sobre la mesa.

Rovira se hundió un poco más en el sofá.

—Podrías haberlo dejado unos días aún.

—No –contestó ella, sentándose a su lado–. Bruc ya no aparecerá.

A la noche siguiente, mientras le echaba los filetes al perro, pensó en la posibilidad de acogerlo nuevamente. Después de todo, parecía más dócil desde que lo alimentaba. Quizás había llegado el momento de pensarlo con calma y tomar una decisión. Tal vez resultaría posible hacerle entender que estaban dispuestos a integrarlo otra vez en la familia. Venga, Rovira, piensa algo, se espoleó mientras el animal se marchaba manso calle abajo, masticando los filetes. Aquella noche no durmió demasiado, soñó cosas sin sentido. Se revolvía entre las sábanas y sudaba, consciente de que sería una locura admitir de nuevo a Bruc cuando ya había ido tan lejos en su decisión de abandonarlo, pero consciente también de que sería la única salida si, finalmente, decidía no envenenarlo. O lo mataba o lo metía en casa. Así de sencillo y así de complicado.

Al día siguiente, en la oficina, tomó la decisión. A media mañana recibió la llamada de aquel cliente testarudo con el que había hablado hacía un par de semanas sobre el PVC. El hombre reconoció haberse equivocado y le hizo un importante pedido de celosías. Tras colgar, Rovira decidió que lo mejor para la familia era que él hiciese lo mismo, que rectificase. Esa misma noche trataría de ganarse definitivamente la confianza de Bruc para tenerlo de nuevo en casa.

Pero esa noche el perro no estaba allí cuando aparcó. Se quedó

esperándolo un buen rato en el portal del edificio, con los filetes en la mano. Decidió aventurarse acera arriba. Caminaba examinando la penumbra de los ángulos más apartados, los trozos de luz que caían de las farolas. Cada hueco entre dos coches parecía una amenaza de emboscada, cada montón de basuras un escondrijo perfecto. Rovira sabía que estaba arriesgando la vida, pero sentía una urgencia inaplazable por resolver aquello. Ya no podía perder más tiempo.

—¿Bruc?

Andaba lentamente, algo inclinado, listo para echar a correr. Se aflojó el nudo de la corbata. Estaba seguro de que Bruc andaba cerca; no podía faltar a la cita precisamente la noche en que él había tomado una decisión. Se sentía al límite de sus fuerzas; no podría soportar la incertidumbre un día más. Llegó a la esquina de la calle y notó el pinchazo de la desesperanza en el pecho. ¿Dónde cojones estás? Lo hubiese gritado de buena gana. Se apoyó en la pared con el desmayo de la derrota, tan agotado que el cansancio le provocaba vértigo, un invencible deseo de caer. Cerró los ojos para refugiarse unos instantes en la oscuridad, convencido de que, mientras estuviese detrás de los párpados, no podría sucederle nada. Pero tuvo miedo de que el animal aguardara en las sombras, dispuesto a atacarlo. Abrió los ojos, intentando permanecer alerta, y entonces, al contemplar un montón de bolsas de basura depositadas en la calle, le pareció verlo allí.

—¿Bruc?

Se apartó muy despacio de la pared y se acercó al fardo de desperdicios; llevaba los filetes por delante.

—Bruc.

Entonces, simultáneamente, se dio cuenta de que Bruc estaba allí, esparrancado entre la mugre, y de que estaba muerto.

—Bruc…

Esta vez no pronunció el nombre; se le cayó de la boca. Se encontraba tan cerca de él que hubiese podido tocarlo con sólo estirar el brazo, también hubiese podido meterle la carne entre los dientes. Pero el perro no se movía, el perro no iba a moverse, no iba a abrir la boca para comer; el perro ni siquiera respiraba. Lo rozó con la punta del zapato. Nada. Lo volvió a rozar. Ha muerto por mi culpa, pensó, y dejó caer los filetes. El perro tenía los ojos abiertos, el morro metido dentro de una bolsa agujereada. Las patas se le habían quedado derramadas a ambos lados del cuerpo, como si la muerte no le hubiese permitido encontrar una postura más digna. Rovira tragó saliva y se quedó mirando al animal, tratando de sobreponerse a aquella burla del destino.

Entonces decidió enterrarlo; era lo mínimo que podía hacer.

Acercó el coche al montón de basuras y abrió el maletero. Miró a su alrededor, vigilante. Cuando agarró al perro, pensó que pesaba demasiado, que no podría levantarlo. Pero era tal su necesidad de hacerlo que extrajo fuerzas de donde no las había. Condujo a toda velocidad hasta la empresa, cogió una pala del taller y se dirigió a la zona del río, más allá de los campos de cultivo. Buscó un suelo blando y comenzó a cavar. Había dejado encendidas las luces de posición del *Rover*. Estuvo cavando más de media hora. Sólo se oía el correr del río. Cuando el agujero le pareció lo bastante grande, caminó hasta la parte trasera del coche, agarró a Bruc por el collar y trató de colocarle la cabeza en el borde del maletero. En uno de los tirones, el collar se desgarró. Rovira se quedó con él en la mano y lo observó como si fuese un tributo definitivo, como si después de aquellos días atroces, después de haberse enfrentado a todo, el collar representara el principio y la culminación de su desventura. Se lo acercó a los ojos para leer el nombre de Bruc, quizás para pedirle perdón en voz alta. Se lo acercó para buscar alivio en las letras del nombre, quizás para llorar por él. Se lo acercó a los ojos y leyó: Lobo.

Notó el pánico en el espinazo. Miró dentro del maletero, miró al perro, y sólo entonces comenzó a ver las diferencias.

MÉNAGE À TROIS

Le puse los cuernos a mi marido porque era un hijo de puta. Se lo merecía. Y merecía el modo en que lo hice. Lo digo así mismo cada vez que me preguntan. Sea quien sea. También se lo dije así a su madre el día que se enteró de todo y vino a llamarme zorra. Su hijo es un hijo de puta, le dije. No sonó muy bien. Claro. ¿Qué esperaba la bruja? ¿Que me echara a llorar como ella? Ni hablar. No sé por qué motivo lloró ella, si porque le había faltado al respeto a su hijo o porque, al faltárselo a él, le había llamado puta a ella. Me da igual. Creo que también lo llamé cabrón. Ella me acusó de haber sido siempre una malhablada y de haber manchado la honra de su hijo. ¡La honra de su hijo! ¡Tenía narices la cosa! Le contesté que la honra de su hijo era algo así como una mierda pero sin el como. No sé si me entendió, así que, por si acaso, añadí que la honra de su hijo me la pasaba yo por allí donde nada suena. La bruja volvió a llamarme zorra. Se había puesto lila y escupía al gritar. Pensé que le daba un ataque allí mismo. Le dije que se marchara, que no sabía de la misa ni la mitad, y ella, sus lágrimas y sus salivazos se marcharon dando un portazo del demonio. No entiendo por qué la gente da portazos. La muy bruja metió uno que lo sentí rebotar en las encías. Me dio hasta risa. Allá ella con su rabia idiota. Ella no sabía realmente cómo era su hijo ni lo que me había estado haciendo durante casi tres años. Las madres siempre creen que conocen bien a sus hijos, pero no es así. Para una madre, su hijo siempre es bueno. Quizás comete equivocaciones, pero es bueno por encima de todo. Si es drogadicto es porque se ha juntado con malas compañías. Si ha matado a alguien es porque lo han provocado. Nunca los consideran malos por sí mismos. Pero mi

marido no era bueno. Ni hablar. Nadie podía considerarle bueno. Ni yo ni su madre ni maríasantísima. Mi marido era un hijo de puta. Así lo digo siempre y así lo seguiré diciendo. Y él sabe que lo es, porque si no se lo dije mil veces a la cara antes de mandarlo a tomar por el saco es que soy monja. En cambio él va de bueno por la vida. Va de inocente. Y lo hace muy bien. ¡El muy hipócrita! Yo misma me tragué el anzuelo de sus falsos encantos y me casé con él, así que sé muy bien de lo que hablo. ¿Por qué me dejé engañar? Y yo qué sé. A las mujeres siempre nos divierte hablar mal de los hombres, nos gusta criticarlos, quejarnos de lo malos que son en la cama, de que van a la suya como burros con orejeras y que nunca nos entienden, pero esto casi siempre es una fachada nuestra, porque luego uno de ellos nos mira o nos dice algo cariñoso, y se nos atraganta hasta la saliva. Quizás me pasó eso con mi marido: que me cegué y me equivoqué. ¿Y qué? Tengo derecho, ¿no? En este mundo, la que no se equivoca es que nunca sale de casa o está muerta. Lo que pasa es que hay equivocaciones pequeñas, equivocaciones grandes y equivocaciones lamentables. La mía fue tan lamentable que luego tuve que arreglarla como pude, porque lo que está claro es que siempre he tenido que solucionar las cosas a mi manera y sin ayuda de nadie. La vida nunca me ha regalado nada, más bien me ha ido quitando siempre lo poco que he tenido. Y desde niña. Lo primero que perdí fue a mi madre. Mi padre le metía unas palizas del demonio. Un día le pegó demasiado fuerte y la mató. Así, sin más. Se le fue la mano y sanseacabó. Mis hermanos y yo todavía éramos unos críos cuando ocurrió. Bueno, yo ya tenía catorce años. El muy cabrón la mató y luego no se le ocurrió otra cosa que tirarla bajo su cama para que no la viéramos. ¿Qué pretendía? ¿Tener a mi madre allí escondida hasta que se convirtiera en polvo? Lo segundo que perdí fue a mi padre, aunque esto ya no me importó tanto, para qué nos vamos a engañar. Lo metieron en la cárcel y ya no volvimos a verle. No sé si habrá salido. Le cayeron muchos años. Una tía solterona de Barcelona se hizo cargo de nosotros y llevamos con ella una vida de lo más aburrida. Nunca pasó nada especial. Fue un agobio. Mi hermana Rebeca fue lo tercero que perdí. Fue la última en cumplir dieciocho años, pero en cuanto lo hizo se largó a París a cuidar niños. O a Londres. Yo qué sé. Me escribe poco y casi no entiendo la letra de los remites. Creo que lo hace a propósito, porque la letra de la carta la entiendo perfectamente, aunque nunca cuenta muchas cosas. Da igual. A lo mejor resulta que está en Roma. O en China. Allá ella si le gusta esconderse. Ya no la necesito. Así que cuando se fue nos quedamos mi hermano y yo solos. Estuvimos una temporada viéndonos bastante a menudo. íbamos a tomar algo y charlábamos

un rato. Luego se casó y ya no fue lo mismo. Él tenía otras cosas en la cabeza y nunca sabíamos de qué hablar, pero aún así me gustaba verle y preguntarle cómo le iba todo. Muy de vez en cuando me invitaba a cenar a su casa. Me decía que era feliz. Hace siete años le dio un ataque al corazón y se murió. Cuando me enteré estuve dos días llorando sin parar. Es la verdad. No tengo por qué mentir. También agarré el coche, me fui a lo alto de Vallvidriera y estuve una hora gritando a todo pulmón que la vida era sólo un montón de miserias. No cogí una depresión ni intenté suicidarme ni ninguna tontería de esas. Sólo me dije que, a partir de ese momento, defendería lo mío aunque fuese a mordiscos. Esta actitud me fue bien en algunas cosas, pero en otras me perjudicó, porque lo primero que guardé bajo llave fue el corazón, y esto me lo puso difícil con los hombres. Por supuesto, mi marido no fue el primero. Hubo otros muchos antes que él, y con algunos de ellos me metí en la cama sin pensármelo demasiado. Y que nadie piense mal. No soy una buscona ni nada de eso, pero tampoco soy una estrecha. Si un hombre me gustaba, no me andaba con rodeos. Pero en cuanto veía flores o bombones o palabras demasiado cariñosas los largaba. Así de claro. Les metía una excusa y adiós muy buenas. Y así lo hice durante bastante tiempo. Algunos de ellos llevaban buenas intenciones. Recuerdo a uno que me pidió que me casara con él la tercera vez que nos vimos. Pero yo sabía que si me encaprichaba de uno de ellos, si se me ocurría enamorarme, la vida terminaría quitándomelo como ya me había quitado a mi madre y a mis hermanos. Y ya estaba muy escarmentada como para seguir perdiendo cosas. Así que pensé que la mejor manera de que no me quitaran nada era no teniéndolo. Me agarré a eso. Así de claro. Es una filosofía del demonio. Pero es lo único que me mantuvo entera durante un tiempo. Exactamente hasta que conocí a mi marido y bajé la guardia por primera vez en muchos años. ¿Que por qué bajé la guardia? Y yo qué sé. ¿Quién puede dar un porqué a todo lo que hace? Quizás llevaba demasiados años con la filosofía del demonio y ya estaba un poco harta de no dejar que nadie me quisiera de verdad. Además, para qué engañarnos. Acababa de cumplir los treinta y cinco y no quería quedarme en este mundo más sola que la una, como mi tía solterona. Pensaba en esa posibilidad y se me revolvía hasta el hígado. Quizás fue eso. O quizás no. Creo que pasó porque tuvo que pasar y sanseacabó. El hijo de puta de mi marido me engañó con sus encantos de hombre ideal y ya está. Para qué buscar otras explicaciones que no vienen a cuento. Le toleré las flores y los bombones y todo lo que me echó por delante y me casé con él. Punto. Al principio todo fue bien. Bueno, bien en la medida que puede funcionar bien un matrimonio, o sea, bien, regular y mal

todo junto. Dinero para salir adelante nunca nos faltó. Salud tampoco. Ni sexo, aunque a veces tenía que pincharlo un poco para que el polvo valiese la pena. Ropa interior de encaje, unas velas en la habitación, una postura nueva…, en fin, tonterías de esas con las que enloquecen los hombres. Y es que a los hombres no hay que darles tregua, porque en cuanto ellos dan la cosa por acabada ya no hay quien les haga empezar de nuevo. Hartos ellos, harto todo el mundo. Y eso no es. En la vida hay hombres que son sosos en la cama y otros que te desmontan. Mi marido pertenecía al primer grupo. Pero yo tenía mis métodos. Y es que una mujer, si se lo propone, puede sacarle el máximo rendimiento en la cama a quien sea. Y eso fue lo que hice con mi marido durante casi tres años, hasta que entendí que se metía entre mis piernas sólo por cumplir. Así de claro. Resultó que el muy hijo de puta no era tan soso como había pensado. Lo era conmigo, pero no con sus otras mujeres, con las que debía de perder hasta el sentido, porque el tío podía ser un soso, pero también es verdad que dejaba de serlo en cuanto le venía de gusto lo que hacía. O sea, que normalmente ya llegaba a casa agotado y empachado de coño. ¿Que cómo lo sé? Bueno, una mujer siempre sabe más por lo que adivina que por lo que le dicen. Y así mismo terminé yo, viéndole el plumero a mi marido y adivinando lo que se traía entre manos desde hacía tiempo. Y es que los hombres, por lo general, son unos confiados. Confían demasiado en sí mismos y en cómo hacen las cosas. Nos menosprecian y no tienen en cuenta que nosotras vemos venir las malas mentiras antes de oírlas. O se miente bien o no se abre la boca. Y los hombres no saben mentir. Son pésimos metiendo excusas. Parecen niños. Una mujer nunca llegaría a casa a las dos de la madrugada diciendo que la reunión de la empresa se ha alargado un poco. Esto no se lo cree nadie. Pero ellos lo sueltan y se quedan tan anchos. En el fondo, son unos ingenuos. Y si, por casualidad, la mentira es buena, acaban cagándola más tarde o más temprano con sus cambios de humor o de eso que llaman *look*. A mi marido le dio por leer el periódico cada tarde, cosa que no había hecho en toda su vida. Llegaba a casa, se tiraba en el sofá y se atrincheraba detrás de las noticias. Y peor aún, comenzó a leer novelas. ¡Hay que joderse! Él, que nunca había tocado un libro, de pronto le dio por leer novelas. Quizás su amiga de turno era una lectora empedernida, o una profesora o, por qué no, una escritora, y el hipócrita de mi marido tenía que hacerse pasar por lo que no era para poder seguir tirándosela. Luego, al cabo del tiempo, se olvidó del periódico y de las novelas, y le dio por echarme en cara que siempre comíamos lo mismo. Se ofreció a cocinar platos nuevos y guisos exóticos, y el tío me liaba unos berenjenales en la cocina que para qué. Siempre terminaba

quemando algo. Pensé que su amiga del momento sería probablemente una cocinera de oficio o quizás una caprichosa muy aficionada a los restaurantes raros. Después de unos días, volvió a aceptar la comida de siempre sin ninguna queja y, al mismo tiempo, cambió de actitud en la cama. Comenzó a adoptar posturas nuevas y movimientos a los que yo respondía sin acabar de creérmelo. Cuando le dije que había cambiado y le di detalles de esos cambios, se puso tan nervioso que enseguida entendí que el muy cretino ni se había dado cuenta. Como lo vi apurado le pregunté de dónde había sacado aquellas posturas del demonio, que no estaban nada mal, para qué engañarnos, y el tío escurrió el bulto y me contestó que lo hacía por nuestro bien, que nuestras relaciones sexuales eran mecánicas y aburridas. ¡Esto sí que tenía narices! ¿Cómo quería que fuesen, si él no ponía de su parte? Así sospeché que su nueva amiga tenía que ser una experta en cuestiones de cama o una viciosa de aquí te espero. Y así una y otra vez. Que estaba más claro que el agua. Y él seguía metiendo sus excusas y creyéndose que yo era idiota. Incluso se llevaba la colonia al trabajo para poder perfumarse un poco antes de volver a casa por la tarde, no fuera a ser que yo oliera el perfume equivocado. Y eso cuando no le daba por aparentar miedos o depresiones. Entonces me largaba el rollo de que estaba pasando una mala racha y que por favor le perdonara sus cambios de carácter y sus manías, y que si algunos días llegaba tarde era porque había cogido el coche y se había ido solo a cualquier parte para meditar y encontrarse a sí mismo. ¡Meditar y encontrarse a sí mismo! ¡Será desgraciado! Cuando oí aquello pensé: Seguro que está liado con una psiquiatra o algo así. Supongo que uno de los motivos por los que aguanté tanto fue para no rendirme al sino de mi vida y seguir perdiendo cosas. Creí que podría hacerle cambiar y, para intentarlo, le eché en cara sus engaños. Pero lo negó todo. No tuvo narices para admitirlo. Sólo conseguí unas cuantas discusiones e insultos a grito pelado. Cuando acepté que no cambiaría, decidí engañarlo yo y luego mandarlo a tomar por el saco. Sí, ya sé que eso de la venganza está muy mal y todo eso, pero a mí me da igual que se me acuse de ponerme a su altura y de ser tan cerda como él. Yo siempre le devuelvo la zancadilla al que me la pone. Lo he hecho toda la vida. Es una defensa como otra cualquiera. Que eso que me repitieron tanto las monjas en el colegio de poner la otra mejilla, me lo paso yo por allí donde nada suena. La otra mejilla que la pongan ellas si quieren, que yo, con una bofetada, ya tengo bastante. ¿Por qué lo engañé como lo engañé? Bueno, esa es otra cuestión. Me compliqué la vida. Es cierto. Pero es que yo, de una sola vez, tenía que compensar la docena de veces que él me había engañado a mí. Y no sólo quería

engañarlo. También quería que lo pasara mal, que sufriera. Así que lo preparé todo con paciencia. Aproveché una tarde libre para echar una mirada a los quioscos de las Ramblas y familiarizarme con las revistas porno. La variedad era enorme, así que las fui hojeando tranquilamente para buscar la que me interesaba. Los quiosqueros me miraban como si fuera un bicho raro. La gente también. Me daba igual. Nunca he sido vergonzosa. No entiendo a la gente que lo es. Ser vergonzoso es como dar portazos. No sirve de nada. Las revistas que parecían más interesantes estaban plastificadas. Estaba a punto de consultar a uno de aquellos quiosqueros cuando vi una que no había visto antes. No llamaba la atención. No parecía porno. La portada era discreta. O sea, no había tías espatarradas o tocándose los pechos. *Climax*. La hojeé. Tenía pocas páginas. Todas las fotos eran bastante horteras. Luego comprendí que eran de los mismos lectores, que se fotografiaban a sí mismos, solos o con su pareja, y enviaban la foto a la revista para que la publicaran junto a algún anuncio picante. Es decir, cosas como *Este es mi aparato, si quieres probarlo aquí está mi teléfono*, o *Estos somos mi marido y yo y queremos a otra pareja para intercambio*. Las últimas páginas eran un mareo de anuncios de este tipo. Uno detrás de otro. Ya sin fotografías. Compré la revista y le pregunté al quiosquero cada cuánto salía. Me contestó que cada quince días. Llegué a casa y la leí toda entera. La gente escribía para ofrecer o pedir cualquier cosa. No importaba que fuera una barbaridad o no. La cuestión era pedirlo y ya está. *Me ofrezco para sexo oral a la tercera edad. Fóllate a mi mujer mientras os miro. Quiero tres tíos a la vez*. Escribí mi propio anuncio y lo envié a la revista con una fotografía mía en ropa interior de encaje. Puse mi número de teléfono y añadí: *Llamar estrictamente de dos a cinco de la tarde*. Era el momento del día en que estaba sola en casa. Compré el siguiente número de *Clímax* y allí estaba yo. En la tercera página. Parecía una puta, para qué negarlo. Pero también es cierto que era mucho más apetecible que las demás mujeres que salían. La mayoría tenía las tetas pequeñas o demasiado grandes y fofas, muslos de tocino, culos que echaban para atrás o michelines. Para entendernos, no había cuerpos bonitos o bien formados. O, al menos, la mayoría no lo eran. Escondí la revista y esperé alguna llamada. Mientras tanto, a mi marido le dio por salir a correr veinte minutos cada día. Decía que ya estaba bien de mala vida. Aposté por una atleta o por una vegetariana obsesionada por la salud del cuerpo. Estas pruebas o sospechas dejaron de molestarme. Más bien me las tomaba como adivinanzas. Me daban hasta risa. Las llamadas llegaron enseguida. Yo le hacía unas cuantas preguntas a cada uno de aquellos tíos, tomaba nota y le decía que ya le llamaría en caso de que me interesara. Me quedé

con uno que tenía una voz agradable. Pero le advertí que lo mandaría a paseo si no me gustaba o si no era tal y cómo él se había descrito. Lo cité en mi casa un sábado por la tarde. Antes de que llegara hice lo que tenía que hacer con mi marido y me puse a esperar. El tío llegó puntualmente. Eso me gustó. Era alto y fuerte, sonreía como Dios. Habló poco. No por tímido, claro. Sabía a lo que venía y, por lo tanto, las palabras estaban de más. Cuando entró en el dormitorio se quedó un poco extrañado, pero fue discreto. Seguro que ya estaba acostumbrado a hacerlo de todas las formas imaginables. Sin embargo, comentó: Nunca lo había hecho así. Le contesté que de este modo le daba más morbo al asunto. Ya, sonrió él, y me preguntó que cómo tenía que hacerlo. Pensé que estaba de guasa y le pregunté que qué quería decir. Pues si he de hacerlo de alguna manera en especial, respondió. Yo no sabía a qué se refería realmente aquel tío, pero me importaban un pimiento sus métodos. Yo sólo quería que me follara. No podía ser tan complicado. Pero el tío se desnudó tranquilamente y, de rodillas sobre la cama, esperó a que yo le contestase algo. Me puse a pensar. Me acordé de una canción. Como si fuera la última vez, le dije. No se me ocurrió otra cosa. Me desabroché la bata de raso y la tiré al suelo. Sonrió y se lanzó a por mí. Me hizo de todo. Y lo hizo bien. Yo le puse un poco de teatro al asunto y gemí como nunca. Chillé. Grité cosas fuera de tono. Me moví como si quisiera partirme en dos. Que era para verme, vamos. Una puta, parecía, para qué nos vamos a engañar. Cuando terminamos metí la cabeza entre sus piernas y estuve allí cinco minutos, escuchando sus aullidos y otros ruidos desesperados que no eran de él y me animaban. Luego el tío se vistió sin hablar. Sin hacer preguntas. Antes de salir de la habitación le palmeó el hombro a mi marido y le dijo que había sido un placer. Mi marido ni siquiera lo miró. Tenía los ojos rojos. El muy hijo de puta estaba sudando como un cerdo. El esparadrapo de la boca lo tenía tan mojado que ya se le estaba cayendo. Era como un toro con el estoque metido hasta el mango. Una piltrafa. Una ruina de sí mismo. Dentro de poco podría desatarse por sí solo gracias al sudor que le caía por los brazos y las manos. Acompañé al tío a la puerta y él me comentó: Reconozco que tu marido atado a la silla me ha puesto más cachondo de lo que había esperado. Le sonreí y le contesté: Ha sido excitante. Me devolvió la sonrisa. La suya era mejor que la mía. Pero parecía enfadado mientras lo hacíamos, añadió, no ha dejado de patalear. Le dije que todo formaba parte del juego, y se marchó sin más, no sin antes ofrecerse para repetirlo. Le contesté que ya veríamos. Luego regresé al dormitorio y me arrodillé frente a mi marido. Parecía como si le hubieran dado una paliza. ¿Te ha gustado lo que has visto?, le pregunté, espero que

hayas aprendido algo, así podrás hacérselo a tus amiguitas. No lo desaté. Lo dejé allí en la silla. Cabizbajo. Roto. Me duele la cabeza. Fue lo único que dijo cuando por fin se le despegó el esparadrapo. Ni una palabra más. Creo que hasta se echó a llorar. Y no era para menos. Supongo que uno espera otra cosa cuando su pareja lo desnuda y lo ata a una silla prometiéndole un numerito muy especial. Lo hice tan bien que el hijo de puta debió de imaginarse que iba a meter el polvo de su vida. Estoy orgullosa. Así que nadie me venga ahora a echar nada en cara o a sermonearme sobre lo que hice, como intentó su madre, porque lo mando a tomar por el saco antes que canta un gallo. Mi marido era un hijo de puta y pagó por serlo. Ya está. No hay por qué darle más vueltas. Sé que otras mujeres lo aguantan de sus maridos. Me da igual. Yo lo aguanté hasta cierto punto. Luego lo mandé a paseo.

RELIGIÓN

Si naciste pa' martillo, del cielo te caen los clavos.
Ruben Blades. «Pedro Navaja»

Nadie fue a esperarlo a la salida de la Modelo, sólo la fina lluvia de principios de marzo. Antes de salir le devolvieron la documentación y sus objetos personales, y lo despidieron sin demasiada ceremonia. Respiró el aire frío con ansia y chapoteó por la calle Entenza mientras miraba a su alrededor intentando acostumbrarse al ajetreo de la ciudad, después de cinco años de haberlo oído sólo a lo lejos, como un murmullo, el murmullo libre, como lo llamaban algunos allí dentro. Ahora, por fin, volvía a formar parte de ese murmullo; de hecho, contribuía a crearlo con sus chapoteos y su respiración. Pensó incluso en gritar para que los de dentro pudieran oírlo y se dijeran unos a otros: ¡Eh, escuchad, el cabrón de Péternac ya forma parte del murmullo! Sonrió y sintió la llovizna resbalando en sus labios. Siempre decían eso cuando se sabía que alguien se marchaba, el cabrón de fulano o el hijoputa de mengano. Se lo gritaban unos a otros en el patio cuando salían a tomar el aire. El insulto no fallaba nunca; era parte del cariño.

Cruzó la Avenida Roma sin detenerse, interpretando la lluvia como el bautismo de una nueva vida en la que los errores del pasado no volverían a repetirse. Decidió ir andando hasta su apartamento. En el largo paseo hasta el Paralelo, imaginó cómo podía ser esa nueva vida que necesitaba. Dentro de poco cumpliría treinta y cinco años y ya iba siendo hora de cambiar. En la celda había tenido mucho tiempo para pensarlo, muchísimo.

Para empezar buscaría un trabajo. Se había terminado

vagabundear por las calles y los aparcamientos de las discotecas como camello, aunque realmente fuese una lástima dejarlo ahora, cuando ya se había hecho respetar en los entresijos de ese peligroso arte y adquirido la habilidad necesaria para moverse con soltura. Había conseguido ser un tipo escurridizo y, lo más importante, lúcido. Siempre tuvo muy claro que un camello inteligente puede conseguir mucho dinero, pero también que uno estúpido no tarda en ver cómo le rajan el vientre o le meten heroína en las venas hasta que revienta. Para trabajar las calles y sobrevivir a ellas había que permanecer alerta las veinticuatro horas del día. Por esa razón él nunca se metió nada en la sangre, ni por la nariz, ni siquiera una sola pastilla por la boca. Veía a la chusma que sí lo hacía, veía a ese montón de cretinos vomitar y lanzar alaridos, los veía con el mono, y se había acostumbrado a leer en sus ojos que no hay nada tan importante como conservar el cerebro ni nada tan horrible como ir perdiéndolo a pedazos. Si todos aquellos suicidas querían hacérselo mierda, es que eran lo bastante estúpidos como para no valorar la vida, y el que no valora la vida no se la merece.

Cuando llegó al Paralelo ya había dejado de lloviznar. Encontró algunos cambios en las fachadas de los edificios. Se quedó contemplando un rato la nueva esquina del Apolo. Meneó la cabeza; demasiado cristal. Las chimeneas ya no parecían las mismas, eran como animales salvajes encerrados en un zoológico; habían perdido su encanto. Subió a su apartamento y, mientras miraba las llaves como si las fuera poco a poco reconociendo, disfrutó de la sensación de entrar en casa nuevamente. Esta noche volvería a dormir en su cama, a la hora que quisiera y con quien quisiera, con Pilar, por ejemplo, aunque ella, durante esos cinco años, no había ido a visitarlo ni una sola vez ni había contestado a sus cartas. Péternac pensó que se había portado injustamente. Al fin y al cabo, él mató a aquel desgraciado por ella, por defenderla; lo menos que podía haber hecho era agradecérselo de algún modo, con algún gesto. Que la jodan, pensó, y entonces, mientras entraba en el apartamento, decidió llamar a Gonzalo Belda para salir esa misma noche a tomar una copa y disfrutar su primer viernes en libertad. Tenía ganas de trasnochar, de patear el reloj y olvidarse de aquel agujero donde las luces se apagaban a las doce; tenía ganas de hacer ruido, de fumar un poco de hachís sin esconderse, de ligarse a alguna mujer y así olvidarse de Pilar. Eso era lo que necesitaba.

—¿Sabes una cosa, Gonzalo? Fue fácil matar a aquel hijo de puta.

—Joder, Péternac.

—No, lo digo en serio. Fue fácil –repitió, y agarró la jarra de cerveza pensando todavía en aquel 38 especial; incluso estiró un poco el dedo índice como si buscara un gatillo que ya no estaba allí pero que no había conseguido olvidar–. No digo que fuera divertido ni que me gustara. Sólo que fue fácil.

Estaban acodados en la barra del *Cul de sac*. Habían dejado atrás la medianoche y, de vez en cuando, Péternac miraba el reloj sin acabar de creerse que le permitieran seguir despierto. Escuchaba la música, las voces, y le parecía mentira poder disfrutar de ellas.

—No hay nada heroico en matar a alguien –dijo–. Uno no es más valiente por apretar un gatillo.

—Déjalo ya, hombre.

—He pensado mucho en aquel desgraciado –añadió, gravemente–. He pensado demasiado. Siempre pensamos demasiado. ¿Sabes por qué lo maté, Gonzalo? ¿Quieres saberlo?

Gonzalo Belda esperó sin decir nada.

—Por si acaso –añadió–. ¿Qué te parece? Lo maté por si acaso.

—Dijiste que estaba molestando a Pilar, ¿no?

—Molestando, molestando, claro que la estaba molestando –contestó, con una sonrisa entre desdeñosa y resignada–. Pero ni siquiera la había tocado, ¿entiendes? A lo mejor no le hubiera hecho nada. Sólo era un pobre desgraciado con el mono que no tenía ni un puto duro para una dosis. Tendrías que haberlo visto. –Sacudió la cabeza y se mojó los labios con la espuma de la cerveza–. Vino al aparcamiento a pedirme que le fiara. Yo lo mandé a tomar por el culo, le dije que si no tenía guita no había alpiste. Él no se bajó del burro y me dijo que tenía amigos con muchas ganas de follarse a una tía. Le contesté que dejara de decir chorradas y que se largara de una puta vez, que buscara dinero y hablaríamos. ¿Y sabes qué me dijo, el muy hijo de puta? –Gonzalo Belda negó con la cabeza–. Pues me dijo…, me dijo: O me das algo, tío, o nos follamos a tu novia. A mí eso me tocó los huevos, imagínate, pero yo no quería ningún follón, los follones nunca convienen, así que cogí a Pilar de la mano para marcharnos. Pero entonces el tío me agarró del brazo y me dijo al oído: Piénsatelo, colega, somos cinco, podemos hacerle mucho daño a tu amiguita.

Péternac hizo una pausa para mirar brevemente a Gonzalo Belda y luego observó otra vez las muescas de la barra.

—¿Entiendes la situación? A lo mejor el tío no hablaba en serio, a lo mejor sólo intentaba conseguir un poco de mercancía gratis. Pero el desgraciado iba como una moto, y, si hablaba en serio, sin duda haría lo que decía. Yo no quise acobardarme, no puedes acobardarte con esa clase de gente, ¿entiendes? Se te comen vivo.

Así que lo agarré por el cuello de la chaqueta, lo empujé contra un coche y le dije que, si se le ocurría tocarle un pelo a Pilar, lo lamentaría. El tío sudaba y temblaba y se reía sin parar, y siguió diciéndome que mi novia estaba muy buena y que sin duda sería una gozada metérsela por todas partes. Cállate, le grité. Pero el tío no oía una mierda, y siguió amenazándome. Entonces Pilar comenzó a llorar. Vámonos, Pete, me suplicó, déjalo, vámonos. Y el tío la miró y le dijo: Marcharte no te servirá de nada, zorra, sé dónde vives, mis amigos y yo te haremos una visita. El muy hijo de puta babeaba como un cerdo. Entonces pensé que no me lo podría sacar de encima. Sin saber por qué, llegué a la conclusión de que aquel hijo de puta y sus amigos violarían de verdad a Pilar, ya me entiendes, que quizás incluso la matarían. Yo he visto de todo en las calles, he visto cosas horribles. Así que saqué el revólver y se lo clavé en el pecho. Pero el tío nada, ni se inmutó. ¿Y sabes qué? Aún tuvo huevos de decirme: A ti también te vamos a joder, listillo, te meteremos esa pistolita por el culo –Miró a Gonzalo Belda y encogió los hombros–. Así que le metí los tres tiros y se acabó. Así de fácil. Menuda mierda.

Estuvieron un rato sin hablar, como agotados por las palabras de Péternac. La escena del aparcamiento estaba sembrada de detalles que se pegaban a la memoria como tiras adhesivas en la punta de los dedos. Cerca de la una, *Cul de sac* se había llenado de humo y noctámbulos, y Péternac y Gonzalo Belda tuvieron que conformarse con una esquina de la barra.

—Esto es vida –comentó Péternac–. Allí te jodían la luz a medianoche. –Se terminó la cerveza y pidió otra–. Oye, ¿qué sabes de Pilar?

Gonzalo Belda se puso serio de repente y encogió los hombros.

—Bueno, conoció a un tío, o eso me dijeron. Un madrileño con pasta, diseñador o algo así. Se largó a vivir con él.

—¿A Madrid?

—Sí. Si quieres, puedo averiguar dónde viven o su teléfono. Lo que quieras.

Péternac lo pensó unos instantes. Él y Pilar habían salido un par de meses. Y un par de meses con una mujer era mucho tiempo para Péternac; ella tenía algo que le gustaba, que la hacía diferente a cuantas habían desfilado hasta entonces por su vida. Pero si ahora había decidido largarse con otro, allá ella. No iba a Salir corriendo para recuperarla. Nunca había suplicado a una mujer ni tampoco les había sido fiel. Para él, las mujeres eran sólo caprichos de unas cuantas horas.

—No, déjala. Que se vaya con su madrileño.

Se echó a reír. Gonzalo Belda lo imitó y luego le preguntó:

—¿Qué harás ahora? Seguirás con lo tuyo, ¿no?

Péternac lo miró bizqueando a través del humo del local.

—No. He pensado en dejarlo.

—¿Y qué harás?

—Buscaré algo por ahí –contestó–. En cinco años se piensa mucho, ¿sabes? Yo sé que la droga es una mierda, siempre lo he sabido. Pero ahora creo que también es una mierda ayudar a repartirla. Hay un montón de cretinos que se han quedado tiesos porque yo he hecho negocios con ellos, ¿entiendes? Ya sé que la culpa es de ellos, que quien no quiere meterse en la droga pues no se mete y ya está. Pero, ¿qué pensarían sus familias? Me matarían, si pudieran. Tenlo por seguro. Me acusarían con el dedo. Mucha gente ha muerto por mi culpa.

—Si no lo hubieras hecho tú, lo habría hecho otro.

—Sí, ya lo sé. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que yo tengo mi parte de culpa.

—Si piensas así, ya no puedes ser un camello.

—Por eso quiero dejarlo. El lunes empezaré a buscar curro. Hay tíos que me deben favores. Quién sabe. A lo mejor alguno de ellos tiene un trabajillo para mí.

—Si me entero de algo, ya te lo diré. En la oficina somos muchos. Correré la voz. Oye, si necesitas algo, ya sabes, un poco de pasta o algo así…

—No, no –sonrió–. Tengo unos ahorrillos. De momento me sirven para ir tirando.

—¿Seguro?

—Seguro –contestó–. Además, tu mujer y tu hija lo necesitan más que yo. Por cierto, Nuria debe de estar ya muy crecidita, ¿no?

—Imagínate. El año pasado hizo la comunión. Oye, ¿por qué no vienes una noche de estas a cenar? Isabel estará encantada.

—Hecho –asintió–. ¿Sabes una cosa? A veces me das envidia.

—¿Envidia?

—Sí, ya sabes, tienes familia y todo eso.

—Joder, Péternac. Tú sí que das envidia. Hoy una mujer, mañana otra…

—Sí. Pero no tengo a nadie, ¿entiendes? Nadie me espera en casa. –Sacudía la cabeza como si alejara fantasmas–. Me gustaría que lo de Pilar hubiese funcionado, ella era diferente. Quería pedirle que se viniese a vivir a mi apartamento. ¿Qué te parece? Yo, queriendo instalarme con una mujer. Increíble, ¿eh? –Sonrió con tristeza–. Creo que por eso maté a aquel hijo de puta. Porque era un peligro. Si Pilar no me hubiese importado, habría dejado que aquel tío me gritara todas las amenazas que le hubiese dado la gana y

luego lo habría mandado a tomar por saco. Pero amenazó a Pilar, ¿entiendes? La amenazó y me puso a cien.

—Pues llámala.

—No, déjala.

—Ella no sabe cómo piensas ahora. Llámala y dile lo que me estás diciendo a mí. Tienes que entender que debió de acojonarse mucho en aquel aparcamiento. Quizás pensó que corría peligro a tu lado.

—A tomar por culo, Gonzalo. ¿Sabes cuántas veces me llamó a la cárcel?

—Ninguna, ya lo sé.

—Ni una vez.

—Ya lo sé.

—Ni una puta vez –repitió. Luego, intentando sacudirse de encima el recuerdo de Pilar, puso una mano en el hombro de Gonzalo Belda y cambió de tema–. Oye, ¿por qué no vamos al *Oriente?*

Gonzalo Belda sonrió.

—¿Hablas en serio?

—Pues claro. Tengo ganas de pillar alguna tía. Todavía se liga por allí, ¿no?

—Sí. Pero yo soy un tío casado.

—Claro, claro. Un tío fiel, ¿eh? Bueno, Isabel se lo merece, de todas formas. –Apuró la cerveza de un trago y apretó con más fuerza el hombro de Gonzalo Belda–. Pues me acompañas, tomamos un par de copas y luego te vas a casa.

Oriente hervía de sexo fácil, de acuerdos mutuos sin compromiso, de aventuras que comenzaban y terminaban la misma noche sin más ceremonia que la indispensable. Péternac y Gonzalo Belda llevaban media hora mirando y siendo mirados cuando Péternac se fijó en dos mujeres que habían entrado en el local y se acercaban con indecisión a la barra, sonriéndose entre ellas con un gesto de vergüenza o duda. A Péternac le atrajo que parecieran poco habituadas a moverse por aquellos ambientes. Una era guapa, alta y morena. La amiga, aunque no era fea, quedaba descartada.

—Mira qué par –le dijo a Gonzalo Belda, que estaba pidiendo una segunda ronda de whiskies.

—Pues ya sabes. A por la morena.

—Tienes buen ojo.

Gonzalo Belda sacudió la cabeza y se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—De nada, que sigues siendo el mismo. La cárcel no ha borrado tu vocación de donjuán.

—Claro que no. Y ahora tengo más hambre que nunca.

—¿Sabes una cosa? Tendrías que conocer a una que trabaja conmigo. Una tal Sandra. Eso sí que es una mujer.

—Un día me la presentas.

—Olvídate. Está casada.

—No soy celoso. –Le dio un codazo y señaló a las dos mujeres, que se habían instalado en la barra a pocos metros de distancia–. ¿Qué me dices? ¿Las invitamos a una copa?

—Tú verás.

—Me entretienes a la amiga, y yo me ligo a la morena.

—Péternac, lo tuyo no tiene remedio.

Péternac inició la aproximación adecuada. Utilizó las palabras justas, con una naturalidad que resbaló entre ellas como una caricia. Una vez le dijeron que daba la sensación de que hechizaba a las mujeres, de que no les hablaba sólo con la boca, sino también con los ojos y las manos y el aliento mismo, como si todo él fuera un deseo ineludible, como si sus palabras o sus gestos se trabaran como finos hilos de seda que la víctima sólo descubría cuando ya estaba enredada en ellos. Péternac se sentía en esas ocasiones como una serpiente o una araña, un cazador de instantes que conocía tan bien a su presa que el fallo era imposible. Se movía con la delicadeza de un hombre para quien las mujeres no son más que un juego, una delicadeza ficticia y amañada, un trampa preparada cuidadosamente con piropos elegantes y palabra fácil, sin gestos aparatosos o vulgares.

Antes de una hora, la morena alta y atractiva se había decidido a invitarlo a su casa. Péternac sonrió a Gonzalo Belda y éste desapareció. Nadie supo dónde se fue la amiga de la morena.

Se sentaron en el sofá, pero la mujer se levantó a servir unas bebidas en cuanto notó que Péternac reducía distancias. Su mano derecha se quedó flotando donde debería haber estado la pierna de la morena. Hostia, pensó, esta es de las que hay que trabajárselas. La mujer volvió con las bebidas. Sonreía; tal vez estaba un poco nerviosa o se sentía violenta. Quizás estaba habituada primero a cortejar o a ser cortejada y el rápido ritmo de las convenciones del *Oriente* la había desconcertado.

—¿Tu amigo se habrá ido con Susana? –preguntó.

Péternac apretó los dientes. Detestaba aquel momento de la noche, hablar por hablar, retrasar lo inevitable con trivialidades que

no interesaban a nadie.

—No creo –respondió.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Se inclinó hacia la mujer y la besó con suavidad en la mejilla, una vez, dos, tres, acercándose a sus labios. Ella se apartó ligeramente y dijo:

—Pues Susana acaba de dejar a su marido hace poco.

Péternac suspiró hondo. No iba a decir una sola palabra sobre el asunto. Las mujeres podían pasarse horas hablando sobre desengaños de amor y cosas por el estilo, y él no deseaba hablar. De hecho, pensaba que ya habían hablado demasiado.

—Mira –dijo, dispuesto a explicarle cómo funcionaban las cosas en *Oriente* y lo que buscaban quienes iban allí–. Todos los que…

—Él era un machista, ¿sabes? –añadió ella–. Le hacía la vida imposible a Susana. Un puerco machista.

—¿No crees que…?

—Oye –dijo de pronto, como si acabara de ocurrírsele una gran idea–. ¿Has visto alguna vez el apareamiento de la mantis religiosa?

Péternac la miró como si hubiese dicho una grosería. ¿El apareamiento de la mantis religiosa? ¿A qué coño venía esa pregunta? ¿Dónde se suponía que tenía que haber visto él a un par de esos bichos dándole al asunto? ¿Acaso pensaba que se dedicaba a la zoología o algo parecido?

—No –contestó.

—¿Te gustaría verlo?

—¿Ahora?

—Ahora –sonrió, y se levantó del sofá.

Péternac frunció los labios. Aquella morena era más que una mujer difícil; era alguien que no tenía escrúpulos en retrasar el sexo o sustituirlo por un documental de bichos. Lo mejor sería marcharse; cualquier excusa serviría. Volvería al *Oriente* y se buscaría a otra menos habladora o más decidida. Pero entonces vio que la morena no encendía la televisión ni preparaba ninguna cinta de video, sino que salía del comedor y desaparecía por el pasillo. Se revolvió en el sofá y se acabó el whisky de un trago. Era probablemente la primera vez que se tomaba hasta el final esa copa que los amantes proponen como excusa. ¿Adónde habrá ido?, se preguntó. Se puso en pie y caminó unos pasos. Quería irse, pero algo en aquella morena lo retenía; era distinta a las que acostumbraban a darse una vuelta por el *Oriente*. Tenía… ¿estilo? ¿Carácter? No supo definirlo. Se parece a Pilar; tiene algo. Entonces intentó imaginarse a la morena ocupando el espacio de Pilar, intentó imaginársela instalada en su apartamento, o a él en su piso,

y se preguntó si también ese pensamiento formaría parte de su intención de cambiar de vida. Buscarse otro trabajo tal vez no sería suficiente para completar el cambio; quizás sería necesario llevarlo a otros terrenos, como el sentimental, por ejemplo, y olvidarse de ese frenético donjuán que llevaba dentro. ¿Y si la morena resultaba ser la mujer de su vida? Sonrió al pensarlo. Cuando ella regresó al comedor, Péternac observó que había cambiado la expresión de su cara; parecía más relajada. Tanto mejor, pensó, y se acercó con intención de volver a besarla y de abrazarla; de abrazarla no como un gesto de cariño, sino para que no pudiera retirarse. Pero, cuando ya la estaba rodeando con los brazos, ella dio un paso atrás.

—¡Cuidado con las cajitas! –exclamó.

Péternac contuvo las ganas de soltar una maldición o un insulto, mientras la mujer alzaba las manos y le mostraba con cuidado dos pequeñas cajas. Se había quedado a medio camino de ninguna parte, respirando la frustración, tratando de dominar el deseo de revolcar a la morena encima del sofá o de la alfombra. Se acordó una vez más de Pilar y no pudo evitar la comparación; Pilar no tenía los ojos tan bonitos. La morena lo miraba sonriendo por encima de las pequeñas cajas de plástico.

—¿Sabes qué hay aquí dentro?

Péternac contempló las cajas, los orificios diminutos abiertos en la parte superior. Recordó las cajas de zapatos que agujereaba de niño para guardar los gusanos de seda.

—No será uno de esos bichos.

—Sí, una mantis.

—Creía que lo íbamos a ver por la tele.

—Por la tele es muy aburrido.

Dio media vuelta y dijo:

—Ven.

La siguió hasta un salón lleno de libros y butacas. Había plantas en el suelo y otras colgando del techo; un ambiente tropical o selvático, nada urbano, con cortinas de papel o de seda y biombos con grabados chinos. Péternac olió la fragancia suave que se desprendía de los rincones poco iluminados. Había una lámpara en alguna parte, entre las plantas que caían del techo, un foco de luz blanca pero suave, como un pedazo de luna.

—No tendrás un criadero de esos bichos, ¿no? –preguntó.

—No –contestó ella. Dobló las hojas de un biombo y señaló hacia una urna de cristal–. Acércate.

Péternac se acercó, mientras miraba alternativamente el terrario y a la morena. Pensó en los terrarios del zoológico, con serpientes enroscadas o iguanas pegadas a los cristales. Pero, cuando lo observó de cerca, le pareció que aquél estaba vacío, que no había

nada en su suelo pedregoso, salvo matojos de hierbas y un trozo de tronco retorcido y seco.

—Muy bonito –dijo.

Había impaciencia en su voz; ganas de terminar con aquel numerito y dedicarse a lo que realmente habían venido. Entonces se preguntó si acaso aquella mujer no habría ido al *Oriente* en busca de algo distinto del sexo. Tal vez sólo quería a los hombres para hablarles de sus bichos. No puede ser, se dijo, menuda mierda.

Ella le enseñó una de las cajas.

—Aquí dentro hay hormigas, y en el terrario hay una mantis.

Péternac miró el terrario.

—Yo no la veo.

—Ya lo sé.

Con movimientos rápidos a los que parecía acostumbrada, la morena metió la caja de plástico por la obertura superior del terrario y la volcó sobre las piedras para vaciarla. Las hormigas comenzaron a caer; eran media docena de hormigas rojas. La mujer sacudió un poco más la pequeña caja; cayeron otras hormigas. Luego retiró el brazo y cerró el terrario.

—¿Qué pasa? –preguntó Péternac.

—Ya verás. Tú mira las hormigas.

Péternac observó con atención. Los insectos, después de unos segundos en que parecían desconcertados, comenzaron a olisquear el aire con sus antenas, a tantear el terreno pedregoso con sus patas múltiples, y enseguida se lanzaron a una veloz carrera zigzagueante. Algunas treparon al pedazo de tronco o buscaron las plantas como refugio, otras se quedaron al descubierto, correteando de un lado para otro, como si buscaran alimento entre las piedras o no supieran hacia dónde dirigirse.

—Presienten el peligro y huyen –dijo la morena–. Pero no hay huida posible. Pueden esconderse unas horas, un día tal vez, pero al final mueren. Siempre mueren.

Lo que faltaba, pensó Péternac, ¿qué hago yo mirando bichos un viernes por la noche con una tía loca en lugar de follármela? Quizás los cinco años de cárcel habían mermado sus facultades. Años atrás, ya hubiese tenido a la morena en la cama. Sin embargo, esa noche, no sólo había sido incapaz de evitar su palabrería en el sofá y conseguir besarla, sino que además ahora lo entretenía enseñándole un montón de hormigas como a un niño. Automáticamente, se acordó de un primo suyo que de pequeño coleccionaba arañas y escarabajos pinchados en alfileres. Las paredes de su cuarto aparecían llenas de animalejos; tenía incluso un escorpión africano. Estaba un poco chalado, recordó, a lo mejor la morena también lo está. Desde luego, había que estar un poco chiflado para que a uno

le gustaran cosas como la mantis religiosa y, además, tenerlas vivas en casa. ¿Y qué pintaban esas hormigas rojas correteando por el terrario y que, según la morena, estaban destinadas a morir? ¿A morir cómo? ¿Devoradas por la mantis? Forzó la vista: Pues yo no veo a la puta mantis por ningún sitio. La mujer lo invitó a acercarse más al terrario; colocó un par de sillas. Péternac se sentó con resignación. Ya estaba claro que no conseguiría nada de la morena hasta que ella no hubiese cumplido su deseo de enseñarle los bichos.

—Mira –insistió ella.

Péternac tenía el rostro a un palmo del cristal del terrario cuando apareció el insecto mayor, el cazador. Surgió de repente, como si un segundo antes ni siquiera hubiera existido y acabara de nacer.

—Ahí la tienes –susurró la morena, y su voz se parecía a algo que hubiese caído de las plantas que colgaban del techo, algo suave, cosquilleante.

Péternac arrugó el ceño. La mantis se había plantado sobre el tronco retorcido y se quedó allí unos instantes, con las patas delanteras alzadas, escudriñando el aire con su cabeza triangular y sus ojillos negros. Sus movimientos resultaban extraños, en cámara lenta; no se correspondían con la rapidez con que había aparecido. Daba la sensación de que sólo estaba pasando el rato, indolente. Pero, de pronto, se impulsó con sus patas traseras y cayó con agilidad depredadora sobre una de las hormigas rojas que seguía dudando en el centro del terrario. Péternac pudo ver cómo el insecto se debatía bajo la mantis, bajo sus poderosas patas en forma de sierra, que apresaban como sólo apresa la muerte. La mantis giraba la cabeza triangular a un lado y a otro, haciendo rodar sus ojos negros, dejando claro quién mandaba allí. Cuando la hormiga apenas se movía, la mantis se inclinó y le arrancó medio cuerpo de cuajo.

—Hostia –suspiró Péternac.

—Fascinante, ¿eh?

—Sí, fascinante.

No se lo parecía en lo más mínimo; más bien le parecía repugnante, y, sobre todo, inadecuado para aquella velada. Ninguna pareja malgasta la noche del viernes viendo cenar a una mantis.

La mantis dio otro salto, igual de veloz y certero que el anterior, y cayó sobre una nueva presa.

—Una cazadora impresionante, ¿verdad?

Péternac permaneció callado.

—Ahora viene lo mejor –añadió ella–. Te acuerdas de que te hablé del apareamiento, ¿no?

Péternac asintió, miró los ojillos negros de la mantis, cabezas de alfiler cuyas puntas asomaban por la boca y se iban clavando en los abdómenes y cabezas de las hormigas que despedazaba sin misericordia. Para Péternac aquello no tenía nada que ver con la lucha por la supervivencia en el reino animal; se trataba de un burdo espectáculo de circo o de laboratorio, algo en lo que recrearse y pasar el rato. Por supuesto, mucho peor que aquel primo suyo que coleccionaba insectos y los colgaba de las paredes de su cuarto.

La mujer se levantó de la silla y volvió poco después con otra caja. Se la enseñó a Péternac.

—La del terrario es la mantis hembra –dijo–. Y aquí dentro, en esta cajita, está el macho.

Y, como si sobrara cualquier otra explicación, metió la caja en el terrario y la volcó, aunque no en el centro, sino detrás del tronco reseco. Al principio, Péternac no le prestó demasiada atención al nuevo inquilino del terrario; seguía buscando hormigas que hubiesen sobrevivido a la carnicería. No encontró ninguna. La última la había visto hecha jirones en la boca de la cazadora, que ahora, en el centro del terrario, erguida y saciada, jugaba con sus patas en forma de sierra o quizás se las limpiaba.

—¿Sabes por qué la llaman la mantis religiosa?

—No –contestó. Casi no escuchaba.

—Porque cuando está en reposo, sus patas anteriores son como manos en actitud de rezar. También la llaman Santateresa, La Rezadora, Campanero o El Caballito del Diablo.

Los nombres bailaron sin orden en la cabeza de Péternac como sinónimos de muerte, de devastación. El caballito del diablo. Ése parecía el nombre más adecuado. Observó a la mantis hembra, que se había quedado quieta y ya sólo movía las antenas.

—Ha detectado la presencia del macho –informó la morena.

La mantis hembra dejó entonces de mover las antenas y permaneció absolutamente inmóvil. Péternac pensó que era una inmovilidad desagradable, una calma traicionera, como un foso disimulado con hierbajos. La mantis macho, de un color marrón tan claro que parecía casi transparente, olisqueó el aire con parsimonia sin abandonar la seguridad del tronco retorcido. Sólo después de haber examinado el terreno, comenzó a moverse muy despacio, afianzando las patas sobre las piedras, basculando con la cabeza. La hembra esperaba, estatuaria. El macho continuó con su avance cauto y lento, tan lento que había que fijarse mucho para percibir que se estaba moviendo realmente. Tenía asumida su responsabilidad en aquel envite y medía los pasos para que todo sucediera sin fisuras. Sabía que un error en los preliminares tendría

para él consecuencias irreparables. El apareamiento debía realizarse con estricta perfección; nada de prisas. El macho podía morir antes de la cópula si no cortejaba correctamente a la hembra.

Nada de prisas, pensó Péternac, y se apartó un poco del cristal porque lo estaba empañando con su aliento. Le sorprendió que el hecho de llevarse a la morena a la cama comenzara a parecerle una cuestión secundaria. Quizás tenía que resignarse a la idea de que sería ella quien decidiera el cómo y el cuándo, del mismo modo que la mantis hembra lo estaba decidiendo en el terrario, que continuaba quieta porque le apetecía, no porque el macho la obligara. Aquella obligación de permanecer pasivo lo exasperaba, no era su estilo, no se sentía cómodo.

El macho llegó a la altura de su pareja y, con la misma lentitud con que se había aproximado, trepó a su lomo. Tardó más de un minuto en colocarse encima, calculando cada movimiento porque su vida dependía de un milímetro bien o mal ejecutado. La hembra parecía aceptarlo, pero persistía en una inmovilidad tan completa que daba la sensación de no participar del idilio.

—Él lo está haciendo bien –susurró la mujer.

Y yo no, pensó Péternac. El macho apoyó las patas traseras en el suelo y montó a la hembra agitando las antenas en el aire, revolviendo los ojillos negros.

—No dejes de mirar –advirtió la morena, y apoyó un brazo en el hombro de Péternac–. No dejes de mirar ahora.

Péternac obedeció. La hembra se movió por primera vez desde que el macho la montara. Hizo rodar sus ojos sin fondo, luego agitó suavemente las antenas, quizás lo suficiente para calcular el movimiento exacto, y, por último, se revolvió con ferocidad y atacó. En un instante pasó de la pasividad más absoluta al instinto asesino con que había eliminado a las hormigas. Fue un cambio mortal. El macho ni siquiera la vio venir. Le arrancó la cabeza de un sólo tirón y la masticó.

—Joder –dijo Péternac.

La hembra sostuvo con las patas delanteras el cuerpo decapitado del macho, abrazándolo como si tratara de bailar con él, y enseguida volvió a atacar. Esta vez mordió directamente en la base del cuello y lo desgajó del resto del cuerpo. El macho seguía vivo, no parecía querer defenderse; sólo movía arriba y abajo las patas anteriores, aunque no con pánico, como habían hecho las hormigas, sino con serenidad. Como si rezara.

—Bodas sangrientas –dijo la morena. Esta vez su voz fue como una astilla, una astilla de alguno de aquellos biombos con grabados chinos.

—¿Qué?

—Bodas sangrientas –repitió. No se miraban; hablaban sin apartar los ojos del terrario–. Así llaman a la cópula de la mantis.

Claro, pensó Péternac. ¿De qué otro modo podía llamarse? La hembra hurgó otra vez en el cuerpo del macho, atacando con su cabeza triangular, y le amputó el ala derecha.

—Se lo está comiendo –susurró Péternac.

—Así es –contestó la morena, y él sintió su aliento muy cerca, en la mejilla. Pero no se atrevió a volverse para besarla; no hasta que besara ella–. Así actúa la mantis religiosa –prosiguió–. El macho termina con su misión. No importa que la hembra lo vaya devorando. De hecho, tiene que suceder así. Él está dotado de genes que le permiten llevar la cópula hasta el final a pesar de las amputaciones. La naturaleza se encarga. ¿No es asombroso?

Péternac observaba cómo la hembra zarandeaba el cuerpo seccionado del macho, apenas un jirón irreconocible de piel y líquidos, un nudo de patas muertas que ya no rezaban, y aquella brutalidad asesina de la mantis no le pareció asombrosa, sino simplemente innecesaria. Hay otras formas, pensó, tiene que haberlas. Y entonces recordó a aquel hijo de puta amenazándolo en el aparcamiento. No es lo mismo, se dijo. Pero sí lo era. También aquella brutalidad asesina que lo arrastró a él a empuñar el 38 especial había sido innecesaria. Había apretado el gatillo contra el pecho de aquel hombre con la misma facilidad con que la mantis había decapitado al macho. Nadie había pensado en alternativas. Aquel hijo de puta sólo tenía el mono, no sabía lo que decía. Estaba fuera de sí. Era peligroso. Amenazó a Pilar. ¿Y qué? Tuve que matarlo. ¿Por qué? ¿Por si acaso? Qué estupidez. No se mata a nadie por si acaso.

—¿En qué piensas? –preguntó la morena.

—En nada.

Hubiese querido apartar los ojos del terrario, de la mantis hembra que se acababa de ocultar en el tronco reseco, pero no lo hizo hasta que la mano de ella lo cogió por el mentón y lo obligó a mirarla. Los labios de la mujer lo sorprendieron al tocar los suyos. Se quedó un momento desconcertado, como si no entendiera aquel gesto o nadie le hubiese explicado lo que era un beso. Reaccionó cuando ella metió la lengua en su boca, pero no pudo sacudirse de encima el recuerdo cenagoso de aquel pecho hundido a tiros ni el del cuerpo aniquilado a mordiscos. Se dejó llevar, se sentía incapaz de tomar iniciativas o buscarlas. Pensó en el malogrado macho del terrario y, por un instante, oscuramente, se identificó con él.

En el dormitorio, la morena comenzó a quitarse la ropa; después lo desnudó a él, lo tumbó sobre la cama y se perdió entre sus piernas. Péternac miraba aquella cabeza, aquel pelo negro, y

comenzó a sentir que, poco a poco, iba recuperando el dominio de sí mismo. Sólo aquella mujer importaba, sólo ella y lo que le estaba haciendo y lo que él podía hacerle, sólo aquel dormitorio y aquella cama; lo demás era innecesario. Por fin estaba donde había querido estar desde que vio a la mujer entrando con su amiga en el *Oriente*.

Se estiró de placer mientras aquella lengua seguía explorándolo, y entonces, al echar la cabeza atrás, descubrió la figura sobre la mesilla, una gran figura de porcelana o quizás mármol, una pieza valiosa. Era una mantis erguida sobre sus patas traseras en actitud de ataque, tan grande que recordaba un caballo. Péternac pensó en el horror del terrario y desvió la mirada para seguir disfrutando con la morena, pero encontró una figura idéntica en la otra mesilla. Imposible ignorarlas. Y en aquel momento descubrió también, con la amargura de quien advierte que ha caído en una trampa, la serie de fotografías enmarcadas que colgaban de la pared, instantáneas realizadas en macro, probablemente hechas en aquel mismo terrario, que recogían cada una de las fases de aquel apareamiento sangriento que seguía repitiéndose una y otra vez en su cabeza. Está verdaderamente chalada, pensó, y se acordó de nuevo de su primo, que también lo estaba, que a veces dormía con tarántulas disecadas encima de la almohada como si fueran sus muñecos de peluche. Hizo una mueca e imaginó la cama llena de mantis.

Ella montó encima de él; lo sometió a sus movimientos, a su ritmo, a sus caderas caprichosas. Péternac intentó dejarse llevar, imaginar que aquella parafernalia de la mantis la excitaba, que tal vez sin ese espectáculo sería incapaz de entregarse a un hombre. Por eso me ha invitado a su piso, razonó, y se tranquilizó un poco, en el sexo todo vale, pero enseguida pensó en la posibilidad real de que la morena fuera una perturbada. Aquella afición u obsesión por la mantis no era normal; el terrario, las figuras sobre la mesilla de noche, las fotografías en la pared… Quizás la obsesión de la morena llegaba hasta el punto de querer convertirse en uno de esos animales que tanto la atraían. Quizás lo que deseaba ser o, peor aún, lo que creía ser, era una mantis religiosa, una mantis con su brutalidad asesina y con su macho convenientemente dispuesto y atrapado para devastarlo a mordiscos.

La morena se movía con agilidad; su cuerpo estaba allí para ser abordado sin miramientos. Pero Péternac supo que ya no podría desprenderse de aquella carga de imágenes que, por primera vez en su vida, lo estaba negando como amante. Yo soy el macho, pensó, y se preguntó cómo sería perder la cabeza de un tirón, qué se sentiría al ser decapitado por la misma mujer que te está amando, o cuando te meten tres tiros a bocajarro; qué tipo de dolor podía sentir una hormiga a la que parten por la mitad. Siguió pensando hasta que su

cerebro se transformó en un desorden de miedos y amenazas, hasta que la morena se colocó debajo suyo y le pidió que la reventara, que se la metiera hasta el fondo. Obedeció con la sensación de que no habría podido hacer otra cosa aunque hubiese querido. La empujó una y otra vez contra el cabezal de la cama y, mientras lo hacía, no podía evitar espiar de reojo las mantis que dominaban las mesillas de noche. La morena le clavó las uñas en la espalda y le rogó que siguiera, que no se detuviese, y él la complació sin dejar de pensar en las patas de sierra de la mantis. Al cabo de un rato, ambos saltaban sobre la cama como dos animales entregados a una cópula irracional y salvaje.

—Ya, ya, ya, ya… –jadeó la morena.

Y Péternac la acometió con más ímpetu, buscando con ansia su propio final, sudando y jadeando, mirando los insectos de las mesillas. En este momento perdió la cabeza el macho, pensó de repente, y, con un gruñido, explotó con rabia dentro de la morena. Al mismo tiempo, ella se irguió y le mordió en el cuello.

Péternac sintió la presión de aquellos dientes y pensó en las mandíbulas de la mantis, en sus ojillos negros y rigurosos, en su instinto criminal, en aquellas hormigas que habían muerto sin poder defenderse; pensó en aquel hijo de puta amenazando a Pilar en el aparcamiento y volvió a verse a sí mismo con el 38 especial en la mano. Entonces salió atropelladamente de la mujer, agarró la figura de la mesilla que tenía más cerca y la alzó por encima de la cabeza. La sensación fue la de estar acariciando otra vez el gatillo contra el pecho de aquel desgraciado. La morena lo miraba sin comprender. Péternac agarró con más fuerza la figura. Quizás no quería hacerlo, pero se estaba defendiendo. Descargó el brazo y golpeó la cabeza de la mujer; saltó la sangre. Por si acaso, se dijo, por si acaso. Ella intentó decir algo, pero al segundo golpe se le cerraron los ojos. Me ha mordido, coño, se gritó él, me ha mordido. La mantis de porcelana cayó por tercera vez desde lo alto y el agujero en la cabeza de la morena se volvió más grande. Ella murió entonces, entre el tercer golpe y el cuarto. Los demás sólo sirvieron para borrarle la cara.

PROBABILIDAD DEL ARTISTA

Como sueño era curioso porque estaba
lleno de olores y él nunca soñaba olores.
Julio Cortázar

El problema es la puerta, piensa Leo LeBruc. Primero es un estorbo físico, real; luego, de repente, parece sólo una manía de artista; otra de esas manías a las que ya se ha acostumbrado y que tiene que superar cada vez que empieza un cuadro. Es una verdadera estupidez, piensa, aunque sabe que no lo es, que los artistas maduran precisamente con esas nimiedades, de no saber si darle vida a una flor o quitársela, de ignorar con qué tonalidad vestir el azul de un cielo o de qué lado tiene que venir la luz en un retrato. LeBruc está habituado a tomarse muchas molestias con esas estupideces porque cierto día se convirtió en un pintor de renombre y ya no puede decepcionar. Cada cuadro tiene que superar al anterior. Es la única manera que conoce de ser honrado consigo mismo. Hace años que sus obras se venden con regularidad y éxito en las galerías de arte, aunque nadie conseguiría imaginar cómo las pinta.

Fuera del estudio está amaneciendo. El sol aún tenue entra por la única ventana y acaricia media cara de LeBruc, que reflexiona sentado en un taburete bajo. Tiene el caballete frente a él con la tela dispuesta, la paleta sobre la caja de pinturas, los pinceles impacientes, como él mismo, pero no podrá comenzar a pintar hasta resolver el problema de la puerta. Se remueve en el taburete giratorio y contempla la tela que lo aguarda. Ignora por qué lo obsesiona la idea de pintar el salón de casa de sus padres, donde él

pasó muchas tardes tumbado sobre las gruesas y mullidas alfombras cuando era niño, garabateando en sus cuadernos de dibujo y soñando con el pintor que sería un día. Tiene el contenido del cuadro perfectamente claro: el hogar con enmarques de mármol y bronce, las alfombras, los muebles grandes y pesados… Sólo una cosa le falla: la puerta del despacho de su padre. No sabe si dibujarla abierta o cerrada. La puerta se encontraba al fondo del salón y, según sus cálculos, quedaría encuadrada en el centro del lienzo, pero sólo sería un detalle de fondo, un simple apoyo a la imagen central. ¿Seguro? Entonces, ¿por qué esta duda, si únicamente se trata de un pequeño detalle? Una verdadera estupidez, se repite, y sonríe con esperanza, porque los años le han demostrado que cuanto mayor parece la estupidez, mayor es el esplendor final del cuadro.

Se levanta, camina a un rincón del estudio y escoge un tinto del botellero. Palpa su cristal turbio y polvoriento; lo acaricia. Busca el sacacorchos y elige una copa. Intenta recordar cuándo comenzó su afición por los mejores vinos, pero no lo consigue; su memoria está como en blanco. Se sirve media copa. El vino le baja con suavidad por la garganta; es un Rioja Gran Reserva, un Excelso 64, de lo mejor de su bodega; un vino para paladares exquisitos. Apura la copa y se sirve otra. Bebe lentamente, sentado de nuevo en el taburete, con los ojos cerrados. Este Rioja sabrá muy bien qué hacer con la puerta, piensa. Deja la copa en el suelo y percibe cómo su mano busca los pinceles, los tantea, elige uno. A continuación prepara la paleta y los tubos de pintura; de momento sólo unos pocos colores. Se sirve otra copa y se entrega al vino de un solo trago. Luego se inclina sobre el lienzo e inicia los bosquejos.

Trabaja durante horas, hasta que se queda dormido en el taburete, fatigado, los brazos colgando a los costados, embadurnado de pintura y sueños.

Vuelve a ser niño. Su madre y él acaban de regresar de unas cortas vacaciones en casa de unos parientes. Llega impaciente por ver a su padre de nuevo. Sueña que corre alborozado por el salón, que lo llama a gritos. Pero, cuando intenta entrar en su despacho, la puerta se abre un palmo y se encalla. Empuja con todas sus fuerzas, pero su cuerpecito apenas consigue nada. Entonces retrocede y, difusamente, intuye algo tras la puerta, algo que se resiste a ver y que se emborrona en la oscuridad del despacho. No quiero verlo, se dice, no quiero verlo.

Abre los ojos. El alivio lo hace babear. Siente el sabor pesado del vino en la boca. Se despereza, sus huesos crujen. Finalmente, mira el lienzo.

—Entreabierta –susurra cuando observa con atención el cuadro,

cuando ve el salón recargado de muebles, alfombras y cortinajes, cuando descubre la puerta que, después de todo, no ha quedado abierta ni cerrada, sino simplemente entreabierta. Tras ella se adivina la oscuridad del despacho de su padre.

El lienzo desprende una realidad que lo turba. Posee esa media luz que invadía el salón en las sobremesas de finales de verano, casi pueden tocarse las motas de polvo que bailotean en los regueros de luz. LeBruc busca la botella que descorchó por la mañana. La encuentra vacía junto a sus pies descalzos. Se acerca al botellero y elige un Vega Sicilia del sesenta y dos, de la Ribera del Duero, veterano y con carácter, algo que le estimule su espíritu creativo. Comienza a beber muy despacio, sin prisas.

Al principio le había costado admitir que lo necesitaba, que necesitaba aquel peso en el paladar para sacar algo del alma y ser capaz de reflejarlo en colores, pero con el tiempo lo fue asumiendo. No se considera un borracho, sino un caprichoso de los vinos, de su historia. Compra los mejores, y los consume sólo cuando intuye un buen cuadro, cuando la estupidez se agiganta y le dice que aquél no va a ser un lienzo más, sino el digno sucesor del anterior. Pinta a buen ritmo, pero sólo da por buenos tres o cuatro cuadros al año; el resto los arrincona en el estudio.

Cuando emerge de sus pensamientos, advierte que en la botella apenas queda para una copa. Decide pintar otra vez el cuadro, desde el principio: el mismo salón, la puerta de nuevo entreabierta, pero ahora pondrá luz en el despacho de su padre. Está tan oscuro allí dentro, piensa. Se revuelve, el taburete gira con él. Busca otra botella.

Mezcla los colores incansablemente. Durante horas no conoce el paso del tiempo ni lo que está haciendo. Se mueve por impulsos, como un órgano con vida que no tiene ojos ni capacidad de pensar, como el corazón que late una y otra vez pero sin conciencia. Al terminar, cae en redondo, extenuado. El taburete, la paleta y los pinceles ruedan por el suelo, lo manchan todo de pintura.

Los sueños lo acosan. Vuelve a ser el niño frente a la puerta entreabierta del despacho de su padre, un niño que está retrocediendo por miedo a lo que cree haber visto. Mira el interruptor de la luz. Se detiene. Se acerca otra vez a la puerta con precaución, observando de reojo la sombra que la atranca, vigilando las miles de diminutas sombras que corretean sobre esa sombra más grande. El interruptor queda demasiado alto para él. De puntillas, logra alcanzarlo con la punta de los dedos. El despacho se ilumina. La sombra y las miles de pequeñas sombras dejan de ser bultos imprecisos y oscuros. LeBruc no quiere verlos; se tapa los ojos.

Sale del sueño entre vapores de vino, con la impresión de que el

estudio es un barco zozobrando en un fuerte oleaje. No está borracho, sino terriblemente agotado. Parpadea, se lleva las manos a la cabeza y se apreta las sienes. Ha pasado toda la noche pintando; apenas ha dormido unos minutos. Afuera ya ha amanecido y el cuadro está terminado.

Abre bien los ojos, le arden. Busca el caballete. La belleza del cuadro lo sorprende; es una reproducción casi exacta del anterior. Esta vez, sin embargo, detrás de la puerta entreabierta, la luz que LeBruc ha incorporado al despacho de su padre permite ver parte de una librería, la mitad de una gran mesa de madera noble, unos diplomas colgados en la pared del fondo, las piernas, las piernas de alguien tumbado bocarriba, con el resto del cuerpo oculto tras la puerta a medio abrir. LeBruc, fascinado, se aproxima al cuadro. Las piernas, estiradas, están cubiertas por un pijama lila de seda, una zapatilla en un pie y el otro descalzo. Y, entonces, ve las sombras, diminutas sombras de patas múltiples, pinceladas con una destreza envidiable, surgiendo una tras otra por debajo de la pernera de los pantalones.

Pugna por aferrarse al taburete, pero ya no lo encuentra. Manotea frenéticamente, pero el taburete ya no está allí. Baja la mirada y siente el mordisco del pánico; el taburete no está allí porque él tampoco está sentado. Permanece de pie, de pie y mucho más cerca del suelo, a poco más de un metro, como si hubiese menguado. Cuando levanta los ojos tampoco encuentra el caballete, ni el lienzo, ni su estudio. Lo rodea una estancia más amplia, recargada de muebles; siente la alfombra bajo los zapatos. Traga saliva. Quiere gritar y se lleva una mano a la boca para no hacerlo, una mano que también parece más pequeña. Está en el salón de sus padres; su madre y él acaban de volver de casa de unos tíos lejanos, y él ha ido corriendo a buscar a su padre pero no puede abrir la puerta por culpa de aquellas piernas, aquellas piernas estiradas en el suelo que él sabe que son de su padre porque reconoce el pijama y la zapatilla. Empuja la puerta, pero ésta topa otra vez con el cuerpo inmóvil que hay detrás y se encalla. El problema es la puerta. Contempla de nuevo las piernas y las sombras que corretean por ellas, sombras que ya no son dibujos, sino arañas y cucarachas y moscas insoportablemente reales que entran y salen por la pernera de los pantalones en procesión, correteando por el pie descalzo, metiéndose entre los dedos.

Aterrorizado, LeBruc lucha por escapar una vez más de aquel sueño de infancia. Pero las imágenes no sólo no se desvanecen, sino que adquieren otra velocidad, otra textura. Cuando aquellos insectos empiezan a treparle por sus propios zapatos, aprieta los puños y hace un esfuerzo desesperado por despertar.

Por un momento cree que lo va a conseguir, porque tiene la sensación de ver de nuevo el cuadro que ha pintado, pero enseguida comprende que no está viendo el cuadro, sino la realidad. Entonces acepta que no despertará, que ya está despierto, que el sueño ha sido el otro; un sueño en el que ya era ese pintor famoso que siempre ha deseado.

—Pa… pá–tartamudea.

Da media vuelta y corre hacia la calle en busca de su madre, que se encuentra sacando el equipaje del coche. Al verla le entran ganas de llorar y desequilibra la boca. ¡Papá está muerto!, quiere chillar, ¡papá esta muerto y se lo están comiendo los bichos! Pero las palabras se le quedan dentro, le suben a la garganta convertidas en otra cosa.

—No quiero ser un borracho –solloza–, un borracho no.

Y, mientras llora y se aferra al cuerpo de su madre, decide que hoy mismo tirará todos sus cuadernos de dibujo a la basura y se olvidará de su sueño de ser pintor.

JUAN SIN MIEDO

El hombre que no tiene miedo, está perdido. Un día u otro caerá.
Louis Ferdinand Céline

Juan Sin Miedo. Ése era su verdadero nombre. No es broma. Si estuviera vivo podrían pedirle el carné para comprobarlo. Todos lo hacían; no se creían que alguien pudiera llamarse de semejante modo. Algunos incluso sugerían, entre risas, que el carné era falso y que aquello sólo podía tratarse de un chiste o de una tomadura de pelo. Le dijeron muchas tonterías. No importa. Su nombre era Juan Sin Miedo, y esto no es ningún chiste; nunca lo fue. Yo era amigo suyo y sé lo que sufrió con las bromas de mal gusto. La gente fue cruel con él; la gente siempre es cruel, no importa con qué. Hay quien sigue riéndose cuando hablo de él y pronuncio su nombre, pero quienes fuimos amigos suyos no nos reímos, porque murió con sólo veinticinco años, y yo sigo pensando que murió por culpa de ese nombre curioso y también estrafalario, ese nombre que todos pronunciaron siempre con intención de rechifla o provocación y que marcó a Juan como marcan a veces el lugar de nacimiento o el ambiente en el que uno crece. Juan se acostumbró a aceptar, ya de muy pequeño, las burlas de quienes no veían en él otra cosa que un nombre inaudito del que poder reírse. Para los compañeros de clase no fue más que un personaje curioso, como alguien tartamudo o a quien le falta un brazo, alguien contra quien dirigir las bromas crueles. ¡Juan Sin Miedo es un miedica! Juan Sin Miedo es un miedica! Se lo gritaban una y otra vez a la menor oportunidad, en el recreo o al terminar las clases; se lo cantaban a coro y sin que

viniera a cuento. ¡Juan Sin Miedo es un miedica! Juan Sin Miedo es un miedica!

Juan soportó aquella cantinela durante varios cursos; luego reventó. Una tarde, al salir del aula, lo encontré rodeado por algunos chicos de su clase. Me asusté. Pensé que iban a pegarle. No era la primera vez. Acabábamos de cumplir trece años y los chicos más agresivos ya no se conformaban con las burlas; fue una mala época. Pero al acercarme al corrillo me di cuenta de que era Juan quien tenía allí el mando, él quien gritaba.

—¡No soy un miedica! ¡Soy más valiente que cualquiera de vosotros!

—¡Demuéstralo!

De manera que lo demostró. Y lo demostró a lo grande. Dijo que era capaz de dejarse atropellar por un coche. Los demás no lo creyeron, de modo que lo acompañaron al arcén de la carretera 340 para seguir mofándose de él. Fui con ellos para no dejarlo solo; tampoco creía que Juan fuera a hacer lo prometido. Pensé que se trataría sólo de una bravuconada para que sus compañeros dejaran de hostigarlo durante una temporada. Pero cuando se colocó en cuclillas junto a la línea blanca que delimitaba el arcén del primer carril, dispuesto a esperar un coche, comencé a temer que Juan hiciese lo que realmente se había propuesto. Miré la carretera: un coche se acercaba a lo lejos.

—No lo hará –dijo uno.

—Claro que no.

Juan no escuchaba; sólo tenía ojos para el coche.

—¡Venga, Juan, apártate, tío! –le grité.

—¡Tú, calla! –me empujó uno.

—No soy un miedica –sentenció Juan–. Voy a demostrarlo.

Y entonces comprendí que, por un desafío estúpido, todos íbamos a perder a Juan Sin Miedo allí mismo. Dentro de un instante, aquel coche se lo llevaría por delante y lo haría pedazos. Lo único que se me ocurrió pensar fue que, al menos, una vez muerto ya no tendría que soportar los sarcasmos de nadie.

Esperó el coche y saltó. Lo hizo sin dudar, como si se arrojara a una piscina o a una cama elástica. Nos quedamos blancos. El coche le pasó por encima y lo arrojó treinta metros más adelante, contra la valla de protección. Cuando nos atrevimos a mirar, Juan ya se estaba levantando como si tal cosa. Sólo dijo:

—Creo que me he roto un brazo.

Fue a partir de entonces cuando ya nadie se atrevió a dudar de su valor. Pasó instantáneamente de víctima a héroe. No tengo miedo, manifestaba con orgullo, lo dice mi nombre. Empezó a decírselo a las chicas o cuando nos íbamos de juerga, con la ligereza

de un chiste o un juego de palabras. Pero, a fuerza de repetirlo un día tras otro, lo transformó sin darse cuenta en algo más trascendente y se limitó a usarlo sólo cuando tenía que resolver algún problema o enfrentarse a un contratiempo serio. Lo convirtió así en la semilla de un lema, en lo que sería su caparazón, y lo llevó con él a todas partes. No tengo miedo, lo dice mi nombre. Lo convirtió en su credo y, con el tiempo, en su epitafio.

Tres días antes de cumplir veinte años, fintó por pura casualidad a la muerte. Fue durante un permiso militar. Iban cuatro en un *Fiesta* negro, un mal presagio, demasiado hachís y también demasiada música en el coche, música con mucho ritmo, música *House*, estaba de moda por entonces, era imposible no bailar si uno la escuchaba, eso decían. Aquella tarde también quisieron bailarla ellos en los asientos del *Ford*, también quiso bailarla quien conducía, o quizás no pudo evitarlo; el ritmo es pegadizo. Juan iba en el asiento de atrás. Dijo que iban bailando todos cuando a Sánchez se le ocurrió adelantar al camión cisterna. Era una carretera de dos carriles. Sánchez saltó al carril contrario tarareando *Shadows of your love* y sacudiendo la cabeza como si estuviera en la barra de una discoteca; agarraba el volante con una sola mano y bebía cerveza a más de cien kilómetros por hora. Sólo fue un error de cálculo. Nada más. El hachís libera pero también entorpece. El camión que se les echó encima era tan grande que se hizo de noche de repente. El *Fiesta* fue barrido de la carretera con facilidad y convertido en un amasijo de hierros mientras el humo y la música se disolvían en el caos de la muerte súbita, cuando todo termina entre un latido y otro. Tres vidas fueron arrojadas al arcén de la muerte entre chirridos de hierros apelotonados y carne hecha jirones contra el asfalto. Todo fue muy rápido, me dijo Juan dos semanas después del accidente, pero también muy lento. Fue el único que se salvó en aquel tropiezo fatal a pocos kilómetros de casa. Éramos Bisas, añadió, nos daban la blanca a la semana siguiente. El equipo de bomberos tardó más de media hora en arrancar a Juan de los hierros. Media hora es mucho tiempo cuando uno sólo puede mover los ojos y sabe que tiene a tres amigos junto a él a quienes debería ver y sin embargo no ve porque han quedado debajo de los asientos o empotrados en el motor. Juan sólo vio a Sánchez. Vino a estrellarse contra mí, me contó, se quedó mirándome a la cara, había mucha sangre, estaba doblado de una forma…, no pude ver sus piernas. Supo que Sánchez estaba muerto porque tenía toda la botella de cerveza metida dentro de la boca; ni siquiera le dio tiempo a dejar de beber. A Sánchez lo sacaron en dos pedazos: las piernas se le habían quedado en el asiento delantero o en lo que quedaba de él, los pies en los pedales, el acelerador aún

pisado a fondo. Juan comprendió que si no mantenía la calma, el miedo lo acabaría matando. Así que cerró los ojos para no ver la cabeza de Sánchez en su regazo y se agarró a lo único que tenía: su caparazón, su lema, su nombre. No tengo miedo, lo dice mi nombre. Lo repitió quién sabe cuántas veces. Quinientos susurros, quizás mil. Un recurso fácil, pero le salvó la vida.

Aquella media hora ya no se le borró nunca de la cabeza. A veces hablaba del asunto, lo sacaba de improviso después de una noche de discoteca y cervezas, cuando el amanecer rompía el ritmo y ya no quedaba mucho por hacer.

—No me salvó la casualidad, tío –arrancó una madrugada.

—Venga, Juan, ¿nos tomamos la última cerveza?

—Ya sé que eso es lo que pensáis todos, la casualidad. Vaya chorrada. –Hablaba con muecas, pero sin rencor. Era más un monólogo que otra cosa–. ¿Sabes lo que pasó de verdad, Miguel? ¿Quieres saberlo? Pues que le gané un pulso a la muerte. Eso fue.

No era una forma de hablar o de hacerse el interesante. Lo decía con orgullo, absolutamente convencido.

—Es fácil echarle la culpa al azar –prosiguió–. Es lo más fácil. También lo hicieron los periodistas al escribir *un golpe de suerte*. Cuando pasa algo así, la gente dice: ha vuelto a nacer. Yo no he vuelto a nacer. Sigo viviendo, nadie me ha quitado años. Sólo llevo encima más mierda que antes. Eso es todo. La casualidad no tiene nada que ver con esto.

—Sobreviviste, eso es lo que importa.

—Sí, pero no es sólo eso. Lo que importa es que, en los peores momentos, decidí sobrevivir, ¿entiendes? Pude elegir, la muerte me puso a prueba, y gané.

En aquel momento pensé que lo que realmente quería decirme era que estuvo muerto, que recorrió la muerte de una punta a otra y que volvió para contarlo. Era el superviviente de una feroz contienda y estaba orgulloso de serlo; recordaba segundo a segundo aquella media hora de agonía como si alguien se la hubiese implantado en el cerebro. No podía hacer otra cosa que rememorarla día a día para tratar de acostumbrarse a ella, porque el olvido no era posible; nunca lo es. Y durante un tiempo, hasta que encontró otro modo de habituarse al recuerdo, eso fue lo que hizo; pensar, pensar y pensar. El médico le aconsejó un psicólogo para ayudarlo a superar el trauma; él lo rehusó. Nadie insistió demasiado.

—Con el tiempo todo irá mejor –le dije.

No era gran cosa; las palabras nunca son gran cosa en estos casos, pero era todo cuanto tenía a mi alcance.

—Sí, claro –asintió él–. Pero es que aún hay más.

Nos habíamos sentado en un banco del paseo marítimo. Estábamos un poco mareados por la noche del sábado recién terminada, y aún silbaban en nuestros oídos los restos de unas horas bailando demasiado cerca de los altavoces. Miré a Juan y vi que, a pesar del cansancio y la borrachera, hablaba completamente en serio. Habían pasado casi dos meses desde el accidente, pero en aquel momento su mirada hizo algo más profundo que recordar; se metió otra vez entre los hierros del *Fiesta*.

—Durante esa media hora pensé mucho –añadió–. Hubo un instante en que tuve la sensación de que, en el fondo, me divertía.

Me pregunté si el accidente le habría dejado alguna secuela psíquica más compleja de lo esperado. Lo dejé hablar.

—Fue una sensación… extraña…, pero… muy fuerte. –Hablaba despacio, como si no encontrara palabras o no supiera ordenarlas–. Era un desafío, ¿entiendes? Un desafío de verdad. Tenía a Sánchez encima de mí, partido por la mitad, con toda la botella dentro de la boca, y yo no paraba de decir No tengo miedo, lo dice mi nombre, como si fueran palabras mágicas o algo parecido. Lo dije un millón de veces, quizás más. Al cabo de un rato hubiese jurado que dominaba la situación, que incluso me gustaba. –Se había quedado muy quieto y muy recto en el banco, como si de pronto hubiese regresado al accidente y a su escenografía; muy quieto aunque moviendo los ojos en aquel infierno de hierros retorcidos, mirando su regazo como si esperara encontrar de nuevo los ojos muertos de Sánchez–. Fue un rato terrible, pero también maravilloso. No puedo explicarlo.

De hecho, no pudo explicarlo hasta una aburrida tarde de verano en que nos sentamos en el patio de su casa a ver un poco la televisión. Era la hora de la siesta, hacía mucho calor. Estábamos sentados a la sombra, en tumbonas de playa; llevábamos bañadores y bebíamos cerveza. De vez en cuando nos refrescábamos con la manguera del patio. Yo me había adormilado cuando Juan me sacudió por el brazo.

—Eh, Miguel, mira esto.

Señalaba el televisor de catorce pulgadas. Al principio no supe a qué se refería porque yo apenas distinguía lo que estaba viendo; nunca me han gustado los televisores pequeños.

—¿Qué pasa?

—Mira esto, tío. Es la hostia.

Me enderecé en la tumbona. Reconocí antes que nada la música que animaba aquellas imágenes; los *Beach Boys*. No podían ser otros. Eran el mejor acompañamiento para un puñado de *windsurfistas* que, metidos dentro de ráfagas de viento, cruzaban la pantalla de un lado a otro. Se deslizaban cerca de la costa en sus

tablas con velas de colores; a veces incluso maniobraban con pericia entre las primeras rocas de una escollera.

—¿Qué? –pregunté por segunda vez. No acababa de comprender el motivo por el que Juan me había despertado.

—Mira eso.

—Lo estoy mirando. ¿Qué pasa?

—Es la hostia. ¿Ves a los *wind-surfistas?*

—Joder, Juan, claro que los veo.

—¿Sabes lo que tienen debajo, los muy cabrones?

—Agua.

—Sí, agua. Ya lo creo que tienen agua. –Agarró la botella de cerveza y le dio un trago muy largo; había en sus ojos el brillo de una revelación, el ansia por tocar o probar algo que acaba de ser descubierto–. Los muy cabrones lo hacen con el mar lleno de tiburones. La hostia, Miguel, la hostia consagrada. Imagínate. Un resbalón en la tabla, un inesperado golpe de aire, y a tomar por saco.

Una cámara submarina mostró entonces el nerviosismo de docenas de tiburones azules que se habían acercado a aquellas aguas de apenas tres metros de profundidad en busca de comida y que, en su lugar, encontraban tablas deportivas trazando líneas de espuma por encima de sus cabezas. El ruido los inquietaba y daban coletazos a escasos centímetros de los *wind-surfistas* que, a través del agua transparente, miraban cara a cara a los tiburones en el momento de máximo riesgo, cuando la adrenalina era pólvora en la sangre y la muerte estaba a la misma distancia que la vida.

—Están locos –dije.

—¡Qué va! –me contradijo Juan–. ¡Qué van a estar locos!

—Están como una cabra.

Los *Beach Boys* cantaban y los *wind-surfistas* seguían fintando entre las aletas que cortaban el agua. A veces, la cámara enfocaba de cerca a uno de aquellos suicidas y ofrecía un plano doble: arriba, la habilidad y la tensión del *wind-surfista;* abajo, la mueca de unas mandíbulas llenas de cuchillos que perseguían la estela de la tabla con la precisión de un tiralíneas. Los *wind-surfistas* daban dos o tres vueltas sobre la zona de peligro y luego se alejaban hacia el otro lado de la escollera, donde los tiburones ya no se aventuraban. Al alcanzar la playa se sentaban a respirar y se felicitaban con sonrisas de alivio y también de triunfo, tal vez imaginando ya la próxima cita. Era lo último en deportes de riesgo en California; cinco minutos bailando sobre tiburones azules.

—Tú dices que están locos –comentó Juan; se había terminado la cerveza de otro largo trago–. Pero, ¿sabes una cosa? Lo que sienten ellos en esos cinco minutos es lo que sentí yo en aquella

media hora. Exactamente lo mismo.

—Tú no buscaste el accidente.

—Eso no importa. Te estoy hablando del momento cumbre. Ya sé que no es lo mismo pegarse una hostia en coche que subirse a una tabla y buscar tiburones. No soy imbécil. Lo importante es lo que ambas situaciones provocan.

—Ya. El desafío.

—El desafío –repitió, con una sonrisa, quizás alegrándose de que yo le entendiera–. Cinco minutos, media hora, qué más da. Es lo mismo. El caso es que el hombre no puede aspirar a un desafío mayor que el de pender de un hilo.

—Joder, Juan, hablas como un filósofo de tres al cuarto.

—¿Y sabes qué es lo mejor? –continuó, sin hacerme caso.

—No.

—Que el miedo va desapareciendo.

—Tú no tienes miedo. Lo dice tu nombre.

—Venga, tío, estoy hablando en serio.

—Bueno, qué quieres que te diga. Para mí esos *wind-surfistas* están como una cabra. Tú, en el accidente, tuviste sangre fría. Eso es todo.

—No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo –le repliqué, más nervioso de lo habitual en mí–. La emoción del riesgo, el desafio total y toda esa mierda. Te atas una cuerda a los pies y te tiras desde un puente. La caída libre es una pasada, es acojonante. Claro que lo entiendo. –Cogí la cerveza para volcar mis nervios en un trago que no necesitaba–. Pero un día se rompe la cuerda y ¿qué? Joder, Juan, eso del riesgo está muy bien, pero no hay nada en el mundo que pueda justificar que uno se juegue la vida por la cara, sin venir a cuento.

Juan me observaba de reojo.

—Tú también pareces un filósofo de tres al cuarto.

No hubo nada que hacer. Una semana después, Juan se enteró de que habían instalado una grúa en el Tibidabo y quiso probar. Un salto al vacío por dos mil quinientas pesetas. No traté de disuadirle, sabía que lo haría de todos modos; años atrás ya se había dejado embestir por un coche porque se le metió entre ceja y ceja. Lo acompañé por el mismo motivo que lo hice aquella tarde a la carretera 340; para que no estuviera solo. Le ataron la cuerda a los tobillos y saltó.

A partir de entonces entró en un mundo en el que no se concebía la vida sin el riesgo, un mundo en el que, por fin, el nombre Juan Sin Miedo encontraba su sitio. Trató de convencerme para que me apuntara a los saltos, pero le repetí que, por muy emocionantes que

fueran, siempre me parecería una estupidez arriesgar la vida. Porque no lo has probado, me contestaba. Con el tiempo dejé de acompañarlo. Comenzó a conocer a otro tipo de gente, tipos expertos en toda clase de saltos y pruebas de máximo riesgo, y, poco a poco, dejamos de vernos con la frecuencia de antes.

Un viernes por la tarde vino a casa y me habló entusiasmado de lo que iba a hacer ese fin de semana con los tres miembros más radicales del grupo, los que se exponían al peligro con más temeridad. Llamó a la prueba *Ruleta rusa en cuerda*.

—Fue idea mía –añadió, orgulloso.

Al principio no puse mucho interés. Sólo hacía un par de horas que había regresado de un viaje de negocios de seiscientos kilómetros y me sentía empachado de autopista y volante. Pero Juan consiguió que acabara no sólo interesándome, sino también preocupándome.

Eran cuatro suicidas decididos a jugarse de nuevo la vida, aunque esta vez más audazmente. Ahora la muerte estaría más cerca. Se trataba de disponer quince cuerdas en la baranda del puente como si sólo fuese Un salto más. Hasta ahí pura rutina. Pero no habría quince saltadores, sino cuatro. Y una de esas cuerdas, perfectamente enrolladas en el suelo por otro del grupo que no iba a participar en el salto, estaría cortada en algún punto de su recorrido. Cuatro saltadores y quince cuerdas, una sin tirón de retorno. Sólo era cuestión de elegir una de las quince y arrojarse al vacío con la esperanza de que la cuerda rota se hubiese quedado arriba.

—¿Hablas en serio? –pregunté.

—Llevo una semana sin dormir. Claro que hablo en serio. Será mañana por la tarde.

—Estáis locos.

Lo dije completamente convencido, no como broma o comentario entre amigos. Lo dije incluso con una mueca de censura y repugnancia intercalada en cada palabra. Pero Juan se limitó a sonreír y a encogerse de hombros.

—Sí, como los *wind-surfistas* –dijo. Él sí bromeaba, le parecía normal. Entonces añadió algo que comprendí que no era ninguna broma–. Juan Sin Miedo, ¿recuerdas? Mi nombre lo dice todo. Es la muerte quien me tiene miedo a mí. Cada vez que me ha desafiado ha perdido.

No me gustó oír aquello. Lo convertía todo en una obsesión, y las obsesiones acaban reventando siempre por alguna parte. Pensé que aquélla, tarde o temprano, mataría a Juan. Quise decirle que no lo hiciera, que se olvidara de esa estúpida *Ruleta rusa en cuerda*, pero, una vez más, comprendí que no valdría la pena.

—Si quieres, puedes venir –me dijo.

Le contesté que no.

Escogieron un puente de casi cuarenta metros de altura sobre un torrente. El suelo era pedregoso, con árboles centenarios y un hilillo de agua culebreando entre ellos; un suelo adecuado para el caso de que se eligiera la cuerda equivocada. Siempre es mejor morir de repente, sin enterarse, o eso dicen. Lo echaron a suertes. A Juan le tocó saltar el último; mayor riesgo si los demás no fallaban. Saltaron uno tras otro y la cuerda los hizo rebotar hacia arriba. Juan miró las doce restantes, una oportunidad entre doce de morir. Dijo que el corazón le salía por la boca, aunque no de miedo. Escogió una y saltó. Sus colegas se dieron cuenta antes que él. Juan estaba a veinte metros del suelo cuando el cabo cortado a cuchillo saltó por encima de la baranda sin solución de continuidad. En aquel salto no habría vuelta atrás. El grito de Juan terminó de golpe, no así el eco, que siguió flotando sobre el torrente mientras los demás se asomaban por la baranda. Los árboles lo llenaban todo de sombras; no vieron a Juan. Dieron un rodeo y bajaron por una de las laderas del torrente. Lo encontraron enseguida. Estaba al pie del roble sobre el que había caído, allí tirado, en mala postura, como alguien con todos los huesos rotos. Le buscaron el pulso; quien lo hizo casi dio un salto al notar los latidos en la punta de los dedos. Cuando se da a alguien por muerto, sorprende encontrarlo vivo. Lo habían frenado las ramas del árbol.

Permaneció en coma sólo unas horas. Cuando despertó ya tenía los dos brazos escayolados, las dos cervicales en su sitio, quince puntos de sutura en la cabeza y diecinueve en la pierna izquierda. Yo estaba en el hospital con él cuando despertó; también sus padres. Lo primero que dijo fue: No tengo miedo, soy inmortal. Lo susurró como se susurran las maldiciones o los reniegos. Lo oí porque en ese momento me había acercado a coger una revista de encima de la mesilla. Soy inmortal. Eso dijo. Pensé que estaba delirando, que salía ofuscadamente del coma y que hablaba por inercia o porque la consciencia recuperada se lo exigía. Pero no lo repitió. Sólo lo dijo una vez, una sola, como se dicen las cosas de verdad importantes o solemnes. Sólo te lo diré una vez, eso se dice, se tiene la costumbre. Yo, medio agachado para coger la revista que ya no cogí, tuve suficiente con esa sola vez. De haberlo oído más quizás no le hubiera dado importancia; la repetición aburre, resta credibilidad. Pero aquellas dos palabras no repetidas me hicieron comprender que si Juan no era inmortal, al menos sí era más inmortal que la mayoría. Lo habían atropellado, había permanecido media hora atrapado dentro de un *Ford Fiesta* con tres compañeros muertos y, por último, se había caído desde cuarenta metros de

altura con unas pocas lesiones y un coma de apenas diez horas. Y había sobrevivido a todo como quien sobrevive a tres accidentes domésticos sin importancia. Ciertamente, si no era inmortal, merecía serlo. Pero no me gustó que lo dijera. Tampoco que lo dijera una sola vez, en un susurro, como para sí mismo.

Tras su convalecencia en el hospital, fui algunas veces a su casa. Ya no hablaba mucho de los saltos; tampoco de la *Ruleta rusa en cuerda*. No me explicó lo que sintió en aquel instante fatal, al chocar contra el roble. Era como si quisiera enterrarlo. Creímos que aquel accidente lo obligaría a recapacitar, que olvidaría así su locura de correr riesgos inútiles. Nos equivocamos al creerlo.

Sólo en una ocasión se refirió al salto que estuvo a punto de matarlo. Y no al salto en sí, sino a sus consecuencias. Habló del coma. Dijo:

—Dios habló conmigo.

Sonreí un poco, esperando que me acompañara, pero no lo hizo. Ya le habían quitado los puntos de sutura y en un par de días se libraría de las escayolas. Pensé que hablaba del asunto porque estaba más animado, aunque me extrañó que mencionara a Dios; nunca lo había hecho. Juan sólo hablaba de desafíos.

—¿Quieres saber qué me dijo?

—No creo en Dios.

—Ya lo sé –me contestó–. Yo tampoco. ¿Quieres saberlo o no?

Asentí con la cabeza por complacerle. Parecía dispuesto a decirlo de todos modos.

—Pues vino y me dijo: Mira Juan, algo pasa contigo, no sé qué es, pero algo pasa. No eres normal, ¿entiendes? No sé si me perteneces. Te me vas de las manos. Algo tendremos que hacer.

Lo miré atentamente. Me lo había dicho de un tirón, como si recordara a la perfección cada palabra o las hubiera preparado de antemano. Las pronunció con un tono de voz que no le era habitual; sonaron extrañas en sus labios, ajenas a su forma de ser o hablar. Entonces pensé que no le pertenecían, que no las había podido inventar él; tampoco Dios, por supuesto, o al menos eso creí entonces. Ahora, con Juan ya muerto, nada parece demasiado imposible.

—Creo que trató de asustarme –añadió–. Pero yo no tengo miedo.

Medio año después reanudó sus salidas de fin de semana para atarse a las barandas de los puentes. Comprendí que ya nunca dejaría los saltos; había llegado a convertirlos en una forma de vida. Se metió de lleno en ese juego para respirar al límite del último aliento, desafiando en canoa la virulencia de las aguas rápidas, descolgándose entre rocas para seguir los saltos de agua desde su

nacimiento, recibiendo clases de salto en paracaídas. Recuerdo que me dije: Acabará en California haciendo *wind-surf* sobre tiburones.

El que sería su último desafío también fue idea suya. Se le ocurrió mientras pensaba en nuevas maneras de arriesgar la vida. Se maravilló de haber tenido esa oportunidad tan cerca sin reparar nunca en ella.

—Nos vamos a Pamplona –me dijo.

—¿A Pamplona?

—A los encierros. A correr.

Sacudí la cabeza y sonreí. Él y cinco más alquilaron una furgoneta, se plantaron en Pamplona y se mezclaron con los corredores veteranos una hora antes del primer encierro. Venimos a correr, le dijo Juan a uno de ellos. ¿Es la primera vez?, le preguntaron. Sí, respondió. Y uno de los mozos le echó un brazo a los hombros y le dijo: Bueno, pues vamos allá, y se los llevaron a la cuesta de Santo Domingo mientras los iban poniendo al corriente. Lo mejor es esperar los toros al final de Estafeta y entrar en la plaza delante de ellos, comentó uno. ¿Lo mejor para qué?, le preguntó Juan. El mozo encogió los hombros: Para correr menos riesgos. No te preocupes, le contestó Juan, estamos acostumbrados al riesgo. ¿Cuál es el trozo más peligroso? El mozo lo observó con aire divertido. La calle Estafeta, dijo. Juan le dedicó una mueca de camaradería y se volvió hacia sus colegas; todos asintieron. Juan miró de nuevo al mozo y le dijo: Correremos por Estafeta.

En Estafeta no hay sitio donde refugiarse. El centenar de portales y tiendas permanecen cerrados o han sido tapiados; tampoco hay vallas. Es el tramo más carismático del encierro, pues en caso de verse alcanzado allí por la manada, no hay más solución que echarse a un lado y rezar para que el toro siga corriendo sin reparar en quien acaba de apartarse.

A las siete y media la gente empieza a entrar en tensión. Queda media hora. La policía recorre la zona para advertir a los despistados de que se acerca el momento. Quedan borrachos que siguen enganchados todavía a la juerga de la noche recién terminada, que piensan que aquello es un baile, y extranjeros que no saben ni en qué dirección vendrán los toros. Es el momento de decidirse, de dar un paso adelante o de colocarse detrás del vallado. Gente que parecía muy decidida a correr abandona. La expectación es absoluta, hace daño.

Juan y sus compañeros saborean el nerviosismo. En apenas trescientos metros hay dos mil personas aguardando el chupinazo. No se habla, se grita. El mozo vuelve a coger por el hombro a Juan y empieza a hablar rápidamente.

—Escuchad. Los toros tardan medio minuto en llegar aquí,

¿vale? Medio minuto. Hasta la calle Estafeta hay doscientos metros. Eso quiere decir que hay que empezar a correr en cuanto suene el chupinazo, ¿entendéis? –Esperó a que todos asintieran–. Si lo hacéis así, os pillarán en plena Estafeta. Es lo que queréis, ¿no?

—Es lo que queremos –contestó Juan.

—Otra cosa. Si caéis al suelo no os levantéis. Cubrios la cabeza con las manos y esperad a que pase el peligro. No os olvidéis de esto.

Falta un cuarto de hora. Los toros moverán su media tonelada de peso a casi treinta kilómetros por hora. A esa velocidad un pitón abre carne con la misma facilidad con que un machete se hunde en el barro; no necesitan embestir para hacer daño. Tampoco quieren enganchar a nadie, pero si encuentran algo en su camino se lo quitan de encima sin contemplaciones.

De pronto, los corredores guiñan los ojos ante un baño de luz que empieza a iluminarlo todo; el sol aparece por encima de los tejados de la calle de los Mercaderes como cada día, rutinariamente, ajeno a la fiesta. Juan hace ademán de consultar el reloj, pero el mozo le informa de manera instintiva.

—Quedan cinco minutos.

La gente empieza a cantar a San Fermín. Ya es imposible soportar la tensión. Juan y sus compañeros intercambian miradas de satisfacción; sonríen. El riesgo está asegurado porque los cálculos no sirven para nada. Las caídas no pueden preverse, los derrotes de las bestias tampoco. Siempre hay una amenaza de muerte en los encierros. Uno puede hacer caso a los corredores expertos, no cometer ninguna imprudencia, pero puede morir a pesar de todo.

Un puñado de mozos empieza a correr. Juan se pone tenso. El mozo que está con él lo agarra del brazo.

—Todavía no. Queda un minuto.

Ha llegado el momento. Ya no hay tiempo para pensar, tampoco para arrepentirse. El vallado está completo. Imposible escapar. Hay que correr.

—¡Esto es acojonante, tíos! –grita Juan.

Y en ese momento suena un cohete; se ha abierto el corral. La gente empieza a chillar. El mozo golpea a Juan en el brazo, mientras grita:

—¡Tira!

A partir de ese momento sólo queda correr. Las piernas obedecen milagrosamente. Un segundo cohete indica que toda la manada ha salido del corral. Juan marcha por detrás de sus cinco compañeros. El mozo ha desaparecido entre los demás corredores. Dejan atrás la calle de los Mercaderes y enfocan Estafeta después de un giro en el que se multiplican los tropiezos y caídas. Juan mira

por encima del hombro. Tienen que aparecer ahora, piensa. Un corredor choca con él. Alguien que está muy cerca viene chillando algo. No se le entiende.

—¡Eh, tíos! –grita, de repente, uno de los compañeros de Juan–. ¡Ya están aquí, tíos! ¡Me cago en la puta, ya están aquí!

Juan corre con la cabeza vuelta hacia atrás, tratando de ver entre la muchedumbre. Aparece una sombra negra, un toro abriendo la manada. Va tan rápido que ha superado a los cabestros. Juan calcula que lo tiene a unos treinta metros. De repente, el toro se mete detrás de un corredor joven. El chico aguanta el tipo cuatro o cinco metros; luego el toro le mete el cuerno por detrás del muslo y se lo quita de en medio. La imagen maravilla a Juan: no consigue apartar los ojos. El chico da una voltereta por encima del lomo de la bestia y cae como un pelele; el horror concede una sensación de cámara lenta al modo en que su cuerpo rebota contra el suelo. Juan sigue corriendo sin dejar de mirarlo y tropieza con alguien que ha caído ante él. Mientras cae, ve de reojo la inmensidad negra del toro que se desplaza hacia él en línea recta. Si caéis al suelo, no os levantéis. Juan se acurruca con las manos en la cabeza. Nota pasar las patas del toro a un palmo de su cara; oye las pezuñas tableteando el asfalto. Se levanta de prisa. Por el cabo de la calle aparecen dos toros más. Van muy juntos. Juan sigue corriendo; ya no distingue a sus compañeros. Los mozos más expertos corren, saltan y zigzaguean tratando de colocarse lo más cerca posible del toro. El sueño de todo corredor es aguantar unos metros delante de las reses. Juan vuela ya por la mitad de Estafeta cuando decide intentarlo. Soy inmortal, piensa. Los dos toros continúan barriendo juntos la calle. Van pegados a la pared, cabeceando de arriba abajo y de abajo arriba. Juan se para un momento, los tiene a quince metros. Confía en sí mismo, no tiene miedo. Aquellas bestias no pueden ser más peligrosas que una caída desde cuarenta metros o un *Ford Fiesta* reducido a un amasijo de hierros. Los dos toros corren con la lengua fuera. Están a diez metros. Juan se prepara. Cuando los tiene a siete u ocho metros empieza a correr a toda velocidad. Los toros parecen ahora más fieros. Están mucho más cerca, son enormes, tan negros que ennegrecen la calle. Juan cierra un momento los ojos y le parece que empieza a perder contacto con el suelo. Sus pies dejan de tocar asfalto y se clavan en el aire caliente de aquel hervidero. Incluso puede oír la respiración de los toros contra sus talones. La muerte lo está retando otra vez. Abre los ojos; sigue flotando. Los gritos de los corredores rebotan contra las paredes. Él no grita, él es inmortal. Instantes después, uno de los toros ha reducido su distancia a medio metro. Juan se da cuenta. Y de repente piensa en ese mozo joven que hace unos momentos ha

sido volteado por uno de los toros. Sin saber por qué, piensa en poner punto y final a su carrera. Pero todavía quedan veinte metros para que termine Estafeta y comience el vallado, en el que, de todos modos, no encontrará ningún hueco al que subirse. No puede echarse a la izquierda porque ya va rozando la pared con el codo; tampoco hacia la derecha, porque los toros corren en paralelo y el que marcha por dentro lo arrollaría. Sólo puede correr, pero el ritmo de los toros es frenético y acabarán pasándole por encima. Está a punto de resignarse a la embestida cuando ve una reja a menos de cinco metros de distancia, ya casi al final de Estafeta. Es su única oportunidad. La reja está a un metro de altura. Una buena zancada, un salto. Cuando brinca, le parece que el pitón del toro le arranca un pedazo de pantalón. Mientras va por el aire y una de sus manos consigue agarrarse a uno de los barrotes, ve pasar los toros bajo sus pies: dos manchas borrosas y momentáneas, una representación mal dibujada de la muerte. Juan permanece aferrado a los barrotes hasta que pasa el último toro de la manada. Segundos después, la calle queda libre de la tensión y los gritos. La manada ha dejado tras de sí corredores contusionados o heridos y papeles que aún se mueven suavemente sobre el asfalto como testigos del pánico reciente. Los mozos se sonríen, se dan palmadas en la espalda; la mayoría corre hacia la plaza.

Juan está a punto de bajarse de la reja cuando descubre al niño. Está en un balcón, entre las piernas de quienes son quizás sus padres. Chupa una piruleta y mira fijamente a Juan. Se sonríen. Entonces el niño tira del vestido de la mujer que lo acompaña. Mamá, dice. Juan puede oírlo. Mira, mamá. El niño señala entonces a Juan con la punta del caramelo, apuntándolo como si lo acusara. La madre sigue la dirección de la mano o del caramelo mordisqueado de su hijo, y, al ver a Juan, se le empieza a borrar lentamente la expresión festiva de la cara y se le abre la boca como si quisiera gritar o decir algo. Juan la mira sin entender. El niño continúa sonriendo y chupando su piruleta de fresa. ¿Qué pasa?, se pregunta Juan. La mujer, sin apartar la vista, sacude el brazo del hombre que está a su lado. El hombre está riendo pero, al mirar a Juan, se le rompe la risa en la boca. Al mismo tiempo trata de enfocarlo con su cámara fotográfica, pero da la sensación de que sus dedos tropiezan unos con otros. Juan dibuja una mueca. ¿Qué coño pasa? Durante unos segundos no puede apartar la vista de aquel objetivo que quiere inmortalizarlo. Luego se aparta de la reja y se deja caer. La familia del balcón lo sigue con la mirada. Se sacude las manos y se aleja.

Cuando Juan me contó todo esto al volver de Pamplona, me confesó que aún no había podido quitarse de la cabeza la mirada de

aquel niño; tampoco la de sus padres. Pero sobre todo la del niño, que continuó mirándolo, sonriéndole y chupando su piruleta de fresa, mientras sus padres no habían podido evitar una incomprensible reacción de asombro o quizás de miedo. Aquel tío quería hacerme hasta una fotografía, me dijo Juan. Al cabo de unos días, dejó de darle vueltas al asunto y el recuerdo del niño se fue difuminando como se difuminaron siempre las cosas más inverosímiles en la vida de Juan Sin Miedo: gradualmente y sin demasiada trascendencia. Había logrado habituarse a esas cosas descabelladas.

Ignoro cómo hubiese interpretado él lo de la reja de haber sabido con exactitud lo que pasó. Supongo que lo hubiese asimilado como todo lo demás. Quién sabe. Yo, desde luego, no he podido asimilarlo ni entenderlo. Algo así no puede entenderse. Simplemente, hay que aceptarlo. Unos meses después de aquellos sanfermines, viajé a San Sebastián por un asunto de negocios y, al volver, me detuve en Pamplona. No pude evitar la tentación de visitar las calles por donde habían corrido Juan y sus amigos.

Caminé por Mercaderes, imaginando el correr de los toros y el trasiego de las piernas que escapaban, oyendo los gritos de emoción o dolor, el tableteo de las pezuñas. Imaginé a Juan en medio de aquel alboroto, huyendo de las bestias, pero sin miedo, consciente de que no moriría aunque lo alcanzaran, corriendo con la seguridad de haber sobrevivido siempre. Cuando llegué a Estafeta busqué la reja a la que Juan se había encaramado. Miré las paredes de ambos lados, los portales y las tiendas. Descubrí la reja unos metros antes de llegar al final de la calle. Qué rara. Fue lo primero que pensé al verla desde lejos. Qué rara. No supe por qué hasta que la tuve delante. Algún artista callejero había arrancado todo el talento a sus pinceles para dibujar aquel capricho de reja en ese pedazo de pared que la aceptaba como si fuera un adorno sin sentido. Miré los barrotes, la pericia de la pintura. No quise creerlo. Volví a remontar la calle Estafeta hasta el principio y la bajé de nuevo. No vi otra reja. Tenía que ser aquella. Estaba tan bien dibujada que sentí su perfección en el vello de los brazos y el cuello. No sé lo que pudo ocurrir. No sé cómo Juan confundió aquel dibujo con una fila de barrotes reales. Tampoco sé cómo pudo mantenerse agarrado a ellos. Pasé una mano por la superficie de la pared. Era tan lisa que mis dedos temblaron y resbalaron como moscas buscando un agujero en el cristal de una ventana. Mientras palpaba y trataba de entender, imaginé las manos y los pies de Juan entrando en aquel mundo bidimensional y aferrándose a aquellos trazos como si encontraran hierro y vacío en lugar de pintura y hormigón. Quise imaginarlo, pero no pude. Luego vi el balcón, el balcón lleno de

macetas y ya sin el niño ni sus padres. Di un paso atrás. Pisé algo. Levanté un poco el pie. Era el envoltorio de una piruleta. El frío me empujó calle abajo.

Al día siguiente llamé a Juan por teléfono. Quedamos para tomar una cerveza.

—¿Cómo fue el viaje?

—Bien. De bajada comí en Pamplona.

—A cuenta de la empresa, ¿no?

—Más o menos. ¿Sabes dónde estuve?

—En Pamplona.

—Venga, deja de joder.

—¿Dónde? –rió.

—En Estafeta.

—¿En Estafeta? ¿Y eso?

—Bueno, tenía curiosidad.

—Estafeta…, no veas. Aquello sí que fue increíble. El año que viene vamos a volver. Podrías venirte. Oye, ¿viste la reja o qué?

Lo miré a los ojos dos o tres segundos, no más. En esa brevedad lo recordé saliendo aquella tarde del coma, diciendo Soy inmortal, con una voz que venía de una garganta quizás propia pero desde luego remota. Y entonces me pregunté cómo podría vivir alguien que se supiera inmortal, cómo podría asumir eternamente el paso del tiempo y el vértigo de los años sin volverse loco.

—Sí –contesté– La vi.

Y callé cuanto había venido a contarle. Él asintió satisfecho, sonriendo, colgado del recuerdo.

Pocos días después sus padres me llamaron para decirme que había muerto. Me pareció una broma, un chiste macabro. Juan no puede morir, dije enseguida, y al otro lado del auricular guardaron silencio. Lo siento, añadí, pero no lo dije yo, sino el miedo. Murió sentado a la mesa del comedor. Era domingo; su madre acababa de servir los canelones cuando Juan sintió un pinchazo en el pecho. Abrió tanto la boca que, al principio, sus padres pensaron que se había atragantado. Murió antes de que pudieran darse cuenta de lo que pasaba. Tardó sólo unos segundos en caer de la silla, unos segundos que tal vez fueron muy parecidos a los de una caída libre desde la baranda de un puente o una grúa, unos segundos para sentir el abismo en el estómago y degustar la posibilidad de morir, salvo que esta vez no era una posibilidad, sino una certeza. Juan debió de darse cuenta mientras iba perdiendo de vista las caras de sus padres. Aquello sí era un verdadero pulso con la muerte. Probablemente no sintió el placer del riesgo o el desafío, sino sólo el convencimiento de que iba a ser derrotado. Nadie que no muere se acerca de verdad a la muerte. En este último reto la agonía era

cierta y tal vez pudo verla, tocarla, oírla, incluso olería de verdad por primera vez en su vida, un privilegio sólo destinado a los que no han de volver. Llegó al suelo ya muerto; un ataque al corazón. Los médicos le dieron un nombre técnico, ya no lo recuerdo. Sólo recuerdo la inmovilidad de Juan en el hospital, vencido para siempre. Al mirarlo pensé que aún había esperanzas de recuperarlo. Llevaba más de cuatro horas muerto, pero ni siquiera eso me pareció un motivo lo suficientemente importante como para dejar de confiar en él. Me despedí de sus padres y me metí en la cafetería del hospital para sobrellevar el recuerdo de aquella tarde ya lejana en que Juan salió del coma contando que había visto a Dios. No eres normal, le dijo, te me vas de las manos, algo tendremos que hacer. Con el segundo *Cutty Sark* comencé a relajarme. Pararle el corazón a alguien es el método más eficaz de matar sin que haya imprevistos; también el más ordinario. Se me ocurrieron disparates y cosas absurdas, algo sobre dioses tramposos o con recursos vulgares. Sea como fuere, sigo pensando que Juan murió por culpa de su nombre curioso y también estrafalario. Nadie le pidió nunca que fuese valiente y no prestara atención al miedo, nadie le dijo ¡Eh, Juan, mira tu nombre: así debes ser! Fue él quien decidió hacerlo por sí solo. Levantó su propia torre de Babel y lo castigaron por su osadía. Se había convertido en un problema, en alguien incómodo, y se deshicieron de él chapuceramente.

Juan Sin Miedo. Ése era su nombre. Un nombre nunca dice nada de la persona que lo lleva, pero él lo convirtió en su gloria y también en su perdición.